

Luis del Alcázar, SI

VESTIGATIO ARCANI SENSUS IN APOCALYPSI (1614)

Presentación, estudio y comentarios

por

FRANCISCO CONTRERAS, O.M.F.¹

INTRODUCCION GENERAL

Luis de Alcázar ha sido catalogado con toda justicia, como uno de los más célebres y más influyentes comentaristas del Apocalipsis².

La primera impresión que espontáneamente su obra produce en el ánimo del lector es la de una profunda perplejidad. Queda éste del todo asombrado ante el volumen del comentario que tiene delante. Pues a eso justamente se refiere el pasmo que le embarga; el de enfrentarse a una obra voluminosa, un libro de peso considerable, un comentario sólido y consistente. Son en total 1025 páginas, que llenan aproximadamente 71.750 apretadas líneas, escritas en latín no académico, ni vulgar, sino con estilo clásico y pretendidamente elegante, incluso rebuscado.

Hay que añadir que el paso del tiempo y el trabajo de la carcoma

¹Séame permitido expresar mi complacida gratitud al P. Eduardo Moore SI, a cuya viva solicitud y requerimiento tanto debe este trabajo.

²El juicio corresponde a ALLO, *L'Apocalypse*², Paris, 1933, p. CCLVI. Los Comentarios clásicos al Apocalipsis serán citados con el nombre del autor y la debida paginación.

han hecho estragos en los dos gruesos volúmenes que todavía conservamos. Estos avatares dificultan la lectura continuada. Sirviéndonos de los dos volúmenes; apoyándonos, unas veces en uno, otras en otro, hemos podido hacer una lectura íntegra del comentario.

Desde las condiciones materiales más externas, el lector de la obra se va introduciendo ya dentro del libro. Y éste se le manifiesta como un todo organizado. Nada de consideraciones fantásticas o caóticas. No hay en el libro reduccionismos arbitrarios, ni subjetivismos interpretativos. Es un comentario que presenta una lógica interna, una perfecta cohesión. Desde la primera página hasta la última el pensamiento del autor va progresando con coherencia. Podrá el lector en su legítimo derecho estar de acuerdo o no, discrepar o coincidir con la visión exegética del autor; mas siempre deberá rendirse a la evidencia de que se ha topado con una obra bien hecha, consistente en sí misma. Obra que tiene en cuenta cuanto antes se ha investigado y escrito sobre el Apocalipsis, que cita con profusión a los santos padres, a los comentaristas clásicos, que está en diálogo permanente con la cultura teológica y la ciencia de su tiempo, y que, por encima de otra laudable consideración, atiende con verdadero rigor y primor al dato de la revelación, manejando con competencia los textos sagrados en su versión hebrea, de los LXX y de la Vulgata. Por todo ello, el libro se revela como un comentario serio, científico, total, al Apocalipsis. Este es su mérito y su grandeza.³

Más, también se encuentra el lector con frecuencia perdido en múltiples disertaciones, aturdido en el barroquismo cultural del que hace gala el autor. Existe una acumulación de datos y de digresiones tal, que a veces la línea del pensamiento parece tortuosa, y el comentario resulta molesto y desazonante.

A más de uno, sin duda, esta dificultad se le ha hecho insuperable, y, decepcionado o cansado, ha desistido de su tarea de seguir leyendo con atención. Ha perdido, así, una magnífica oportunidad de encontrarse con una obra maestra, que sólo desvela sus riquezas a quien persiste con tesón hasta el final.

Con una dosis grande de esperanza y constatando, a cada paso, estos impedimentos concretos, hemos iniciado la tarea de leer el libro, entero, hasta su última página; presentamos de manera orgánica

³En alta estima, por su acucioso talante científico, lo tiene W. BOUSSET, *Die Offenbarung Johannes*⁴, Göttingen, 1908, p. 93a.

las líneas más relevantes de su pensamiento y valoramos críticamente sus aportaciones y sus logros efectivos. No podemos dejar de reseñar tampoco —una síntesis no debe ser parcial ni reductiva— los aspectos que nos parecen defectuosos y negativos, en cuanto a su metodología e interpretación.

En dos grandes apartados dividimos el presente artículo. El primero lleva por título: "Estudio de la palabra *espíritu* en el comentario". El segundo, "Presentación y valoración crítica del comentario". Cada uno de ellos irá precedido de una introducción explicativa, y acabará con una conclusión, que recapitula los resultados obtenidos. Ello nos exime ahora de seguir alargando esta presentación. Basta decir sólo, que en un apartado hacemos un trabajo selectivo; en el otro un trabajo genérico; ambos se complementan y se exigen mutuamente a fin de ofrecer la síntesis deseada.

I. ESTUDIO DE LA PALABRA 'ESPIRITU' EN EL COMENTARIO.

Introducción

En las siguientes páginas, se va a proceder a una lectura directa y pormenorizada del Comentario de Alcázar al Apocalipsis, pero dicha lectura versará sobre el tema teológico del Espíritu. El poder contemplar monográficamente un destacado aspecto del libro, permitirá conocer más de cerca y sin distracciones, en una pretendida labor de concentración y focalización, los procedimientos exegéticos y el talante teológico del autor. Son 24 los textos, donde de manera explícita aparece la mención de la palabra *pneuma* "espíritu" dentro del libro del Apocalipsis.

Todo ellos, en principio, son proclives de una interpretación pneumatológica; y se prestan a subrayar la importancia capital que desempeña la función del Espíritu dentro de la Iglesia. Algunas circunstancias objetivas ponen de relieve el acierto de esta selección. Los textos pneumatológicos se encuentran diseminados a lo largo del devenir histórico del libro; con frecuencia son muy breves, apenas lacónicos; están rodeados, además, por ese lenguaje oscuro e impenetrable de los símbolos apocalípticos. Hacer, pues, una cala significativa dentro del libro significa empezar a apreciar, a partir de una muestra señalada, el

valor del conjunto del Comentario y las maneras exegéticas de nuestro autor: cómo se acerca al texto revelado, a qué luz lee la revelación, cuáles son sus presupuestos, cómo lo interpreta para la Iglesia.

Nuestro trabajo consiste en presentar con imparcial objetividad los análisis de Alcázar sobre cada uno de los textos pneumatológicos, a fin de destacar la originalidad de su pensamiento. Luego, prestaremos el servicio intelectual de una crítica leal. Esta valoración quiere acentuar los lados positivos y los logros efectivos; pero también hacer caer en la cuenta de sus posibles defectos y falsos condicionamientos.

Así, pues, iremos presentando, guiados por el orden de aparición en el libro del Apocalipsis, los distintos textos pneumatológicos. Agruparemos los que son por su formulación análogos y semejantes.

1. LOS SIETE ESPIRITUS (Ap 1,4; 3,1; 4,5; 5,6).

1.1. Una formulación de bendición trinitaria (Ap 1,4).

Alcázar realiza un comentario conjunto a los cuatro textos, donde aparece la mención de los siete espíritus.

Su explicación se encuentra en el primero de los textos reseñados, (Ap 1,4). Se trata de un diálogo entre un lector y la comunidad, reunida en asamblea litúrgica. El lector desea a la comunidad la gracia y la paz, de parte de Dios Trinidad, a quien va señalando mediante tres atribuciones características. De parte del que es, el que era, y ha de venir. Expresión trimembre referida a Dios Padre. De parte de los siete espíritus que están frente a su Trono. Expresión enigmática para designar al Espíritu Santo. Y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, y jefe de los reyes de la tierra. Clara designación que señala con reiteración a Jesucristo, en la plenitud de su redención.

"Gracia a vosotros y paz,

- . de parte del que es, el que era y ha de venir,
- . de parte de los siete espíritus que hay
frente a su Trono,
- . de parte de Jesucristo,
 - . el testigo fiel,
 - . el primogénito de los muertos,
 - . el jefe de los reyes de la tierra (1,4-5a)⁴.

⁴Se ha pretendido escribir de esta forma estructurada el texto que nos ocupa.

Alcázar se enfrenta, pues, a la extraña expresión apocalíptica: *A septem spirítibus, qui in conspectu Throni eius sunt*.

Es éste un pasaje difícil y raro en toda la producción bíblica. Su intrínseco impedimento para la recta comprensión no supone hacer un rodeo y pasar de largo por él; antes bien, se presenta como un reto interpretativo, pleno de exigencias y riesgos, para el autor, el cual confiesa lealmente que si llega a ser bien entendido, aportará máxima luz en orden a la exposición de todo el libro del Apocalipsis.⁵

La dificultad se concentra en un doble frente: en saber cómo hay que entender el nombre de "espíritus" y la palabra numeral "siete"

Acercas del vocablo "espíritus", existen tres opiniones, que Alcázar enumera sucintamente⁶.

1) Los siete espíritus indican los siete dones del Espíritu Santo (Entre algunos autores que defienden tal propuesta, se encuentran Victorino, Euquerio, Anselmo).

2) Los siete espíritus se refieren a los ángeles (Así, Aretas, Nicolás de Lyra, Hugo de S. Víctor, Hiberna, Viegas).

3) Finalmente, la expresión parece referirse al Espíritu de Dios (Ambrosio, Haymo, Beda, Ruperto, S. Tomás).

De todas estas opiniones, recabadas por la mejor tradición cristiana, la primera se basa en Isaías 11,2, texto bíblico en donde se recuerdan los siete espíritus de Dios, a saber: espíritu de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad, y de temor de Dios. Esta opción, sin embargo, puede incluirse en la tercera. Alcázar motiva su elección. Desdeño de cualquier digna costumbre de hablar, pedir gracia y paz a Dios, pedir a los siete dones del Espíritu (?) y pedir a Cristo. La formulación, tal como suena, no guarda el paralelismo riguroso de sus miembros; el segundo rompe la estricta atribución divina, ya que mezcla en inapropiada confusión al dador con

El típico lenguaje del Apocalipsis se pone al servicio de su mensaje teológico. La preposición que "de parte de" enmarca un bloque literario y colorea las frases que le siguen, de tal manera que constituyen sintácticamente un conjunto autónomo como si de una verdadera trilogía se tratase. Por otra parte, los atributos de Cristo (el testigo fiel, el primogénito de los muertos, el jefe de los reyes de la tierra), que gramaticalmente rompen las reglas de la oposición, ensamblan un agrupamiento literario de tres miembros asimétricos.

⁵L. ALCÁZAR, *Vestigatio Arcani Sensus in Apocalypsi*, Amberes 1614, p. 182 B. Citamos siempre esta edición.

⁶o 182 C.

sus dones. Así, pues, en la óptica de Alcázar, la primera explicación debe fundirse en la tercera⁷.

Quedan sólo en litigio la opción segunda y tercera. La segunda estima que tras el nombre de los siete espíritus hay que entender los ángeles; la tercera afirma que la expresión debe aplicarse al Espíritu de Dios, a saber, a lo más íntimo de Dios⁸.

Mas antes de entrar en la discusión pormenorizada de los diversos argumentos, Alcázar, dotado de un fino talante escolástico y analítico, divide cada una de estas opiniones en binas respectivas.

Quienes afirman la interpretación angélica, la entienden a su vez de dos maneras: unos la refieren a los siete príncipes de los ángeles, los magnates de la jerarquía celeste; otros hacen una aplicación a la universalidad de los ángeles (siete espíritus = siete ángeles, es decir, todos los ángeles). Quienes mantienen una interpretación pneumática, realizan una aplicación asimismo doble: bien en sentido estricto, directamente referida a la persona del Espíritu Santo; bien en sentido lato, a saber, aplicado a la transcendencia de Dios⁹.

Alcázar no sigue la interpretación angélica de los siete espíritus, no contempla una explícita mención de ángeles bajo la expresión del Apocalipsis. Interesa recoger su línea argumentativa. El autor afirma una tesis, luego la rebate, con el consabido "respondo diciendo que. . ." Esta forma de ir discutiendo recuerda la habitual de Sto. Tomás en la Summa. Sin perdernos en el angosto laberinto de sus múltiples matices, entresacamos el contenido principal de su extensa disertación¹⁰.

1) La expresión apocalíptica de los siete espíritus no puede ser referida al Espíritu Santo, o el Espíritu de Dios, puesto que en Dios no hay lugar para un septenario. En cambio, la Escritura habla con frecuencia del septenario de los ángeles. Y también se menciona con abundancia en el mismo libro del Apocalipsis.

2) Se dice de estos siete espíritus que están en presencia, de-

⁷p. 182 D.

⁸Ibid.

⁹p. 182 E.

¹⁰Hemos, pues, extraído los principales argumentos de su larguísima y compleja disertación. Poder elencarlos y considerarlos atentamente, uno a uno, permite calibrar la fuerza de sus razonamientos bíblicos y académicos. A lo largo de su tortuoso discurrir exegético, puede apreclarse, como algo digno de ser reseñado en honor de Alcázar, el rigor científico y la amplitud de su bagaje bíblico y extrabíblico. Cf p. 182 D.E; 183 A.B.C.D.E.

lante del Trono (*esse in conspectu throni*); a saber, que están ante Dios (*adstare*). Tal grado de presencia no puede aplicarse al Espíritu, que indica lo más íntimo de Dios y que está en Dios. Pero sí puede razonablemente ser dicho de los propios ángeles, como consta por ejemplo en el libro de Tobías 12,5: *Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete, que estamos delante de Dios.*

3) El argumento se acompaña de un texto paralelo. Según Ap 5,6, estos siete espíritus son enviados a toda la tierra. Y se sabe que sólo los ángeles son los propiamente enviados, como su mismo nombre indica. La etimología y la misión, característica esencial de los ángeles, aporta esta vez sus convincentes razones de congruencia.

4) De nuevo se recurre a un texto paralelo. En Ap 3,1 los siete espíritus se relacionan con las siete estrellas: *Esto dice el que tiene los siete espíritus y las siete estrellas.* Cristo aparece como la cabeza de los ángeles superiores e inferiores, es decir, de los espíritus celestiales y de los obispos; pues los obispos son designados ángeles en el libro del Apocalipsis, y además a ellos se les atribuye con propiedad el símbolo de las estrellas.

Tras haber puesto las premisas anteriores, Alcázar, fiel a su método escolástico, pasa a rebatirlas con firmeza.

En Dios no existe propiamente septenario. Se trata en exclusiva de una forma de hablar. Si alguien se refiere a la triple potencia de Dios e indica que los tres principales atributos divinos son tres: el poder, la sabiduría y la bondad, no puede por ello ser reprendido. Asimismo, se dicen siete espíritus, y con ello se está designando la perfección de la divina providencia. Llamamos múltiple a Dios en razón de los efectos que produce su providencia. Dios es múltiple en sus dones, aunque sea uno en su ser. Así lo reconoce el libro de la Sabiduría 7,22: *Sanctus, unicus, múltiplex.*

Es cierto que los ángeles están en la presencia divina, sirviendo fielmente a Dios. Mas también es verdad que no todo cuanto se encuentra en la presencia de Dios, está sirviendo a Dios. El Salmo 95,7 afirma: *Confessio et pulchritudo in conspectu eius.* Dios resplandece en cuanto es hermoso y bueno. Pero no, por ello, puede decirse que la confesión y la hermosura están sirviendo en la presencia divina.

Para el tercer argumento, no debe confundirse *ministratio* y *missio*. Dios envía el Espíritu, pero también envía, conforme a algunos textos

de la Escritura, la sabiduría, la misericordia y la verdad. *Mitte illam de caelis sanctis tuis, et a sede magnitudinis tuae* (Sab 9,10); *Misit Deus misericordiam suam et veritatem suam* (Sal 46,4).

Si se aplica a estos espíritus la interpretación angélica, y los relacionamos con los siete ángeles que portan las siete trompetas, y los siete ángeles que derraman las siete copas, entonces no son siete, sino catorce el número resultante. El Apocalipsis distingue con claridad los siete ángeles y los siete espíritus. Los siete espíritus están figurados en las siete lámparas; los siete ángeles están representados en forma humana.

Por todo este cúmulo de razones, sacadas de las fuentes bíblicas y de un pormenorizado análisis, Alcázar rechaza la interpretación angélica. Añade, además, una razón que en la tesis de su interpretación cobra máxima importancia. Cree el autor que en este saludo inicial del Apocalipsis, se encuentra concentrada la parte principal del argumento del Apocalipsis. Y no es congruente que se refiera aquí a la jerarquía angélica ni que pretenda ensalzar su alta dignidad, sino que propiamente se refiere a la perfección de la providencia divina, la cual manifiesta a Dios de modo admirable a través de sus virtudes que socorren a la Iglesia, que vive inmersa en las dificultades¹¹.

Alcázar, por otra parte, se muestra partidario de no seguir la interpretación estrictamente pneumatológica, según la cual, bajo la denominación de los siete espíritus se encuentra una mención explícita a la persona del Espíritu Santo: "sermonem hic esse de ipsamet Spiritu sancti persona". No parece ser ésta la explicación que "debamos abrazar con los brazos abiertos"¹².

Denique, si apta explicatio inventiatur, quae ostendat haec verba (iuxta sacrae Scripturae phrasim) de Dei Spiritu, qui in ipso est, posse convenienter accipi; atque hunc sensum complecti bonam Apocalypseae argumenti partem; si eiusmodi (inquam) explicatio reperiatur, illa haud dubie erit, quam obvius ulnis accipere et amplecti debeamus. Sed meo iudicio, huic intentioni non faciunt satis, qui existimant, sermonem hic esse de ipsamet Spiritu sancti persona propter septiformem gratiam, id est septem ipsius dona¹³.

¹¹ p. 184 E.

¹² p. 184 C.

¹³ p. 184 C.

El autor dibuja una respuesta que no será "fácil ni expedita", pero cuyas tres partes bien estructuradas muestran la finura de su urdimbre lógica y marcan a las claras su talento exegético. Estas son las tres partes:

*Primo enim dura nimis loquutio est, ipsissimam Spiritus sancti personam propterea septem spiritus absolute nominare, quia septem fidelibus dona tribuit. Quinam, ubiacer, hoc non valde violentum videntur? Nonne inaudita esset omnino loquutio, atque adeo merito explodenda; si Patrem propter multa in nos collata beneficia, multos patres appellaremus? Nonne durissimum plane, et minime admittendum, si Christum septem esse Christum diceremus, propter septem, quae in Ecclesia instituit Sacramenta? Cur non igitur aequè dura erit loquutio, Spiritus Sancti personam propter septem dona, septem spiritus compellare? Praesertim cum nullum similis loquutionis exemplum in tota sacra Scriptura reperiamus?*¹⁴

*Secundo; si per septem spiritus intelligenda esset Spiritus Sancti persona, in tribus personis Trinitatis, Patre, Filio ac Spiritu sancto designandis, ordo ad Scriptura et bonè Theologia servatus perverteretur. Quis enim ordo nat dicere, Patrem, Spiritum Sanctum, Filium? atqui textus ait, Gratia vobis et pax ab eo, qui est, et qui erat, et a septem spiritibus, et a Iesu Christo*¹⁵.

*Tertio; septem spirituum Dei mentio in hac dedicatoris epistola argumentum certe Apocalypasos respexit (ut iam diximus). Atque de Spiritus Sancti persona, deque septem ipsius donis, contextus postea non agit ex professo. Declaratio vero, quae in hac salutatione ad libri argumentum non attendit, non omnino satisfacit*¹⁶.

Para el primer argumento, Alcázar no acepta la intrínseca dificultad de esta expresión apocalíptica de los siete espíritus. Al margen de cualquier interpretación, más allá de toda veleidad y razonamiento, la expresión en sí misma —los siete espíritus— es objetivamente rara. El autor resalta la enorme rudeza de la frase y la califica con apelativos que de manera insistente la califican como una formulación de "extrema dureza, algo violento e inaudito".

¹⁴p. 184 D.

¹⁵p. 184 D.

¹⁶p. 184 D.

Pues bien, ésta es la dificultad, —creemos nosotros en justo razonamiento— que como una pregunta abierta, exigen del exégeta una respuesta, o le solicitan al menos un afán aplicativo por dar un intento de solución. En este momento, Luis de Alcázar, no prosigue su tarea. Se siente abrumado por el barbarismo de la expresión. Y deserta.

Otro motivo que le induce a desistir de su interpretación pneumatológica es que la expresión no se halla en toda la Escritura. La singularidad de la frase resulta absoluta. No se encuentra en la Escritura ningún ejemplo de locución semejante. Y sin poder contar con un explícito apoyo escriturístico —al menos así lo experimenta el autor— el ánimo del exégeta desfallece.

Para el segundo argumento, a saber, referente al orden trinitario, que establece el paralelismo de la expresión, la frase empieza hablando del Padre, del Espíritu y finalmente del Hijo. Tal disposición pervierte el orden justo, sancionado por una buena teología. Como respuesta, es preciso indicar que sería ésta, en principio, la que debería atender al dato revelado y tener más en cuenta sus matices. Pero reinaba la mentalidad de aquel tiempo, donde la teología dogmática hacía canon de sus usos y gozaba de los máximos privilegios. La exégesis seguía en el sumiso papel de sierva obediente.

Mas existe una razón, que es bien simple de entender y que pertenece al ámbito estricto del lenguaje bíblico. No se quiere ir en contra del orden establecido por la procesión trinitaria y perijóresis. Son estas formulaciones dogmáticas, ajenas al pensar del hagiógrafo. Si las involucramos en el texto bíblico, le hacemos violencia y usamos arbitrariamente una mala interpolación. Sólo que es costumbre usual mencionar en último lugar el personaje del que se va a hablar con más detención. Efectivamente, se menciona a Cristo, porque de él con gran extensión se habla refiriendo sus atributos (testigo fiel, primogénito de entre los muertos, príncipe de los reyes de la tierra, cf Ap 1,5).

Para el tercer argumento, parte de una explicación hecha de antemano. Que esta salutación contiene el argumento del Apocalipsis. Eso sería justamente lo que debe ser probado. El hecho de que —así cree el autor— ya no volverá a hablarse del Espíritu. Y esta premisa debería ser también justificada; es tan solo una gracuita hipótesis de trabajo por ahora. No puede ser una adquisición ni logro exegético. No debe entrar seriamente como argumento decisivo para invalidar esta opción pneumatológica.

Los siete espíritus designan las siete virtudes o atributos, en los que se hace presente de manera íntegra la perfección de la providencia.

Alcázar se decanta con toda claridad por esta opinión. Hace de la necesidad una virtud. Una vez que ha rechazado las otras dos, no queda más remedio sino seguir ésta. Además, dicha opción entra espontáneamente en el complejo entramado de su explicación apocalíptica.

La providencia divina no es otra cosa sino el gobierno supremo de Dios. En estas siete virtudes se concentra la perfección del gobierno sobre el mundo y sobre la Iglesia. El autor las va enumerando.

*Itaque virtutes omnes, ad quas perfectissima gubernatio reduciuntur, sunt omnino septem; Sapientia, Fortitudo, Beneficentia, Iustitia, Patientia, Comminatio, Severitas*¹⁷.

De estas siete virtudes, las cuatro primeras son las principales, y en ellas reside *per se* la perfección del gobierno. La paciencia, la amenaza y la severidad no son necesarias a quienes se someten espontáneamente a Dios y le obedecen; pero sí son obligatorias a los que se muestran duros y obstinados.

Alcázar a continuación se extiende, a nuestro parecer, con detalles que rayan en la prolijidad excesiva acerca de estas siete virtudes (cuatro principales, tres secundarias), utilizando los clásicos esquemas de ascética de su tiempo, recurriendo a interpretaciones de enorme sutileza, —donde el lector de hoy tan fácilmente se pierde en un inextricable laberinto—, y aplicando a Dios la táctica de gobernar propia de los príncipes. Pero es esta su "forma mentis", y con espíritu de plena fidelidad hemos de seguirlo, sin tratar de corregirlo, por exceso de magnificencia o por defecto de anacronismo, sino de valorar con lealtad todas sus aportaciones y de criticar, si los hubiera, sus errores.

Creo Alcázar que estas cuatro virtudes están ya atestiguadas en los nombres de los cuatro profetas mayores.

Praeterea in nominibus quattuor maiorum Prophetarum voluit Deus, ut harum quatuor virtutum mysterium includeretur. Nam Isaias idem sonat ac Domini salus: Ecce Dei Beneficentiam. Ieremias, Celsitudo Domini: Ecce Consilium mirabile... Ezechiel, Fortitudo Dei: Ecce virtutem. Et Daniel, Iudicium Dei: Ecce Aequitatem... Notandum vero est, inter hos quattuor prophetas me-

¹⁷J. 169 b E.

*dūm esse interiectum Baruch, quod nomen sonat, Benedictum; nimirum ut intelligatur benedictus Dei his quatuor Dei providentiae spiritibus circummuniti*¹⁸.

Aquí ha de apreciarse, entre otros logros laudables, el grado profundo de conocimiento de la lengua hebrea por parte de Alcázar, pues ciertamente la etimología de estos nombres responde con escrupulosa exactitud a lo dicho. Y un conocimiento también notable de la tradición bíblica, pues esta interpretación ya aparece en el comentario de Jerónimo al profeta Joel, en el prólogo.

Ahora bien, el argumento resulta manifiestamente alegórico y rebucado. Trata de hacer ciencia con las etimologías. Tal vez la influencia de S. Isidoro de Sevilla se dejaba notar en Alcázar.

También encuentra en la aparición de los cuatro animales o vivientes unos símbolos de estas cuatro virtudes:

*Leo namque proprium est Fortitudinis symbolum; Vitulus, Summae Beneficentiae; homo, rationis et aequitatis; aquila, altissimae Sapientiae*¹⁹.

Como se deja ver es de nuevo un argumento utilizado con violencia. En primer lugar, la interpretación simbólica de estos vivientes. Después, la referencia estricta a las cuatro virtudes. Alcázar, tal vez, queriendo justificar su interpretación que aplica estos animales a la providencia de Dios, cūrase en salud y dice de ella que no es nada nueva. Cita a diversos autores antiguos, entre ellos, a dos bastantes ignotos en el concierto de la exégesis: Polycronio y al autor del "Alphabeta Salomonis", que parafrasea los nombres de los cuatro animales y afirma que son: Michael, Gabriel, Raphael y Uriel²⁰.

Estas cuatro virtudes fueron ya predichas por Isaias 9,6-7. El profeta las enumera por este orden: Sapientia, Fortitudo, Beneficentia, Iustitia. En cambio, el Ap modifica la disposición: Fortitudo, Beneficentia, Iustitia et Sapientia. Para tratar de justificar la alteración en el orden de las virtudes, —algo que al lector actual le parece sin importancia, cosa nimia—, el autor se emplea a fondo, utiliza veintidós líneas y promete todavía una explicación ulterior, remitiéndose al capítulo sexto²¹.

¹⁸p. 140 D-E.

¹⁹p. 140 E.

²⁰p. 191 A-B.

²¹p. 191 E.

Las otras tres virtudes, "La espera longánime, la seria amenaza y la severa punición", se relacionan en interpretación de Alcázar con los últimos tres sellos. En el quinto sello se ve la espota de los que han sido degollados y piden la venganza de su sangre, y se le dice que aguarden todavía hasta que se complete el número de sus hermanos (Cf Ap 6,9-11).

*Verumtamen in tribus postremis ex septem Apocalypaeos sigillis tres huiusmodi virtutes per ordinem adeo aptis et elegantibus symbolis, ita clare ac distincte significantur; ut nihil aliud expressius et congruentius optari potuerit*²².

A pesar del optimismo de Alcázar, no existe razón suficiente para ver en los últimos cuatro sellos una alusión a estas tres virtudes. Pero él debía encontrar, a fortiori, para redondear la cifra de sus virtudes y apoyar su argumento y claro está, el que busca con ahínco y casi obsesión, acaba siempre encontrando, especialmente si se trata de indagar en este terreno siempre fértil, cual es el libro del Apocalipsis, y aún más si en esta pesquisa se va equipado de una imaginación y fantasía de altos vuelos como era la propia de aquella época.

Finalmente, Alcázar encuentra a partir de los siete atributos de la Providencia una relación, "tal vez óptima, clara y fácil" con los siete dones del Espíritu; no viceversa como sería de desear, y como algunos doctores lo hacen; pero este procedimiento le parece al autor demasiado sutil:

*Atque ex his ipsis septem Providentiae attributis forsan optima desumitur ratio, septem donorum Spiritus sancti. Nem septenarii ratio, quam reddunt aliqui Scholastici Doctores, subtilior est, quam ut a me hactenus percipi potuerit. Si tamen sumatur ratio septenarii ex septem praedictis attributis, ea tunc videtur plana et expedita*²³.

Después, recurre a una interpretación planetaria: los siete planetas o estrellas errantes, que para nosotros representan la providencia divina:

Et mox facile perspicitur, per Solem significari Dei Virtutem ac Fortitudinem; per Iovem, Aequitatem; Beneficentiam, per Venere; per Mercurium, Sapientiam; Patientiam, per Saturnum;

²²p. 101 B.

²³p. 102 D.

*Comminationem, per Lunam; et per Martem, Severitatem. Multa de singulis dici possent ad rem, uniuscuiusque propria vi utque natura considerata; verum indicare satis ait*²⁴.

Luego, el autor haciendo gala de una refinada cultura clásica cita diversos autores clásicos: al poeta latino Virgilio (Eneida, 10) para ilustrar la riqueza simbólica y religiosa de los planetas²⁵.

Finalmente, el exégeta e investigador deja paso al hombre religioso, que no puede menos de tributar un homenaje de adoración a Dios, al caer en la cuenta con asombro de la infinita perfección de Dios, de la providencia divina que refulge en favor de los hombres con la suma de todos los atributos. La beneficencia dura por siempre y es total, no se circunscribe por ningún límite humano, no puede terminarse. Estas palabras deben ser leídas con respeto atento, el respeto que merece un hombre creyente. Entresacamos de entre muchas líneas, las más sobresalientes:

*Verum his atque aliis considerationibus omissis, quae aliunde videntur accersitae; ad ipsam Dei spirituum perfectionem oculos parumper convertamus; quae scitu dignissima est, et ad agnitionem pulcherrima, et ad Dei venerationem convenientissima. . .*²⁶

*Considerata ergo singulatim harum virtutum perfectione, nulla non est admirabilis; multo tamen mirabilius est, sic Deum universis uti, ut quantumvis cum infinita perfectione utatur singulis, nulla tamen ex eis aliarum usum impediat. . .*²⁷

*Dicam clarius; Infinita Dei beneficentia nullis limitibus circumscribitur; non beneficiorum magnitudine, non dulcedine munerum, non humanitate officii, non peccatorum remissione; nec enim esset infinita, si quo posset fine terminari*²⁸.

El autor extiende la doctrina de los siete espíritus a varios misterios de Cristo. En la Cruz se manifiesta de manera excelente estas virtudes:

... quod adeo admirabile ipsius consilium, ingentem fortitudinem, incredibilem beneficentiam, summam aequitatem, inexhaustam patientiam, gravissimam in peccatores comminationem, et

²⁴p. 192 E.

²⁵p. 192 E.

²⁶p. 192 C.

²⁷p. 192 D.

²⁸p. 192 E.

*severissimam de peccato vindictam ostentari*²⁹.

Hace una aplicación a la Eucaristía, pues no hay ningún otro festín, donde brille no sólo la bondad de Dios, sino todas las demás virtudes. Su contemplación de Dios, presente en la eucaristía, es deleite para el alma, más allá de todo encomio:

*Iucundissimum namque est et omni pariter admiratione dignissimum, contemplari inmensam ipsius Virtutem...*³⁰

1.2. Cristo glorificado posee la abundancia del Espíritu vivificador (Ap 3,1).

Cristo se presenta a la Iglesia de Sardes para darle vida. Esta comunidad languidece espiritualmente. Algunos párrafos de la carta subrayan su alarmante falta de tono vital. "Tienes nombre como de que vives, pero estás muerto" (3,1); "Confirma lo que está ya a punto de morir" (3,2); "El que venza, se vestirá de blancas vestiduras, y no borraré su nombre del libro de la vida" (3,5).

Para despertar, pues, a esta Iglesia en situación grave de letargo, Cristo se revela a ella poderosamente enriquecido con el símbolo exuberante de los siete espíritus y las siete estrellas.

"Escribe al ángel de la Iglesia en Sardes. Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tus obras, tienes nombre como de que vives, pero estás muerto" (3,1)

Quid significant septem spiritus Dei et septem stellae, vidimus cap. 1. Hic enim explicandum est quorsum utatur Christus hac periphrasi in epistola ad Sardensem? Ad quod respondeo, Sardensem Episcopum, ut postea dicemus, esse in lethali peccato; quia debitum officium minime praestabat. Nec enim vigilabat in sui gregis custodia... Quod ergo Christus illi persuadere conatur (ut ex ipsa constabit epistola) est, ut oculos avertat... Atque ad hanc intentionem illi explicandam optime offert Christus se habere septem spiritus et septem stellas. Primum enim septem spiritus Christi proponunt ob oculos Sardensi Episcopo, quoniam modo deberet suam Ecclesiam regere ad imitationem Christi, cuius septem Spiritus sunt, Virtus, Beneficentia, Acquisitio, Sapientia, Patientia, Communitio et Severitas. Et quemadmodum in his septem

²⁹p. 193 A.

³⁰p. 193 D.

*Spiritibus optimae gubernationis perfectio sila est; ita in illis, ut in limpidissimo speculo omnes suos defectus Episcopus conspicerere poterat*³¹.

En la visión a la Iglesia de Sardes, Cristo aparece también adornado con el símbolo de las siete estrellas. Esta expresión estelar había sido ya mencionada por el autor del Apocalipsis en la teofanía inicial de su libro (1,16). Juan contempla a Cristo glorioso, que tiene en su mano derecha, firmemente agarradas, las siete estrellas. Un poco más adelante, este símbolo es decodificado e interpretado: Las siete estrellas son los ángeles de las siete Iglesias (1,20).

Veamos, pues, cómo nuestro autor explica este binomio simbólico: los ángeles y los espíritus. En primer lugar, Alcázar se decanta por una interpretación episcopal acerca de los ángeles de las siete Iglesias. A saber, son ciertamente los obispos los ángeles que rigen las Iglesias del Apocalipsis. Dicha interpretación, favorecida no sin cierta interesada intención por quienes gozaban de tales puestos de dignidad eclesial, era común en su tiempo. Alcázar se muestra heredero de la opinión más corriente y que tendía a ensalzar el privilegio de los pastores³².

La interpretación de los siete espíritus sigue en la misma línea pastoral. Desea ardientemente el Señor, pastor supremo de la Iglesia, que este obispo que rige la comunidad de Sardes y que está faltando gravemente en su oficio tutelar y de guía para los cristianos, se considere como una de las siete estrellas, que él posee en su mano derecha, "una de las siete gemas que adornan los dedos de Cristo", y que se mire también en el espejo limpio de la imagen del mismo Señor, para subsanar radicalmente los errores y aprender el comportamiento modélico. Si Cristo gobierna a la Iglesia con la perfección de su gobierno, el obispo de Sardes debe imitarle con fidelidad. Estos siete espíritus son las siete virtudes de la providencia divina que rige la Iglesia: Valor, Beneficencia, Equidad, Sabiduría, Paciencia, Amenaza y Severidad. De estas siete cualidades debe estar revestido el negligente obispo de Sardes.

La exégesis actual realiza una interpretación pneumatológica del texto. Los siete ángeles no son, en la óptica del Apocalipsis, los personajes tutelares de los obispos, sino la representación visionaria de los

³¹p. 288 D.

³²Para indagar en el origen de esta interpretación episcopal y verificar la solidez de sus fundamentos históricos cf. A. SKRINJAR, *Antiquitas christiana de angelis septem ecclesiarum (Ap 1 5)*; VD 22 (1942) 18-24; 61-66.

profetas de las Iglesias. Y así, Cristo puede dar vida a la Iglesia mediante la plenitud del Espíritu Santo ("los siete espíritus"), que mueve a los profetas, actuando a través de su mensaje³³.

Cristo posee perfectamente, de forma segura, "en su mano derecha" —indica el texto—, la abundancia del Espíritu y asimismo a los hombres, animados por el Espíritu, que interpretan su Palabra a la Iglesia, que son los profetas. Con la fecundidad divina del Espíritu ("los siete espíritus de Dios"), que hace hablar eficazmente a los profetas ("las siete estrellas"), el Señor da vida a la Iglesia moribunda de Sardes. Y más allá de la aplicación de este símbolo localizado, el Señor ofrece la palabra de su vida a toda la Iglesia³⁴.

En Alcázar, de nuevo encontramos una explicación del texto, no estrictamente pneumatológica, sino de aplicación de virtudes.

1.3. *El Espíritu, luz santa y providente, arde perpetuamente frente al trono de Dios (Ap 4,5).*

Con el capítulo cuarto, el Apocalipsis se sitúa en la zona de la transcendencia. El cambio de nivel está ya señalado en el primer verso: "Vi una puerta abierta en el cielo... y una voz me dijo sube aquí y te mostraré las cosas que han de suceder" (4,1). Situado arriba en el cielo, el agraciado vidente podrá contemplar desde la morada de Dios, con la perspectiva adecuada, la panorámica de los avatares históricos. Debajo de la zigzagante y ondulada coyuntura de la aventura humana, late la providencia de Dios, que guía con solicitud y sabiduría la marcha de la historia de los hombres. Esta es ya historia de salvación. Cristo, el Cordero vencedor, la empuja con su energía de resurrección. La conduce hacia una meta llena de sentido y de plenitud.

El vidente contempla el trono de Dios, y sobre él alguien innominado que está sentado (4,2). Su apariencia tiene la belleza de las piedras preciosas y el nimbo del arco iris. En esta sucesiva secuencia descriptiva del trono, Juan, el autor del Apocalipsis, contempla un cuadro impresionante. Este plano de su visión es el objeto del comentario de Alcázar:

*Y siete lámparas de fuego están ardiendo frente a su trono, que

³³ Cf. E. SCHÜSSLER-FIORENZA, *Apokalypsis and propheticia* in J. LAMBRECHT (ed.), *L'Apocalypse johannique et l'Apocryphique dans le Nouveau Testament*, Gembloux 1980, 114-121.

³⁴ Cf. F. CONTRERAS, *El Espíritu en el libro del Apocalipsis*, Salamanca, 1967, 39-40.

son los siete espíritus de Dios³⁵ (4,5).

Quod ad visionem attinet, aliquis in eam forte coniecturam devenerit, lampades quas Ioannes se vidisse testatur, cum essent lampades in caelo, considerandas esse ut caelestes lampades, id est ut stellae et planetas. Ceterum propter allusionem ad septem candelabri lucernas, congruentius videtur, si Salomonici templi lucernis similes concipiuntur. Porro eorum significationem expresse ponit textus, dicens: Qui sunt septem spiritus Dei, id quod satis a nobis explicatum (cap. I) ³⁵.

Las siete lámparas de fuego, que arden perpetuamente frente al Trono de Dios, resultan textualmente el soporte simbólico de la mención de los siete espíritus de Dios.

Alcázar, heredero de la mejor tradición iconográfica y bíblica, considera, en referencia a esta representación de las siete lámparas ardientes no una imagen planetaria, sino que de forma más congruente, ve una alusión a las siete antorchas del candelabro que lucían en el templo de Salomón. Con ello, la interpretación de este capítulo cuarto del Apocalipsis sigue un modelo cultural. La residencia divina, donde está el trono de Dios, rodeado del brillo rutilante de hermosas piedras y del halo de paz del arco iris (4,2.3) y donde aparecen personajes solemnes: los veinticuatro ancianos en actitud de adoración (4,4.10.11), y los cuatro vivientes promulgando sin descanso, noche y día, el trisagio (4,6.7.8.9), . . . es un santuario supremo, el gran templo de la corte celestial, el modelo y arquetipo de todos los santuarios, del cual hasta el mismísimo templo de Salomón no llega sino a ser un pálido reflejo y sombra imperfecta.

Colocarse en esta estela interpretativa del texto, supone un logro para nuestro autor. El se mueve con sutileza y justeza al explicar los diversos símbolos culturales, sin perderse en la imagería desbordada y barroca, propia de su época, a la que esta ingente corte celestial, característica del capítulo cuarto del Ap, prestaba un crucial apoyo y un estímulo permanente.

Por lo demás, el autor no hace una interpretación "ad hoc" del paso reseñado —"las siete lámparas son los siete espíritus"—, sino que silencia toda propuesta y se remite con fidelidad a la explicación ya propuesta con anterioridad.

³⁵ p. 348 E.

1.4. El Cordero posee plenamente la abundancia del Espíritu
y lo envía a toda la tierra (Ap 5,6)

El capítulo quinto prosigue el mismo ambiente litúrgico del capítulo anterior. Mas la celebración que entonces quedaba recluida a la adoración divina de los veinticuatro ancianos y de los cuatro vivientes, se ensancha ahora, extendiéndose a las remotas dimensiones del mundo. Todo el capítulo representa una celebración cósmica y ecuménica. Nadie queda postergado, los ángeles y todas las criaturas "de la tierra, de debajo de la tierra y del mar" (5,13) son invitadas a la adoración. Otra diferencia fundamental, que marca el proceso estructural del libro, es la aparición solemne del Cordero. Es lo que ve Juan, el profeta, tras ser consolado (5, 4-5); es el lugar adonde le invita a mirar uno de los ancianos. Juan mira efectivamente, y su retina capta la escena clave de todo el libro del Apocalipsis. Se trata de la visión pascual de Cristo. Esta aparición de Cristo domina todo el capítulo quinto, y debe decirse con acierto, que conduce también la estructura toda del libro del Apocalipsis, el cual puede ser definido como la visión del Cordero, el Señor de la historia.

A esta visión del Cordero pertenece la mención de los siete espíritus.

"Y vi en medio del Trono y de los cuatro vivientes y en medio de los ancianos un Cordero de pie, como degollado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra (5,6)".

Este es el comentario de Alcázar al pasaje apocalíptico:

Deinde septem cornua, septemque oculos textus explicat esse spiritus Dei. In capite vero primo, notat.5, interpretat.5 tam aumus septem Dei spiritus esse virtutes illas septem, quibus providentiae perfectio comprehenditur. Quod autem dicitur, hosce septem spiritus inesse Agno; idem est, ac dicere Christum Dominum, etiam quatenus hominem, totius esse mundi machinae monarcham et universalem rectorem; nam Pater omne iudicium dedit Filio, quia Filius hominis est (Jn 5,27). Christus igitur cum perfectissime est princeps (cuius gubernatio exactissimam divinae imitationem continet) tum etiam septem illos habet spiritus seu virtutes, ad quas perfectio tota administrationis rectae redigitur. . . Porro, quod dicitur de septem Dei spiritibus, mittuntur in omnem terram, nostrae non repugnat expositioni. Quomodo enim dicitur suam spiritum Deus immittere cum io-

*stus spiritus admiranda in terris operatur; illa similiter iuxta Scripturae loquutionem dicitur Deus emittere suas septem virtutes, propter eximios et admirabilis harum virtutum effectus; quae in toto orbe terrarum eniteant, cum in Christianae Ecclesiae sanctitate, tum in Evangelii propagatione*³⁶.

El autor, parte siempre de su explicación base, para ir luego interpretando los textos pertinentes. Los siete espíritus son, sin lugar ya a dudas, rotunda y repetidamente afirmado por Alcázar, aquellas siete virtudes que condensan y manifiestan, al mismo tiempo, la perfección de la providencia.

Alcázar añade en su Comentario que Cristo las posee plenamente; quiere afirmar que estas siete virtudes habitan y reposan en él. Es el Señor perfecto. Dicha posesión le incumbe, porque Cristo aparece como el rector y monarca de todo el mundo, y lo rige a imitación del supremo gobernador, Dios. Y éste ha querido concederle toda potestad.

Finalmente el envío de los siete espíritus, aunque la dureza de la expresión repugna un tanto a la inteligencia humana, resulta una verdad manifiesta, merced a sus efectos admirables y que pueden ser reconocidos: la santidad de la Iglesia y la propagación del Evangelio.

En esta explicación, Alcázar, fiel a su línea interpretativa acerca de los siete espíritus como las siete virtudes de la providencia divina, realiza especialmente una consideración teológica de envergadura. Esta interpretación le permite hacer hincapie en la eximia grandeza de Cristo, el cual es señalado y casi definido como "quien posee la perfección de las siete virtudes". Desde la visión de Cristo, pasa a la contemplación del Padre que ha querido llenar de tal abundancia al Hijo; y finalmente percibe maravillado los efectos divinos de la providencia, en el brillo de la santidad de la Iglesia. Este comentario exegético de Alcázar supone una visión de totalidad. Una mirada trinitaria y eclesial engrandece la explicación de nuestro autor.

Alcázar relaciona estrechamente los diversos septenarios que aparecen con frecuencia en el libro del Apocalipsis.

*... nimirum spiritus septem, septem lampades, septem cornua, atque oculos Agni, septemque sigillorum mysterium; haec, inquam, omnia unum idemque significare*³⁷.

³⁶p. 421 C D.

³⁷p. 421 E.

Obvia se muestra la relación profunda entre las siete lámparas, los siete cuernos y los siete ojos del Cordero. Es sobre todo, el mismo texto del Apocalipsis quien permite establecer dicha ecuación, al añadir detrás de cada una de las tres representaciones simbólicas, la expresión identificadora: "son los siete espíritus de Dios", aunque cada uno de los tres textos suponen imágenes diversas. La primera que habla de siete lámparas es cultural; la segunda y tercera, referentes a los siete cuernos y siete ojos, son antropomórficas. Presentan todas ellas una simbología diversa, con matices distintos, no enfrentados ni antagónicos, pero que a la postre enriquecen sobremanera el texto del Apocalipsis.

Mas Alcázar los interpreta de manera uniforme y siempre plana. Y al hacerlo así, los textos acerca de los siete espíritus quedan un tanto depauperados, como expresiones sin relieve. Los siete espíritus son las siete virtudes de la providencia. Atrevida es sin duda la relación de los siete espíritus con los siete sellos. Cree nuestro autor que el Cordero puede abrir y desatar los siete sellos, porque está dotado de la fuerza de los siete espíritus. Esta explicación es fundamentalmente cierta en su fondo, pues Cristo actúa siempre con la potencia de su Espíritu. Pero adolece de forma, pues no aparece en el texto una relación fuerte e intrínseca con los siete sellos. El motivo numeral de siete, número por otra parte tan habitual en el Apocalipsis, no se demuestra como razón suficiente para establecer con coherencia un lazo de afinidad. Y, sobre todo, es el uso lingüístico verificado a lo largo del libro, el que no permite la pretendida conexión.

Cuando el Espíritu no es contemplado a nivel de la transcendencia divina, sino que, enviado por Cristo, el Cordero (5,6), entra en la historia de la humanidad, y actúa salvíficamente, operando proféticamente, ya no aparece revestido con la típica expresión de los "siete espíritus" *ta hepta pneumata*, sino en singular. Entonces, el libro del Apocalipsis lo designa sobriamente: "el Espíritu", *to pneuma*.

2. EL ESPIRITU INTERPRETA EN LA IGLESIA LA PALABRA DE JESUS (Ap 2,7.11.17.20; 3,6.13.22).

La expresión "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias", aparece siete veces, siempre reproducida con exactitud literal, dentro de las cartas a las Iglesias.

Cristo glorioso se manifiesta a cada una de las siete Iglesias del Apocalipsis; las interpela en primera persona con su palabra profética.

Se manifiesta con los atributos de su divinidad, investido con todo el poder soberano de su autoridad divina. Su mensaje tiene la fuerza de la misma palabra de Yahweh en el AT. Lo que era el pueblo de Israel para Dios, es ahora la Iglesia para Jesucristo. Este Señor de la Iglesia reconoce cuanto de bueno hay en la comunidad, alaba sus virtudes, anima cuanto está a punto de desfallecer; también con su mirada penetrante de ojos de fuego, la juzga y purifica. Quiere el Señor una Iglesia santa y renovada en su amor primero. Es este el objetivo primordial de su insistente alocución: que la Iglesia, abandonando los lastres que la sofocan, se convierta lealmente al Señor de la vida. Para alentar su lucha, le promete un premio consolador. La Iglesia, si mantiene las obras de Jesucristo, resultará vencedora con él, participando de la misma victoria de Cristo, el Cordero vencedor absoluto de la historia, y obtendrá la plena ciudadanía de la Jerusalén celestial.

En un momento clave de su interpolación aparece invariablemente esta fórmula, cuyo protagonismo está reservado al Espíritu. Cristo y el Espíritu se dirigen, pues a la Iglesia. Cada uno realizando una función complementaria dentro de la única y progresiva revelación cristiana. Cristo habla directamente a la Iglesia; pero quien interpreta sus palabras, haciéndolas conocer profundamente, interiorizándolas en el corazón de la Iglesia, es el Espíritu.

Así comenta Alcázar la formulación sapiencial, "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias".

Haec sententia ceteris omnibus epistolis iteratur. Et semper adiungitur hic verbis, quibus praemium vincenti spondetur. . . Primum est, in praemio illi non esse sermonem cum Episcopo, cui Epistola scribitur; sed generalim cum omnibus Ecclesiis. . . Et propterea sententia illa in omnibus epistolis repetitur, Qui habet aurem, audiat, quid spiritus dicat Ecclesiis; quae rectius intelligetur, opinor, si ad omnia referatur, quandoquidem eadem est omnium ratio. Quarto, quod haec verba coniungantur, qui habet aurem, audiat, cum praemio, quod mox proponitur; non ideo fit, ut ad praemium solum referantur, sed quia utramque rem (scilicet admonere, doctrinam illius epistolae ad Ecclesias spectare et victori praemium proponere) oportebat ad finem epistolae apponi. Quare interdum antecedit praemium; interdum admonitio illa qui habet aures etc. subsequitur. Nec aliquid referre puto, quod pra-

*mium vel praecedat, vel subsequatur, vel etiam, interponatur*³⁸.

Alcázar no vuelve a comentar este dicho sapiencial en ninguna de las respectivas apariciones de las llamadas cartas a las Iglesias. Se remite invariablemente a este pasaje fundamental de su comentario.

Sorprende grandemente la falta de una auténtica explicación de la frase considerada en sí misma. Dicha ausencia se dejar notar, aún más, al constatar sin dificultad que algunos dichos semejantes se encuentran esparcidos en los Evangelios sinópticos. Y no sería ardua tarea realizar un parangón entre la expresión del Apocalipsis y aquellas sentencias³⁹.

Pero el valor del comentario de Alcázar reside en un doble mérito. El primero consiste en asociar el dicho del Espíritu con el premio que se concede; mediante dicha conexión el Espíritu aparece en su papel de consolador de la Iglesia.

Un examen detenido —por nuestra parte— permite afianzar esta aseveración debida a nuestro autor: que el Espíritu anima siempre a la Iglesia. En las tres primeras cartas la fórmula "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias" se relaciona con la promesa de una retribución: "Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida" (2,7); "El vencedor no será dañado por la muerte segunda" (2,11); "Al vencedor le daré del maná escondido" (2,17). Gracias a esta interacción profunda entre la voz del Espíritu y la certeza del triunfo cristiano, se subraya una función inmensa del Espíritu: ser el guía de la Iglesia con la esperanza de una victoria. La palabra del Espíritu que resuena dentro de la Iglesia, es siempre de mensaje de consolación. El Espíritu unge la lucha diaria y fiel con la promesa de una participación real en la vida victoriosa, conquistada ya por Cristo. La voz del Espíritu alivia y restaura el ánimo de la Iglesia. El Espíritu la fortalece y la

³⁸p. 259 B.

³⁹En los Evangelios sinópticos se encuentran, como único lugar del N.T., unas frases semejantes que también se repiten con ligeras variaciones: "El que tiene oídos para oír, que oiga" (Mt 11,15; 13,9,43; 19,12; Mc 4,9,23; Lc 8,8; 14,35). Existen, es verdad, algunas diferencias textuales. En los sinópticos falta la decisiva mención del Espíritu; el verbo *akouón* adopta la forma de imperativo de presente, no de aoristo, como hace el Apocalipsis; la palabra "oídos" va declinada en plural *oía*, y no en singular como es propio de nuestro libro. Mas el contexto es similar. Aparece siempre en la peculiar situación de parábolas difíciles de entender, o de incredulidad, o de comprensión misteriosa. A la postre, es el mismo Jesús quien explica y da el alcance real a las palabras que ha pronunciado. Cf. M. DIBELIUS, *Wohr Ohren hat zu hören, der höre*: ThS4Kr 83 (1910) 461. El autor alemán llama a esta expresión: *Werkformel*.

conforta durante su largo y arduo caminar.

El segundo mérito, como bien nota el autor, está en referir la asistencia del Espíritu no sólo al contenido de las siete cartas, sino a todo cuanto sigue. Es éste un hallazgo de indudable valía, que debe ser resaltado. Alcázar lo hace por la dispar colocación de la fórmula apocalíptica; unas veces precede al premio; otras, va detrás. Esto quiere decir que todo el Apocalipsis es un libro enviado a la Iglesia entera.

Mas estas afirmaciones deben ser probadas por un examen detenido del texto apocalíptico.

Una observación, pues, atenta permite constatar que la fórmula sapiencial se sitúa estructuralmente, como elemento formal [ijo], al final de todo el esquema, en las últimas cuatro cartas: Tiatira (2,29), Sardes (3,6), Filadelfia (3,13) y Laodicea (3,22); es decir, que la promesa al vencedor se encuentra antes de la llamada del Espíritu, y tal promesa coherentemente se atribuye, con plena propiedad, a Cristo, no al Espíritu en las cuatro cartas finales⁴⁰.

Esta variación e intercambiabilidad estructural no parece ser un artificio banal o acomodaticio, sin relieve, sino que posee una función determinante; hace que la frase "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias" no pueda relacionarse ya directamente con la promesa de la victoria, y queda, entonces, libre de tal dependencia litoraria. La fórmula —que va dicha intencionadamente en la última posición de las cuatro cartas finales— salta de su entorno inmediato y se abre, de manera significativa, al contexto general de toda la obra⁴¹.

El Apocalipsis es un libro destinado a las Iglesias y que tiene la garantía de la inspiración, porque es mensaje del Espíritu. Todo el Apocalipsis goza de la autoridad divina, es voz legítima del Espíritu. Exactamente es "Lo que el Espíritu dice a las Iglesias".

En resumen, que el libro del Apocalipsis, en su totalidad, está enviado a las Iglesias. La frase "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias", indica que no sólo una carta particular se manda a una Iglesia particular, sino que las siete cartas se envían a todas las Iglesias: que el libro íntegro del Apocalipsis se destina a la Iglesia universal.

⁴⁰ Cf. U. VANNI, *La Struttura letteraria dell'Apocalisse*, Roma 1971, 116-118.

⁴¹ Cf. L. POIRIER, *Les sept églises ou le premier septennaire prophétique de l'Apocalypse*, Washington 1943, 17919.

3. LA INTERPRETACION ESPIRITUAL DE LA HISTORIA (Ap 11,8).

En el capítulo once del Apocalipsis aparecen los dos testigos-profetas. Su presencia llena prácticamente el contenido de todo el capítulo, imponiéndose por su singular historia. Profetizan 1.260 días, realizan portentos y maravillas sobre el cielo, la tierra y las aguas, y sufren una persecución violenta que les conduce a ser matados por la Bestia y sus secuaces. Sus cuerpos permanecen sin ser enterrados en la plaza de la gran ciudad. Después de tres días y medio y tras sufrir la afrenta del mundo, el Espíritu de vida entra en ellos, y son capaces de ascender al cielo, ante el temor y perplejidad de sus enemigos.

Esta es la sucinta historia de los dos testigos-profetas, que narra el capítulo once. Dejando, por ahora, al margen la consideración de su difícil identidad, nos concentramos en la mención de la palabra *espíritu*, que esta vez asume la modalidad de un adverbio: *espiritualmente pneumatikos*.

Así reza el texto del Apocalipsis:

°Y sus cuerpos [yacerán] en la plaza de la gran ciudad, que espiritualmente se llama Sodoma y Egipto, donde también su Señor fue crucificado (11,8)."

Y éste es el comentario de Alcázar al texto reseñado:

Quae vocatur spiritualiter Sodoma et Aegyptus. Sodoma Philoni sonat caecitatem; Aegyptus angustias. Quare in utroque nomine rite exprimitur furentium Iudaeorum caecitas ac rabies, qua Christianos persequerantur atque vexabant. Aut fortasse, (si non tam nominis etymologiam, quam rem ipsam attendamus,) nomen Sodomae denotat, eos permittente Deo in desideria cordis fuisse traditos; Aegypti vero nomen indicat, novum Israel a Iudeis ipsis, sicuti olim veterem ab Aegyptiis, acerrime oppugnari⁴².

Realiza el autor una interpretación alegórica del pasaje. No en vano cita a Filón, el autor judío creador de este modelo explicativo y exegético. Después, la alegoría se convierte en la ciencia de la etimología. Y así, Alcázar contempla en este texto una visión eclesial. Realiza un salto interpretativo. De la situación descrita en el AT, pasa a un tiempo cristiano y referente a un periodo concreto de la historia de la Iglesia. Los primeros años de vida de la Iglesia, que sobrevive

⁴²p. 594 E.

gloriosamente a pesar de las crueles asechanzas de su entorno. Sodoma y Egipto son una célebre pareja de nombres bíblicos, de infeliz memoria para el pueblo judío, que indican "ahora, en este momento" la rabia furiosa, la ceguera de los judíos que han perseguido a los cristianos. Hace el autor una auténtica pirueta interpretativa, y afirma que Egipto, el nombre odiado por los judíos, donde no se pronunciaba el nombre de Dios, es ahora el nombre propio para designar al pueblo judío. En su loca manía de perseguir a la Iglesia, se han convertido en el símbolo más aborrecido de su historia, en el enemigo de su pueblo.

La Iglesia está vista idealmente en la presencia de los dos testigos-profetas.

El valor del breve comentario de Alcázar está en la importancia de su método exegético; el autor se aplica al texto con una interpretación alegórica. Y esta actitud abierta le permite actualizar el dato revelado.

Katekhai pneumatikos es una llamada al discernimiento espiritual y a la concretización histórica. El grupo eclesial, "los que escuchan las palabras de este libro" (Ap 1,3), el verdadero receptor activo del libro, debe encontrar, durante el momento preciso de la lectura, el enigma de esa gran ciudad.

En tiempos del autor del Apocalipsis y según indicios suficientes, fácilmente rastreables en el libro, la gran ciudad se identifica con Roma (Ap 16,19; 17,18; 18,10.16.18.21); pero la metrópolis evocada por el Apocalipsis no se reduce, sin más, a Roma —aun la Roma de entonces, la que persigue y martiriza a los cristianos—, sino que la supera por la fuerza incontenible y negativa del mal en la historia, y tiende inevitablemente a reproducirse bajo múltiples máscaras, como centros de poder absolutos o estructuras sofocantes, que van prolongando en el tiempo las mismas condiciones demoníacas de Sodoma, Egipto y Jerusalén (y Roma).

Tal empeño intenso de lectura interpretativa (necesario para llegar a entender el texto bíblico, rescatar su sentido auténtico y poder ser adaptado, verificándolo en la arena de la realidad histórica actual, en orden a despejar su definitiva clarificación), hay que hacerlo "espiritualmente" *pneumatikos*; a saber, con la luz inspiradora y siempre eficaz del Espíritu.

Como demérito en el pensamiento exegético de Alcázar, hay que señalar la aplicación reductiva de su interpretación. El autor se concentra y se recluye en el pueblo judío, como si éste hubiera sido en la

historia el único enemigo de la Iglesia.

Alcázar no menciona explícitamente la presencia del Espíritu en este texto. Bien, es verdad, que el adverbio *pneumatikos* sólo aparece aquí y en 1 Cor 2,13. Y no siempre en la historia de la exégesis ha sido explicado con coherente satisfacción⁴³. Pero sabe el autor interpretar bien la función del Espíritu, que el Apocalipsis en este breve y extraño pasaje le asigna; a saber, actualizar para la Iglesia el dato revelado.

4. EL ESPIRITU CONSUELA A LA IGLESIA CON EL MACARISMO DEL DESCANSO (Ap 14,12-13).

El texto que Alcázar se apresta a comentar, aparece como un contrapunto frente a la suerte negativa, que es la meta inalzable adonde conduce fatalmente ser esclavos de la Bestia. Este destino fatídico se presenta con trazos sombríos: como la carencia de cualquier manifestación de vida (14,10), la privación de toda relación social (v.10) y el sin sentido de una condena perenne e inabarcable (v.11).

Así, pues, en contraposición feliz a esa desdicha, surge una revelación del cielo, que promete un consuelo a los santos, a quienes guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Este destello de dicha, como una luz repentina en medio de tanta absurda oscuridad, necesita de una confirmación suprema para ser creído. Por eso, la voz del cielo afianza la revelación. Son dichosos los que mueren en el Señor. Quien mueren como han vivido, a saber, en el ámbito existencial de Cristo, son bienaventurados. Y esta felicidad no se refiere exclusivamente a un tiempo futuro e incierto; comienza ya desde ahora, en el momento de la muerte cristiana.

Tal es la grandesa de la revelación cristiana, que Juan debe escribir. El Espíritu consiente, dice sí. Y asegura que los muertos ya descansan de sus fatigas y trabajos, pues sus "obras", cuanto de positivo han logrado en esta vida, les acompañarán como un cortejo de plenitud y

⁴³El raro adverbio *pneumatikos* ha sido diversamente explicado por los comentaristas clásicos y actuales del Apocalipsis. La expresión es objeto de esta amplia gama de interpretaciones: "In the language of mystery or of prophecy" (SWETE); "En langage prophétique" (BRÜTSCH); "Allegorically" (MASSINGERBERDE); "Darüber hinaus liegt in dem Wort vielleicht eine Andeutung, dass die Bilder der Apk 'pneumatisch' zu verstehen sind" (LOHMEYER); "Figuratively" (CAIRD); "Nicht in gewöhnlicher, sondern in prophetischer Sprache" (SCHWEIZER); "Statt 'geistlich' lassen sich auch 'in der Art der Prophetie' sagen" (KRAFT); "Spirituellement, c'est-à-dire par inspiration prophétique" (PRICENT). A veces, la explicación es incluso silenciosa (CHARLES, CORSINI)

de realización madura.

"Aquí está la constancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Y oí una voz del cielo, que decía 'escribe: Bienaventurados los muertos, los que mueren en el Señor de ahora en adelante'. Sí, dice el Espíritu: descansen de sus fatigas, pues sus obras les acompañan (14,12-13)".

Este es el comentario de Alcázar:

Iam quod Spiritus sancti auctoritas hic interponatur (id enim sonant verba illa, Dicit Spiritus) denotat, hanc esse spiritalem omnino doctrinam ab Spiritu sancto viris spiritualibus traditam, idque postquam Christus fuit pro nobis in crucem actus, prius enim, nondum erat Spiritus datus, quia leus nondum erat glorificatus.

Haec doctrina carnalibus hominibus difficilis admodum apparebit; nimirum, ubi quispiam Christi crucem fuerit amplexus et fortiter mori pro Christo statuerit, in ipsismet laboribus, sive etiam ab ipsis, requiem se ac pacem inventurum. Sed nihil est magis inter spirituales viros familiare aut saepius iteratum: quibus utpote expertis habenda fides, praesertim cum Ioannes dicat, voce sibi caelitus audita confirmatum fuisse, eiusmodi doctrinam esse Spiritus sancti propriam⁴⁶.

El comentario insiste globalmente en la dificultad de entender la doctrina cristiana. Esta ardua comprensión se compagina con el talante del capítulo, que, como ya anunciaba en los versos anteriores (8-11), narra con crudeza la infeliz suerte de los idólatras. Alcázar designa a estos como "hombres carnales". Cambia la terminología, no así su referente.

Pero, en vano, buscamos en el comentario de Alcázar una mención del Espíritu. Ni en el texto que se ha acotado por ser el más directo, ni tampoco en los textos contiguos, aparece una explicitación de la función del Espíritu. Este queda relegado al papel tutelar de confirmar una doctrina espiritual. Es el Espíritu quien da la autoridad a una doctrina o un texto escriturístico.

En parte por intuición, en parte por contacto permanente con la Escritura, la interpretación de Alcázar resulta acertada.

⁴⁶p. 737 E; 738 A.

La expresión "El Espíritu dice" es una formulación frecuente y típica, dentro de la Biblia y de la literatura rabínica, que se refiere al Espíritu de inspiración, que habla con autoridad en las Escrituras o fuera de ellas. Esta formulación canoniza un libro o un dicho, llenándolo de la la garantía propia del Espíritu⁴⁵.

5. EL ESPÍRITU CONTINUA EN LA IGLESIA EL TESTIMONIO DE JESUS (Ap 19,10).

El texto que comenta Alcázar es conciso y corto, reza así:

"El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía" (Ap 19,10).

Mas su brevedad gramatical encierra, por contraste, una importancia decisiva para la comprensión del Espíritu en el libro del Apocalipsis y su función profética en la Iglesia. Esta relevancia del texto brota de la misma densidad de los vocablos que lo componen y que se extienden por todo el cuerpo del libro. Nos referimos, pues, con más exactitud, a las palabras y familias de palabras que semánticamente guardan relación directa con el testimonio y la profecía. Véase una sobria muestra, que se limita únicamente a citar las frecuencias.

Martyr, testigo: 1,5; 2,13; 3,14; 11,3; 17,6.

Martyreusis, testimoniar: 1,2; 22,16.18.20

Martyria Iesu, testimonio de Jesús: 1,2.9; 6,9; 12,16; 20,4.

Propheteia, profecía: 1,3; 11,6; 19,10; 22,7 10 18.19.

Propheteusis, profetizar: 10,11.

Prophetai, profetas: 10,7; 16,6.7; 17,6; 18,20.24; 22,6.

Bastaría hacer un recorrido por cada uno de estos textos con su explicación pertinente y luego sacar las debidas consecuencias. El resultado se manifestaría lleno de asombro, por la riqueza teológica que de hecho encierra un texto tan breve⁴⁶.

Leemos el comentario de Alcázar a este pasaje:

Enimvero existimo, Testimoniura Iesu in praesenti nihil esse aliud, quam Evangelii praedicationem; in qua testimonium redditur de Christo; et Evangelii praedicatores phrasi illa designari, Qui habent testimonium Iesu; id est, quibus ex peculiari officio Evangelii praedicatione incumbit. Quod autem mox sequitur,

⁴⁵Cf. H.L. STRACK-P. BILLERBECK, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, III, München 1924-28, 234.

⁴⁶Cf. F. CONTRERAS, o.c. 123-145.

Testimonium enim Iesu est spiritus prophetiae; denotat, spiritum ac studium Evangelii praedicandi esse nobilissimum quendam prophetiae Spiritum. Nam doctrina Evangelica est magna illa prophetia, quae hominibus arcana Dei consilia bonorum ac malorum exitum detegit⁴⁷. Aliquis fortasse in ea phrasi, Spiritus prophetiae; contemplabitur Christianam doctrinam esse spiritum, ac medullam eius prophetiae, quae in sacris quondam verbis enituit. Quod licet verum sit, in Scripturae tamen locutione, Spiritus prophetiae, sive spiritus Prophetarum est ille spiritus, quem Deus suis Prophetis impertivit. Et simplicius est hoc pacto accipi in praesenti; ita ut sensus sit, spiritum concionatoris (id est donum praedicandi) esse Prophetarum spiritum, atque in huius sententiae repetitione, quae habetur c. 22, 9 dicitur, Conservus fratrum tuorum prophetarum. Unde elicitur, habere spiritum prophetiae esse idem, quod illos esse prophetas⁴⁸.

El autor se concentra en la predicación del Evangelio para explicar ambos miembros de la frase. Tanto el testimonio de Jesús, como el espíritu de profecía, se encierran admirablemente en el don de predicar dentro de la Iglesia. La médula de la doctrina cristiana está asegurada por la asistencia espiritual. Claramente afirma Alcázar que el Espíritu de profecía se manifiesta en el espíritu del predicador, es decir, en el don de predicar.

Y de esta manera asistimos a un corrimiento semántico, que parte del Espíritu, pero que luego sucesivamente se refiere a sus dones y carismas. En nuestro texto, el Espíritu de profecía se reduce al don de la predicación del Evangelio.

Echamos de menos una justa valorización de la función del Espíritu, como agente personal dentro de la Iglesia, quien está originalmente en la fuente de todos los carismas y dones eclesiales, haciéndolos nacer y operar con eficacia.

⁴⁷ p. 867 E.

⁴⁸ p. 858 C.

6. EL ESPÍRITU ANIMA A LA IGLESIA QUE ESPERA AL SEÑOR. (Ap 22,17).

Es este el último texto donde se hace mención explícita del Espíritu. Se sitúa en un diálogo litúrgico entre la asamblea eclesial, ya purificada por el Espíritu, y convertida en esposa radiante. Esta esposa se consume de ansias y desea entrañablemente la venida de su Esposo y Señor. Así reza el texto:

“El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!” (Ap 22,17).

Nam in Romae et Romani Imperii conversione significanter dicitur Christus ad suam Ecclesiam illustrandam advenisse; et in Sanctorum etiam obitu apte dicitur advenisse Christus, ad eos in caelum perducendos. Optare ergo atque precari, ut Christus adveniat; ad utrumque debet adventum referri. Christus igitur in hoc loco ait, ab Spiritu Sancto e caelo in Ecclesiam missus, et ab spiritu etiam huius libri atque Ecclesiae doctrina nos educeri, ut duplicem illum Christi ipsius adventum vehementer exoptemus; qua doctrina auditorem excitari, ut totius Ecclesiae clamorem suis votis ac precibus comitetur; atque in eodem Christi sensu dicat, Veni Domine Iesu⁴⁹.

Alcázar refiere este texto a una doble llegada del Señor. En primer lugar, se relaciona con una visita histórica. Cree nuestro autor que Cristo viene, al final del Imperio romano, a consolidar la fe de sus santos; a consolarlos con la visita de su gracia, a causa del testimonio de su vida cristiana, mantenida heroicamente a pesar de tantas circunstancias adversas y vejatorias⁵⁰. En segundo lugar, aplicase esta visita a la venida del final de los tiempos, cuando tendrá lugar la consumación de la historia⁵¹. La función esencial del Espíritu consiste en alentar a los cristianos, para que deseen con vehemencia esta doble venida del Señor. El Espíritu se une a la doctrina de la Iglesia, de tal manera que prácticamente equivale a decir lo mismo. Es el Espíritu, enviado por Cristo a la tierra, y que está presente en las enseñanzas del libro del Apocalipsis.

Lamentamos una profundización más temática y reflexionada acerca de la importancia real del Espíritu en este texto. El es quien llena proféticamente a la Iglesia; plenitud que no se reduce únicamente a la

⁴⁹p. 1024 B.

⁵⁰p. 1023 E.

⁵¹p. 1019 E.

enseñanza de la doctrina, sino que reviste múltiples formas, visibles en la rica pluralidad de sus carismas, entre los que destaca soberanamente, el don de la profecía. El Espíritu mantiene a la Iglesia en su estado de esposa digna del Cordero, preparándola para las nupcias definitivas. Por eso, animada por el Espíritu, que se convierte en el instinto más profundo de su advenimiento, la Iglesia suplica ardientemente y espera con la más confiada osadía: "Ven, Señor, Jesús" (22, 20).

CONCLUSION

Se ha de convenir en que durante el curso del comentario respectivo de Alcázar a cada texto, hemos tenido ocasión propicia de conocer, "in situ" el pensamiento exegético de nuestro autor, juntamente con los matices que le prestan colorido y dimensión histórica. No parece, pues, ahora adecuado proceder a un resumen acabado —que tal vez, no llegaría a ser sino una masiva e imponente acumulación de datos— de su exégesis pneumatológica. Es preciso remitirse a los diversos pasajes analizados; allí se comprobará cuanto de nuevo y positivo ha logrado el autor.

Más en orden a facilitar la comprensión del lector, acentuáramos cuanto de fructífero arroja el comentario de Alcázar a los textos acerca del Espíritu en el Apocalipsis.

El Espíritu se sitúa en el ámbito de la providencia divina. Esta resulta una afirmación teológica fundamental. Alcázar insiste en que los siete espíritus son las siete virtudes de la providencia de Dios, con las cuales el universo y la historia son regidas y guiadas con solicitud.

Su doctrina de los siete espíritus, extraída de cuatro textos apocalípticos, sigue esta misma concepción providencialista. Adolece, sin embargo, de una comprensión del texto "ad hoc"; se limita a una explicación genérica, monocorde y plana. Y al hacerlo así, los textos quedan empobrecidos y sin relieve teológico.

El Espíritu actúa en el contexto privilegiado de la Iglesia. Alcázar ha subrayado esta función eclesial del Espíritu. Y esta acentuación teológica ha de ser valorada como digna de todo encomio.

El Espíritu colabora en una tarea noble y esencial de la Iglesia, la predicación del Evangelio. La historia que narra el Apocalipsis es contemplada como el despliegue glorioso del Evangelio, que supera las vicisitudes de los judíos, vence las acechanzas del Imperio romano y

se abre, por fin, a todo el mundo. Justamente aquí, en esta marcha triunfal de la Palabra de Dios, está presente, revestido con todo el poder de su eficacia, el Espíritu que hace hablar a los predicadores del Evangelio, considerados éstos en su más amplia acepción.

Existen silencios significativos en el Comentario. Los siguientes pasajes donde se alude a la fuerza del Espíritu, que arrebató al profeta y sostiene su trabajo (1,10; 4,2; 11,11; 17,3; 21,10), son preteridos y el lector desconoce toda posible doctrina pneumatológica.

Hay un deslizamiento lexicográfico, que comporta inexorablemente un pérdida de protagonismo del Espíritu. Con tanto hablar de los dones del Espíritu y de los carismas de la predicación evangélica, se olvida paulatina y gravemente al Espíritu, que es quien absolutamente está obrando estos milagros en la Iglesia. Queda, pues, el papel preponderante del Espíritu en segundo orden, paradójicamente ensombrecido por las manifestaciones de sus efectos.

Se ha echado de menos a lo largo de su extenso comentario una doctrina explícita y sistematizada acerca del Espíritu en el libro del Apocalipsis. Posiblemente los tiempos no estaban preparados para que madurase una teología bíblica sobre el Espíritu. De ahí el olvido pneumatológico.

Hay, finalmente, que destacar el rigor de su pensamiento. Podemos disentir de algunas opciones exegéticas tomadas por el autor —ya lo hemos indicado con frecuencia en su momento—; mas no podemos dejar de reconocer la solidez y la fundamentación seria, científica y bíblica con que Alcázar acomete su ingente y ardua empresa de "investigador de los secretos arcanos del Apocalipsis".

II. PRESENTACION Y VALORACION CRÍTICA DEL COMENTARIO

Introducción

Conforme a la estructura con que Alcázar vertebra su comentario, éste se articula en cinco grandes secciones, que el autor llama "libros".

Liber primus:

Contiene todas las nociones preliminares y anotaciones (hasta 26 largas anotaciones aporta) al Apocalipsis; con ellas el autor responde a las diversas cuestiones introductorias: origen del libro, autor, fecha de composición, destinatarios. . .

Liber secundus:

Incluye los tres primeros capítulos, que no son otra cosa sino el prólogo a todo el Apocalipsis.

Liber tertius:

Desde el cap. 4 hasta el 11. Contiene la reprobación del pueblo judío; a saber, "Iudaeorum diminutio".

Liber quartus:

Va desde el cap. 12 hasta el 20. Es el triunfo de la Iglesia cristiana en su lucha contra los gentiles y las fuerzas demoníacas que tratan impedir la conversión del Imperio.

Liber quintus:

Comprende los tres últimos capítulos. Trata de la paz duradera de la Iglesia (c.20); de la victoria conseguida sobre la persecución del Anticristo (21). y de la grandeza de la gloria de la Iglesia cristiana, que sobrevendrá al final de los tiempos.

Como puede apreciarse, por este apretado resumen que anticipa a grandes rasgos el contenido del comentario, éste trata fundamentalmente del triunfo de la Iglesia cristiana en su lucha contra el judaísmo y el Imperio romano. El pueblo judío acaba sus días durante la gran guerra, en el año 70. El Imperio romano concluye su poderío demoníaco merced a su conversión a la fe cristiana.

El mensaje del Ap refiere, pues, la historia de los primeros siglos de la Iglesia, el despliegue glorioso del Evangelio por el mundo. En

este triunfo, la Iglesia se ha sentido providencialmente asistida por la protección de Dios.

En cuanto a la metodología adoptada, hay que indicar con brevedad que iremos leyendo y presentando el contenido fundamental de cada uno los capítulos del libro; permaneceremos en diálogo continuo con el autor, recogiendo sus mismas palabras, valorando sus aportaciones y criticando sus defectos.

LIBER SECUNDUS

CAPITULO I

El autor divide el primer capítulo en tres partes, cuyo principal contenido teológico será respectivamente señalado y valorado.

La parte inicial (1,1-3) encierra el título y el elogio de todo el libro del Ap. Fata profecía versa sobre los eventos de la Iglesia cristiana. Dios Padre la había revelado abiertamente al alma de Cristo⁵², y éste la hizo entender por medio de su ángel al discípulo predilecto en la isla de Patmos⁵³.

Juan no sólo contempló la profecía y penetró en sus misterios, sino que, investido de autoridad apostólica, declaró cuanto en ellos se ocultaba. Dichoso puede considerarse quien recibe con fidelidad las verdades de esta profecía y las cumple⁵⁴.

⁵² "Palam enim, non per aenigmata, loquitur Christo Deus". p. 160 A.

⁵³ Alcázar explica el sentido del verbo griego *esemenen* (dió a entender, clarificó); para ello acude a dos textos del Evangelio de Juan: 12,37; 21,18; y también se sirve de los comentarios de Beda y Ruperto. "Utrouque est idem verbum *esemenen*. Prophetia ergo huius libri revelata est Christo Domino nuda et aperta; sed eam visum illi est aenigmatibus convertire et ad Ioannem mittere". (p. 169 E.)

Tan sólo para ilustrar el significado de una palabra, Alcázar se muestra riguroso con la modalidad verbal y respetuoso con la tradición exegética anterior. Ejemplos de este talento equilibrado abundarán afortunadamente en su comentario.

⁵⁴ Modelo admirable de esta escucha obediente de la Palabra es María. En dos ocasiones, el Evangelio de Lucas nos la presenta así: "Maria autem conservabat omnia verba haec" (Lc 2,19); "Mater eius conferebat omnia verba haec" (Lc 2,51). El mismo Evangelio reconoce esta felicidad en los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen (Lc 11,28). Y como señala el autor, al referirse al texto griego "Ubi verbum Dei habet articulum, sicut in nostro texto". Mas esta bienaventuranza no se limita sólo a las palabras de la profecía del Apocalipsis, sino al asunto real y contenido que en ellas late. No quiere Alcázar que el lector se quede apegado a las palabras, sino que vaya más adentro, al espíritu que las vivifica. Con motivo de tal recomendación, hace una breve pero certera definición del Apocalipsis: Lo que en ella se contiene es la doctrina evangélica acerca de la Providencia de Dios en favor

La segunda parte (1,4-8) contiene la dedicatoria del Ap; va dirigida a las siete Iglesias de Asia. Pero en estas siete Iglesias se ha de contemplar, no sólo las comunidades concretas y bien delimitadas que indica el libro, sino que, provistos los lectores internamente de un sentido místico y pleno, es preciso mirar la catolicidad de la Iglesia. Juan Crisóstomo⁵⁵, S. Agustín⁵⁶, S. Gregorio⁵⁷, S. Isidoro⁵⁸, Aretas, Beda el Venerable coinciden, a este respecto, en hablar de la universalidad de la Iglesia. Siete Iglesias son todas las Iglesias, a saber, la Iglesia ecuménica y católica⁵⁹.

Alcázar porfía por ofrecer argumentos que corroboran esta opinión. Haciendo gala de una erudición portentosa, pasa reseña a una serie casi incontable de acontecimientos, cifras y lugares, dentro de la Biblia y fuera de ella, ya en la literatura griega, ya en la latina, donde aparece el número siete, dotado de este innegable valor simbólico de plenitud⁶⁰.

Se continúa con un saludo divino. Detiéndose largamente el autor en dilucidar acerca del tetragrama divino, el inefable nombre de Yahweh. Dios está presente en las tres dimensiones del tiempo, dominando con absoluto poderío la historia: "El que es, el que era y el que será". Esta parfrasis designa el nombre de "Iehovah" y su misterio⁶¹.

de la Iglesia cristiana. p. 170 C.

⁵⁵Cf *Homil. 22 ex vacile in Matthaeum*.

⁵⁶Cf *De civit.*, cap. 4,17.

⁵⁷Cf *Lib 23. Moral.*, cap I.

⁵⁸Cf *Lib 8. Etymol.*, cap 1.

⁵⁹Cf p. 174 D. Todas estas citaciones ponen de relieve el interés científico con que Alcázar acude a los santos Padres y otros autores de renombre para apoyar sus afirmaciones. Son citas de primera mano; pues en cada una de ellas —salvo en el caso de Aretas y de Beda— se hace explícita mención del lugar preciso donde consta el pasaje reseñado.

⁶⁰p. 174 E; 175 A.B.

⁶¹Como el asunto lo requiere "Et quia longiuscula erit disputatio, in aliquot sectiones distribuetur", Alcázar realiza, sobre la marcha de su comentario, un verdadero estudio monográfico acerca del tetragrama divino. En cinco secciones divide su trabajo de profunda erudición y perspicacia. Todo él trenzado de distinciones y matices de fina observación. Cita indistintamente y con profusión a autores profanos, a santos padres a comentaristas anteriores y coetáneos: Platón, Clemente de Alejandría, S. Jerónimo, S. Gregorio Nacianceno, Roberto Belarmino, Theodoro de Vatablus, Cayetano, Galatino, Guevara, Gabriel Vazquez, Maffio, Prado, Oleario, Mario Victorino. De cada uno de estos autores, Alcázar da a conocer la obra requerida y el lugar pertinente de apoyatura exegética. Se revela abiertamente como un vivo arsenal de cultura bíblica y profana. Su objetivo central en tan vasta discusión es mostrar cómo en este nombre divino se incluye una palabra sustancial; que no se trata de mera alusión, sino de una verdadera expresión y designación divina (p.

luego interpreta de manera original la expresión apocalíptica "Los siete espíritus que están delante de su Trono", que merece ser recogida en su integridad:

Precor praeterea vobis gratiam et pacem a septemplici Divinae providentiae Spiritu; id est a septem virtutibus, in quibus Divinae providentiae perfectio consistit: nempe, a Fortitudine, Beneficentia, Aequitate, Sapientia, a Potentia, Comminatione et Severitate. Quas virtutes in septem lampadibus figuratas in conspectu throni conspexi⁸².

Ya se decanta el autor por una interpretación moral de la controvertida expresión apocalíptica⁸³.

De Cristo se afirma que es el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos y el príncipe de los reyes de la tierra. El testimonio de Cristo fue rechazado a causa de la reprobación de los judíos. Que es primogénito de entre los muertos se muestra en los siguientes términos:

Quia ad Christi similitudinem ex persecutionum abyssu Christiana Ecclesia gloriose emergat; ac denique res ipsa ostendet, Christum esse Principem regum terrae⁸⁴.

Interesa notar cómo Alcázar hace una interpretación eclesiológica del Ap. En el texto que nos ocupa, no contempla a Cristo aislado o separado de su cuerpo, que es la Iglesia; mantiene el autor una perspectiva orgánica y fuertemente eclesial. Cristo que sufre en la persecución de sus cristianos, es el mismo que se levanta glorioso cuando la Iglesia supera el abismo infernal de las persecuciones.

Ya al comienzo conviene subrayar las peculiares perspectivas por donde discurrirá el comentario. Alcázar va a mirar continuamente a la Iglesia, que es perseguida por los judíos, pero que se abre con el anuncio del Evangelio al mundo hostil de sus perseguidores, que se convierten a su mensaje⁸⁵.

176 D; 177 A.B.C.D.E; 178 A.B.C.). Con ello se significan los atributos de Dios y el misterio de la Sma. Trinidad; se exige el mayor respeto al pronunciarlo (p. 178 C.D.E; 179 A.B.C.D.E; 180 A.B.C.D.E; 181 A.B.C.D.E; 182 A).

⁸²p. 91 E; 92 A.

⁸³A fin de conocer el ulterior desarrollo de esta postura exegética, propia de Alcázar, recordar todo cuanto con más detención se ha dicho sobre la compleja cuestión de los siete espíritus en el libro del Ap.

⁸⁴p. 92 A.B.

⁸⁵En su comentario caído al segundo título de Cristo, "Primogénito de entre los muertos", comenta Alcázar con mirada justa y penetrante (Su retina conserva

Quamvis enim Ecclesiam Christianam persequantur nunc Iudaei atque Gentiles; ecce tamen Apocalypsis proponit nobis Christi adventum in praedicationis Evangelicae nubibus; per quam Deus caelestem imbrem effundit... ut aperiantur caecorum oculi et aspiciant in Fidei auctorem et consummatorem Iesum... Atque adeo Iudaeis et Gentibus ad Christum conversis, maximae erit Christianae gentis gloria. Fiet. Fiet⁶⁶.

La tercera parte (1,9-20) contiene la narración de la teofanía inicial. En un raptó extático, Juan oye el sonido de una potente trompeta; se vuelve y contempla en medio de siete candelabros de oro un personaje vestido con indumentaria característica de sacerdote y con múltiples símbolos divinos: cabellos de nieve blanca; ojos como llamas que indican su ira; sus pies apoyados en un ardiente pavimento de "chalcolibano", —el mismo materia] con el que Salomón hizo el altar de los holocaustos—; su voz igual que la voz de muchas aguas, es decir, como el mar. Ante tamaño espectáculo, Juan cae a tierra como muerto. Pero el celeste personaje le consuela, y le ordena poner por escrito cuanto ha visto: el misterio de las siete estrellas y de los siete candelabros⁶⁷.

siempre esta asociación inseparable de Cristo y sus cristianos, contempla también los acontecimientos de la persecución que sufre la Iglesia como una prolongación de la misma pasión de su Señor) que Cristo resucitado se presenta como el modelo (ejemplar de la Iglesia y que asimismo resucita de nuevo y gloriosamente cuando ésta surga victoriosa del abismo de las persecuciones: **Nota hic certissimam esse veritatem, Christum esse primum aeternum, qui ad vitam immortalem surrexerunt... sed non id solum significat Iohannes in praesenti; quia id per se ad argumentum Apocalypsis non pertinebat. Potissimum ergo significat resurrectionem Christi Domini esse exemplar spiritualis resurrectionis Ecclesiae ex abyso persecutionum gloriose emergentis**. p. 193 D.

⁶⁶p. 92 C.

⁶⁷Para la elaboración de sus respuestas a cuanto han dicho sus predecesores (Teodoro, S.Gregorio, Casiano, A. Montano ...) y sobre todo, al texto bíblico en su versión hebrea, griega y latina: ¿Por qué Juan ve una cinta de oro en torno a los pechos del hijo del Hombre, y en cambio el profeta Daniel ve los riñones rodeados de oro? (p. 245 C. D. E). ¿Por qué Daniel ve el cuerpo del ángel como hecho de crisólito? (Ibid. 245 E; 246 A.B.C.). ¿Por qué Daniel ve en la cara del ángel una especie de rayo, Juan en cambio ve la luz del sol? (Ibid. 246 D.E). ¿Por qué Juan ve los pies hechos de azófar, Daniel sólo los brazos? (p. 246 B.C.D.E; 247). ¿Por qué Daniel oye la voz de la multitud, pero Juan oye primero el sonido de la trompeta y después la voz de muchas aguas? (p. 247 B.C.D). ¿Por qué el ángel, que se aparece a Daniel, no tiene cabellos blancos en la cabeza, ni estrellas en la mano, ni espada en la boca? (Ibid. 247 E). ¿Quién fue el ángel que se apareció a Daniel? (p. 247 E; 248 A). Entre algunos autores modernos que se han ocupado de esta visión,

De cada uno de estos elementos simbólicos, Alcázar hace una interpretación, cuyo denominador común es la uniforme e inequívoca aplicación a la persecución del pueblo judío contra la Iglesia cristiana. Bien merece la pena leer el referente aludido en cada uno de los símbolos. Detrás de ellos, se patentiza la original concepción teológica del autor⁶⁸.

Vox ergo tubae symbolum est Iudaicae persecutionis, in qua valde gloriosae fuit Christi religio, charitas et sapientia populi Christiani; qui per ipsam persecutionem mirifice proficiebat in tribus illis excellentiis. Porro poderis byssina immaculatam religionem repraesentat; zona aurea insignem charitatem; canticis venerandam sapientiam⁶⁹.

Sed quo magis gratia et sapientia Christianae Ecclesiae vigebat; eo magis perfidi Iudaei iram Christi adversus se irritabant; atque in plagis contra eos immissis et in bello mystico, quos adversus eos gerebatur, oculorum flammae iram Christi denotant⁷⁰.

pero sin llegar, a la altura de Alcázar: G. THILS, *De visione inaugurati Apocalypsis (1,9-20)*: CollMech 31 (1946) 535-508; R.L. THOMAS, *The Glorified Christ on Palmos*: BibSac 123 (1965) 241-247; R.G. TURNBULL, *Profile of the Son of Man (Exposition of Rev 1,12-20)*, Grand Rapids 1969.

⁶⁸En el sonido de las trompetas de guerra, Alcázar considera la persecución contra la Iglesia primitiva llevada a cabo cruelmente por los judíos; pero no se detiene en ello, contempla "más bien y más proféticamente" la promulgación de un tiempo de Jubileo o de salvación para la Iglesia. Es el momento de levantar las cabanas, se acerca la redención (Cf Lc 21,32). Desde la óptica de la fe se mira el uso que Dios ha hecho de esta guerra y se realiza un balance altamente favorable para la Iglesia. "Et vane Deus Iudaeorum bello (adversus primos illos Christianos excitato) usus fuit; ut re ipsa fideles magnum illud Jubilaeum consequerentur, id est, egregium redemptionis fructum; atque eam libertatem, quae in pacis mundanae, divitiarum, ac vitae despicientia consistit. Quam nobis felicitatem veram ac solidam Christus sui sanguinis effusione comparavit" (p. 219 B).

⁶⁹p. 94 D. Hasta nueve extensos argumentos, cruzados de citas bíblicas y alusiones a poetas griegos y latinos, reúne Alcázar para probar la maravilla del oro por encima de todos los minerales. Es un metal sin precio. Tan excelente como la caridad. Aquí quería desembocar el autor: equiparar la valía del oro con la estirpe de la caridad. Puede apreciarse su definitiva conclusión: "Iam ingens auri pretium ad maximam charitatis aestimationem apte refertur; quae est veluti nitatum numisma, pro cuius valore ac pretio hominum merita uselluntur ac respondentur. Nec aliquid est promeritum, quod possit cum charitatis valore conferri. Quin immo sine illa est, quod in Dei aestimatione alicuius pretii sit". p. 226 E. Y apoyándose en el himno a la caridad de Pablo (I Cor 13,1ss) remata con una sentencia leonésca: con la caridad el hombre se hace rico y opulento, sin la caridad se convierte en misero y pobre. Ibid.

⁷⁰Ojos como llamada de fuego es una metáfora usual que designa la mirada penetrante y escrutadora del Señor, el que sondea los riñones y los corazones (Ap

Huius belli exitus fuit decimarum Iudaeorum partis conversio; et ceteris obduratis, Evangelii ad gentes transmigratio; ut Christianae religionis ignis Gentilitatem inflammaret. Hunc vero Christianae religionis conatum significant pedes ex chalcidiano ardente.

Verum praedicationis Evangelii ad gentes excepit persecutio ab Imperio Romano adversus Christi ecclesiam excitata; quam persecutionem vox aquarum multarum adumbrat.

In ea tamen persecutione, admiranda praedicatorum Evangelii constantia et efficacia verbi Dei pollicebantur fidelibus gloriosum de Imperio romano triumphum, per conversionem scilicet Urbis et orbis⁷¹.

A pesar de la dureza y magnitud de la persecución, simbólicamente manifestada en la prostración de Juan, que cae por los suelos, casi derrotado, desplomado como un muerto, incapaz de soportar ya tanto sufrimiento, quiere darse a entender que la Iglesia cristiana no es vencida ni derrotada enteramente. Cristo alienta a Juan, es decir, a la Iglesia católica; ésta se levantará gloriosa de tan enormes persecuciones. Cristo tiene las llaves de la muerte y del infierno; él se muestra todopoderoso, y contra su fuerza divina, la que sostiene con firmeza el edificio de la Iglesia cristiana, ni las mayores y más crueles embestidas, que surgirán con saña en el devenir de la historia futura, podrán abatirla sin remedio. La Iglesia resistirá con aguante evangélico los enconados acosos y triunfará cuando el Imperio romano se convierta a la fe cristiana. Y con Roma, advendrá la adhesión a la fe del mundo entero. Se producirá, entonces, la apoteosis del Evangelio.

Son gestos y palabras de consolación del Señor para una Iglesia perseguida. En estos confusos avatares, se muestra la solicitud divina que nunca fallará y que guía providencialmente a la Iglesia. Alcázar ha visto en la postura humillada de Juan, abatido en tierra, y en el mensaje reconfortante de Cristo, toda una visión eclesial. La Iglesia cristiana, aunque perseguida por un tiempo, se levantará gloriosa. Esta interpretación del pasaje, de acertada visión eclesial, merece ser

2,25). No tiene que ser necesariamente una mirada denotadora de ira, ni tampoco que vaya dirigida contra los judíos. El autor muestra en esta interpretación su parcialidad. Debe recordarse también que más adelante (Ap 5,8), los ojos del Cordero son designados simbólicamente como los siete espíritus de Dios, enviados a toda la tierra. Nada más lejos de la concepción del Espíritu que es, guacale la imagen de una mirada torcida (siempre hacia los judíos) y colérica.

⁷¹p. 94 D.

valorada y estimada por el lector⁷²

LIBER TERTIUS

CAPITULO IV

Este capítulo trata del nuevo templo de la Iglesia celeste, fundado y fundamentado por Cristo, y de su comparación con el templo de Salomón.

La puerta que Juan contempla abierta en el cielo, y la invitación que recibe a subir al cielo, son "per modum unius" un símbolo celestial, que rubrica la amplitud y grandeza de las revelaciones, que ya el Señor había prometido a los apóstoles.

Juan siente de nuevo el clamor poderoso de una trompeta; este sonido significa la persecución de los judíos. Mas el Espíritu de Cristo conducirá al apóstol al conocimiento pleno de los acontecimientos, y le revelará el sentido profundo de las contingencias que se cuentan en este libro.

Desde este cap. hasta el doce, se irá narrando esa larga y cruel persecución. Pero quedará ésta reducida a un tiempo limitado y pasajero. Desde el cap. doce hasta el final, se asistirá a la progresiva e incontenible apertura de la Iglesia cristiana a todas las gentes. Y con ello, tendrá lugar la rotunda apoteosis de la Iglesia católica.

Merced a esta panorámica, Alcázar diseña una estructura global de su comentario a todo el Apocalipsis. La primera parte versará sobre la persecución; la segunda sobre el triunfo de la Iglesia por encima de las asechanzas de sus enemigos, que -insiste el autor- se convertirán por fin a la fe cristiana.

El cap. cuarto está repleto de símbolos culturales. Todo el relato quiere mostrar a los ojos de Juan la residencia divina como si del verdadero santuario celestial se tratase. Inspirándose en el templo de Salomón, abundan las descripciones ornamentales sagradas. Se crea, debido a la acumulación simbólica, un ambiente de majestad sobrehumana, de solemnidad celebrativa, poblada por una liturgia viva y una adoración universal.

Es preciso considerar cómo interpreta Alcázar cada uno de estos símbolos culturales.

⁷²No se comentan los capítulos 2 y 3 del libro; para el autor no revisten mayor importancia en orden a la estructura y progresivo desarrollo de la obra (p. 95-102).

*Thronus caelestis Ioanni visus, ille est; quem Deus Pater post Christi Filii passionem habet in Christianae Ecclesiae sapientia et sanctitate. . . quod Christo Domino tanquam vero Propitiario nititur*⁷³.

El autor mantiene una referencia constante al templo de Salomón; en él se encontraba el arca de la Alianza, y, justo encima de los dos querubines de oro, se hacía milagrosamente presente la gloria de Dios. Numerosos textos de la Escritura confirman la existencia portentosa de este habitáculo divino y Alcázar sabe citar con profusión: Ex 25,22; Nm 7,8; 1 Re 4,4.; 2 Re 6,2; 22,11; Sal 17,10; 79,2; 98,1; Is 37,16; Ez 9,3; 10,4; Dan 3,55.

Los dos querubines significan la sabiduría y la santidad, es decir, la inteligencia ilustrada por la luz celestial, y la voluntad encendida en divino obsequio⁷⁴.

Luego, Alcázar se extiende, a nuestro parecer, en demasía, refiriéndose al nuevo trono de Dios que vio Isaías (c. 6). Importa, sí, señalar esta profunda identificación que establece el autor. Ese trono altísimo que Dios posee está en la Iglesia cristiana:

*Quorum significatio elegantissima est. Etenim novus Dei thronus non altissimus solum, sed latissimus est, totam Christianae Ecclesiae spatium occupat*⁷⁵.

Su interpretación acerca del trono resulta ajustada y sobria. No se pierde en los laberintos de la mística judía que especulaba interminablemente acerca de la plataforma divina o merkabah; no explica o complica el texto con inverosímiles detalles culturales, sino que insiste en una lectura estrictamente eclesial.

*Duae gemmae ad Dei Patris omnipotentiam referuntur; quae in creatione primo deinde in Christi resurrectione mirum in modum effulget. Creationem Iaspis, Sarda Christi Resurrectionem indicat. Iris autem amarigdana symbolum est novi atque aeterni foederis quod fuit in Christi Passione sancitum*⁷⁶.

Alcázar se admira de que a ningún intérprete se le haya ocurrido relacionar estas dos piedras, de jaspé y de sardio, con la descripción de

⁷³ p. 104 B.

⁷⁴ p. 329 E.

⁷⁵ p. 330 D.

⁷⁶ p. 104 B.

la nueva Jerusalén, donde aparecen estas mismas piedras, configurando el cimiento de la ciudad (Cf Ap 21,19.20). La nueva Jerusalén es obra de Dios y don divino para los hombres. Igual que las cosas corporales se conocen por los colores, así la gloria de Dios se manifiesta por sus obras creadas. Pero el análisis de Alcázar progresa lleno de sutilezas. Las doce piedras que forman el fundamento de la nueva ciudad representan los doce artículos de la fe. El jaspé es el primero; el sardio el quinto. Y corresponden respectivamente a la creación y a la resurrección.

En estas dos obras reluce de manera singular la potencia de Dios, que es el atributo propio del Padre. Por la creación, las creaturas comenzaron a ser; por la resurrección empezaron a existir como "nuevas creaturas". Y es verdad que con frecuencia la Escritura llama a la resurrección de Cristo una nueva creación. El autor acumula estas citas, para ilustrar sus aseveraciones, que deben, por ello, ser tomadas no en sentido muy estricto: Hch 2,24.32; 3,15.26; 4,10; 5,30; 7,37; 10,40; 13,30.33.34.37; 17,31; Rom 4,24; 8,11; 10,9; 1 Cor 5,14; 15,15; Gal 1,1; Ef 1,40; Col 2,12; 1 Tes 1,10; 1 Pe 1,21⁷⁷.

Es preciso reconocer y apuntar en sus méritos, que el hecho de explicar la creación del mundo y la resurrección de Cristo como las obras genuinas del Padre, manifiéstase como un hallazgo teológico propio del genio Alcázar. Se muestra de nuevo su fina perspicacia y su sobriedad. Después, sin restar merecimientos a su comentario, hay que señalar que nos resulta un camino indirecto y un tanto retorcido —al menos para nuestra mentalidad—, el tener que acudir a los doce artículos de la fe, a los que se refieren —según la original visión del autor— las doce piedras preciosas.

La solución última, la explicación de fondo, parece acertada y feliz; en cambio, el recodo que ha tenido que atravesar se nos antoja un desvío demasiado tortuoso para nuestro camino y nuestros procedimientos de interpretación bíblica.

El autor relaciona el arco iris, que envuelve el trono de Dios, con aquel misterioso arco de paz que puso Dios entre las nubes, como señal de alianza y de memoria de su pacto con los hombres, de que ya no volvería a haber ningún diluvio que asolase a la humanidad (Cf Gn 9,12). Ese arco iris simboliza para Alcázar la pasión de Cristo; gracias a la presencia de Cristo, Dios Padre mira siempre con buenos ojos a

⁷⁷p. 332 D.E; 333 A.

la Iglesia, con mirada llena de benignidad y gratisimo aspecto⁷⁸.

Recibimos, pues, una explicación cristológica del arco iris; no una descripción cosmogónica ni cosmológica, que trata de armonizar los siete colores en uno solo, de aclarar el sentido de cada uno de los colores⁷⁹. La idea teológica básica, a saber, que Cristo, levantado gloriosamente por su muerte y resurrección, es la señal eficaz que une, de una vez por todas, el cielo con la tierra, resulta ser evangélica y fecunda para la vida de la Iglesia.

*Vigintiquattuor principes sacerdotum, Christianae Ecclesiae presbyteros representant; qui ex regali sacerdotio universo, id est, ex populo Christiano, ad celestissimam hanc dignitatem sunt sublati, ut vere sint Principes Dei*⁸⁰.

Alcázar ve representados en estos veinticuatro presbíteros a los sacerdotes de la Iglesia. Es ésta un reino sacerdotal, como explícitamente señala el libro del Ap (1,6); sin embargo dentro de ella, formando parte de su organismo vivo, están los que se llaman "propia y estrictamente sacerdotes". El autor, sacerdote él también, habla de la dignidad sacerdotal, de la potestad para consagrar el cuerpo santísimo de Cristo, del poder de perdonar los pecados; gozan los sacerdotes de una autoridad más sublime que la de los mismos serafines. Ofrecen continuamente a Dios, en copas de oro, las oraciones de toda la Iglesia.

Su explicación es congruente con el texto. No se refiere a un senado celeste o consejo divino, como si en el templo de Dios hubiese un hemiciclo (dice el texto que los ancianos estaban sentados en tronos alrededor del gran trono de Dios, Ap 4,4). Su visión del sacerdocio, entroncado dentro de la Iglesia, insiste con particular énfasis en las funciones estrictamente sacrales o litúrgicas. No menciona, en cambio, el autor, que tanto y en tantas partes de su comentario subraya la predicación del Evangelio, la función kerigmática del sacerdote.

La interpretación del texto, por otra parte, se sitúa en la mejor línea de la interpretación clásica⁸¹.

*Fulgura atque tonitrua novum et admirabile docendi genus in-
nuunt; in quo caelestis vitae fulgorem usurpant oculi et Divinae*

⁷⁸p. 333 B.C.D.

⁷⁹Algunos autores, como el cardenal Hugo de S. Víctor y Nicolás de Lyra, son traídos a colación por Alcázar, p. 337 A.B.C.D.

⁸⁰p. 104 B.

⁸¹Cf. A. SKRINJAR. *Vigintiquattuor seniores*: VD (1933) 333-338; 361-368.

*potentiae vocem aures excipiunt*⁸².

Los rayos y los truenos que emergen del trono son extraordinarias manifestaciones de la divinidad. Puede recordarse, a tal propósito, la teofanía en el monte Sinaí, envuelta de estos elementos naturales propios de una ingente tormenta (Ex 19,16). Muy frecuentemente en la Escritura el trueno aparece como la voz de Dios. Quiere decirse que la voz divina está adornada de una eficacia poderosa, capaz de despertar al dormido, resucitar al muerto y de hacer cambiar las costumbres más inveteradas. Del mismo modo, las palabras de aquellos que están cerca del trono de Dios, poseen esta potencia: arrastran al conocimiento y amor de Dios, mas sólo cuando están unidos a la voz de Dios. Por ello, resulta baladí e inane el trabajo del demagogo, que no se funda en la verdadera santidad y sabiduría, propias del Trono de Dios y de la cercanía divina⁸³.

No cae Alcázar en una interpretación amenazadora del texto, para infundir temor a quien escucha estas palabras apocalípticas. Su explicación tampoco se refiere a la presencia de un Dios señero y aislado en la majestad de su trono. Explica conjuntamente la acción de Dios y de la Iglesia; ésta se siente especialmente revestida de la fuerza divina, cuando sabe mantenerse en la santidad y sabiduría, en el eco de aquella voz poderosa, la sola que puede convertir y salvar. Sólo entonces, la palabra de la Iglesia realizará maravillas; conducirá a todos los hombres al verdadero conocimiento y amor de Dios.

*Mare vitreum perspicuum atque patens in Christiana Ecclesia remissionem peccatorum figurat, ad frequentem gentis sacerdotalis, id est, Christiani populi conscientiae ablutionem*⁸⁴.

El autor conoce las interpretaciones clásicas del símbolo del mar de vidrio, contemplado por Juan. Expone con brevedad las opiniones de Viegas, Ribera, Pererio y Ticonio. Tras un examen detallado, Alcázar se decanta por una interpretación sacramental; a saber, en el mar de vidrio está prefigurado el sacramento de la reconciliación, mar donde se lavan los pecados de los hombres.

Hay que admirar de nuevo la erudición del autor junto a su capacidad de discernimiento. La opción exegética que asume entra correctamente dentro de los cánones del tiempo. En sentido místico o

⁸²p. 104 B.

⁸³p. 348 C.D.E; 347 A.B.C.D.

⁸⁴p. 104 C.

espiritual, sí es aceptable; pero sorprende un tanto su elección, al decidirse por el sacramento de la reconciliación. ¿Por qué no podría ser el mar de vidrio un símbolo más coherente del bautismo? Hoy la literatura apócrifa nos da otras explicaciones, aunque es verdad que el autor no poseía entonces estas claves interpretativas⁸⁵.

*Animalium quaternis Apostolos et successores eorum Episcopos denotat... Oculorum plenitudo vigilantiam designat, ut Ecclesiam Dei sponsam custodiant*⁸⁶. *Per quatuor illas facies figurantur quatuor etiam virtutes; quae in Christianae Ecclesiae Principibus maxime viguerunt; id est Fortitudo, Beneficentia, Aequitas, ac Sapientia*⁸⁷. *Trisagion quod Cherubini clamabant, universam Apostolici symboli doctrinam comprehendit: a cuius praedicatione nullo rerum adversarum turbine viri Apostolici deterrerunt.*

*Quorum praedicatione factum est, ut Christianae religionis cultus, (id est, Venerandum Eucharistiae sacrificium) oculibus veterum sacrarum superstitionibus reiectis, tanquam Deo gratissimus, cum magna Divini Numinis reverentia exerceatur; per legitimos videlicet ministros, quos presbyteros appellamus*⁸⁸.

El autor entra con decisión a explicar cada uno de los misteriosos detalles que recubren los cuerpos de estos animales, sus ojos⁸⁹, la estrecha relación de éstos con los animales que también contempla el profeta Ezequiel⁹⁰, las seis alas de cada animal y sus pies⁹¹.

⁸⁵ Cf. Testamento de Leví 2,7; 2 Henoc 3,3 .

⁸⁶ p. 104 C.

⁸⁷ p. 104 C.

⁸⁸ p. 104 D.

⁸⁹ "De multitudine oculorum, qui in singulis animalibus conspiciuntur". Dotados de incontables ojos, — "eran puro ojos, toda una visión" —, los animales pueden penetrar en lo más íntimo de las personas y cosas. p. 360 A.B.C.

⁹⁰ p. 380 D.E.; 381 A.B.C.D.E.; 382 A.B.C.D.E. Como puede colegirse por la cantidad de líneas que el autor dedica a esta comparación entre los animales vistos por Juan y por Ezequiel, ninguno de los portadores queda preterido, antes bien es estudiado con detenimiento. Aunque para nosotros resulte minúsculo o baladí, su lupa lo agranda y lo convierte en importante e imprescindible. Acude para su verificación a la autoridad de las Escrituras en su versión del texto hebreo y griego, a la autoridad de S. Jerónimo y de los comentaristas griegos y latinos. Acaba, por fin, (382 E) mencionando y "perdiéndose entre las ruedas descritas en el carro de Ezequiel". Tanto detalle pintoresco y barroco, a nosotros nos abruma, aunque admiramos el empeño a ultranza por aportar la explicación más exhaustiva y plausible acerca del texto del Ap.

⁹¹ p. 363 A.B.C.D.E.; 364 A.B.C.

Però importa sbrayar la interpretació que puede desprenderse tras los innumerables detalles de su exégesis. Los cuatro animales designan no sólo a los cuatro Evangelistas, sino a los Apóstoles y a los Obispos. Los cuatro rostros significan las cuatro virtudes que tienen que ver con el pastoreo de la Iglesia. El Trisagio que, incesantes, día y noche entonan estos animales, es la doctrina apostólica⁹². La predicación funda el culto verdadero que es capaz de destruir las supersticiones, y puede ofrecer a Dios de manera reverente una viva liturgia por medio de los presbíteros⁹³.

El autor contempla, tras la abigarrada descripción de estos símbolos del Apocalipsis, la Iglesia en acto. Con más claridad expuesto, la Iglesia fundada en la palabra de los Evangelios, que se legitima y que continúa en la historia por medio de la sucesión apostólica, que crece vigorosamente y que se expande gracias a la predicación evangélica y que culmina en el culto a Dios.

Esta interpretación es estrictamente eclesial, dinámica y litúrgica. Cuesta trabajo obtenerla, por las dificultades encontradas a cada paso, debido a las ampulosas explicaciones de tantos detalles excesivos; pero después de un laborioso empeño, se muestra al fin enormemente rica, reveladora de un talante teológico sistemático, integrador, abierto e incluso actual.

CAPITULO V

Este capítulo continúa en la misma óptica teológica que el anterior. El escenario es idéntico; sólo el coro de los personajes celestes se ensancha —hasta alcanzar las dimensiones del mundo—, para dar paso a la presencia y aparición solemne del Cordero, degollado, pero de pie, que es el símbolo apocalíptico que designa poderosa y certeramente la presencia de Cristo pascual en medio de la Iglesia.

Fortis Angelus, qui clamat. Quis es dignus, etc. potest non inepte intellegi esse Oseas, vel Isaias, aut Paulus; qui disertè scripserunt, sine divino Spiritu agnoscì non posse ea, quæ sunt Spiritus Dei⁹⁴.

Realiza el autor una exégesis tipológica del pasaje reseñado. Ese ángel, misterioso y potente, que clama como un desafío a los cuatro

⁹²p. 398 A.B.C.D.E; 393 A.B.C.D.E.

⁹³p. 400 C.D.E; 401 A.B.C.D.E.

⁹⁴p. 107 B.

vientos: "¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?", puede ser el profeta Oseas, o el mismo Pablo. No hace una aplicación unívoca de la figura angélica, dirigida a un solo personaje, sino que utiliza un referente amplio y rellenable, como si fuese una fórmula —o forma— teológica que debe ser colmada, con la materia de varios sujetos. Es éste un hallazgo exegético del autor.

La aplicación flexible del texto, —no esquematismo rígido—, y simultánea, —no identificación de una vez por todas—, la realiza Alcázar con criterios estrictamente bíblicos, que se desprenden de su lectura comprensiva de la Biblia, sea del AT —representado en Oseas—, sea del NT, —entrevisto en Pablo—. La asignación a Oseas es tributaria de las mismas páginas del profeta. Puede establecerse, efectivamente, un fiel paralelismo entre Oseas y la situación descrita por el ángel del Ap. El profeta consigna en su amonestación final: "¿Quién es sabio para entender estas cosas, inteligente para conocerlas? Qué rectos son los caminos de Yahweh, por ellos caminan los justos, mas los rebeldes en ellos tropiezan" (14,10). Este impedimento parece referirse a una dificultad futura, la que habían de encontrar para aceptar con agrado aquel camino de salvación que abrió el Señor⁹⁵.

Mas la semejanza se halla no sólo en una frase, aunque lapidaria, del profeta, sino en el contenido íntegro del libro. Entonces, sí, puede edificarse un puente sólido que permita unir con coherencia la teología de ambos escritos, pertenecientes incluso a dos orillas bien diversas, el AT y el NT⁹⁶.

Con más propiedad, si cabe, Alcázar aplica la imagen del ángel fuerte al apóstol Pablo. La alusión se encuentra con toda espontaneidad en estas palabras paulinas: "... Y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿Qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios"

⁹⁵p. 416 D.

⁹⁶Notar la perspicacia de Alcázar, al referir de manera tan breve como sintética, el mensaje del profeta: "Quod autem Oseas fortis angelus appellatur; cohaeret optime cum illis, quae Divus Epiphanius in eius vita describit; ipsum scilicet suorum verborum vi ingentem quercum in partes duodecim dividisse: congruit etiam optime cum Oseae prophetiae argumento, in quo maxima cum sublimitate agit de Israelitici populi reprobatione et felicitate eorum, qui Christum recepturi erant. Vide c.81, ubi ei praecipitur, ut clangore terrifico divinam vindictam Israelis populo comminatur. De illorum autem prospera ac felici fortuna, qui Christum fuerunt suscepturi, expresse agit Oseae cap. 2, 11 et 13 et 14". p. 415 B.

(1 Cor 2,10-11).

Este libro sellado no representa un misterio arcano, no es un oscuro juego de adivinanzas; el libro se refiere al mensaje de la salvación, a las profecías del AT. Esta verdad, revelada por el Señor a la Iglesia, se iba a convertir en felicidad para todos aquellos que creyesen en Cristo; en infelicidad para quienes lo rechazasen. Entre quienes rechazan esta oferta de salvación se encuentran los judíos: ellos conocían el libro de la verdad, pero no reconocieron dentro de sus páginas, a quien estas mismas páginas delataban y proclamaban: al Señor de la gloria. Enfurecidos lo llevaron a la cruz, y lo mataron. Y continuaron su ejemplo, persiguiendo a los cristianos. Por eso el libro para ellos sigue siendo un misterio; aunque fue antaño explicado, continúa completamente cerrado y complicado:

Quamobrem ipsemet liber, postquam aliis explicatus fuit, complicatus tamen aliis atque signatus restitit. Ideoque acquirissimè et significantissimè indicatur, librum clausum adhuc et signatum septem sigillis manere: solumque Christum posse ipsam aperire⁸⁷.

El mismo apóstol lo declara con palabras de amonestación a los judíos: "Y no como Moisés, que se ponía un velo sobre su rostro para impedir que los israelitas vieran el fin de lo que era pasajero... Pero se embotaron sus inteligencias. En efecto, hasta el día de hoy perdura ese mismo velo en la lectura del Antiguo testamento. El velo no se ha levantado, pues sólo en Cristo desaparece. Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones. Y cuando se conviertan al Señor, se arrancará el velo" (2 Cor 13-15).

El comentario resulta revelador... y el autor lo subraya con fuerza— porque acomete la recta interpretación de las escrituras y en particular de este libro cerrado con siete sellos e ilegible, no como una cuestión de inteligencia más o menos iluminada, sino como un asunto de corazón: la conversión al Señor. Cuando alguien se convierte, entonces entiende el fondo de la Palabra de Dios. La Palabra será como un libro completamente abierto).

Los judíos no se han convertido; y el llanto de Juan es intenso y desolador:

Fletus Iohannis indicat Apostolorum commiserationem de Iudeorum cecitate⁸⁸.

⁸⁷p. 415 E.

⁸⁸p. 107 B.

El llanto de Juan está provocado no porque desease ardientemente conocer aquellos misterios insondables y en su impotencia rompiese a sollozar, sino porque su pueblo no se había convertido al Señor y no podía leer ese libro de la salvación; las lágrimas que le brotan copiosamente están causadas por la pena de su pueblo; son amargas lágrimas de dolor y de conmiseración. Igual fue el llanto de Jesús ante la inhóspita ciudad de Jerusalén (Lc 19,41), la que, a pesar de tanta solicitud divina, —como gallina que quería recoger a sus polluelos al abrigo de sus alas—, había rehusado conocer al mensajero de la salvación⁹⁹.

*Senior ille, qui Ioannem convolatatur, Lucas est; in iis scificet, quae in Apostolorum Actibus scriptis*¹⁰⁰.

Alcázar se mueve con una gran libertad exegética en lo referente a la aplicación tipológica. El anciano que reconforta a Juan y le dice que deje ya de llorar es el Evangelista Lucas. Esta asignación, un tanto extraña, se apoya en razones de congruencia. Es Lucas quien habla de la conversión de Pablo. Merced a esta conversión queda Pablo convertido en apóstol de Jesucristo ante todas las naciones, y los gentiles pueden conocer ya este libro de la salvación, hasta entonces cerrado e ilegible¹⁰¹.

*Aperit Agnus librum in conversione Pauli et aliorum ex iis, qui Evangelio pertinaciter obstabant*¹⁰².

Ve Alcázar la lectura de este libro en el despliegue de la historia de la Iglesia¹⁰³. Su interpretación es histórico-salvífica; un libro que es preciso leer desde los acontecimientos y situaciones reales, más concretamente, desde la historia que vive la Iglesia cristiana.

Agnus faciens denotat, Christi morti debere acceptum referri, quod eius libri anima ac nucleo possint Christiani potiri. Me-

⁹⁹«Porro Ioannes non ideo illacrymabatur, quod libri mysteria intelligere optaret; cum sibi iam explicata fuissent; sed quod videret librum clausum hactenus infidelibus, ob eorum obstinationem, manserit... At vero quia mysteria eiusmodi animo penitus imbiberat; ideo ille tantum ducbat, Iudeorum ultimam atque acritatem deplorabat». p. 416 A.

¹⁰⁰p. 107 B.

¹⁰¹«Qui cum prius essent rebelles; et Christiani nominis hostes, et velamen illud super eos habentes, de quo loquitur Paulus; subito eis Christus librum aperuit, velamenque abstulit, eis illis communicato Spiritu, atque eis in Evangelii praedicationem assumptis» p. 426 A.

¹⁰²p. 107 C.

¹⁰³p. 418 D.E.

dius autem locus, quem Agnus occupat, quasi ob oculos nobis ponit, eum esse mediatorem Dei et hominum. At cornua septem et oculi totidem adumbrant principatus ipsius perfectionem, in septem illis virtutibus sitam, quae Divinae providentiae praestantiam et excellentiam complent. Et notandum est, hunc eundem Agnum esse unicum novae legis sacrificium; ad cuius oblationem Eucharisticam abluuntur sacerdotes in mari vitreo¹⁰⁴.

Alcázar se fija en esta insólita presencia de un cordero degollado, pero de pie. La paradoja le sorprende y quiere "discutir sobre esta oposición"; a saber, el hecho anormal de que aparezca simultáneamente como degollado y como de pie; dos posturas, pues, irreducibles si se aplican a un solo sujeto.

Explica el verbo *histemi* "estar de pie" como un verbo de estado y traduce la expresión del Ap a la "lengua hispanica", donde se entiende con coherencia y quiere decir: "Estaba como muerto". El perfecto *hestekos* significa "quieto"¹⁰⁵.

Aunque discute sobre esta oposición, su opinión no registra ni cuestiona mayormente la paradoja, que comporta a la postre la riqueza del texto. Muy poco, así se nos antoja, es asignar al fuerte verbo *histemi* el valor de un verbo de estado, meramente descriptivo; e incluso darle el valor estático, reduciéndolo al adjetivo "quieto".

Se echa de menos en la exégesis de este texto, tan fundamental para clarificar las visiones del Ap, un estudio más detenido y profundo. El verbo *histemi* "estar de pie" se aplica a Cristo (Ap 3,20). También el Cordero "está de pie" sobre el monte Sión y con él los 144.000 rescatados que tenían el nombre de su Padre escrito en la frente (14,1). Se refiere a los cristianos: los dos testigos-profetas, tras su triunfo, "están de pie" en el cielo (11,11); los vencedores de la Bestia, los que cantan el cántico de Moisés y del Cordero, "están de pie", sobre un mar de cristal (15,2-3). En todas sus apariciones, se hace directa alusión a la resurrección. El texto clave sigue siendo Ap 5,6: El Cordero es por excelencia "El que está de pie". Se trata de Cristo, quien por su

¹⁰⁴p. 107 C.

¹⁰⁵Según Alcázar, el valor del perfecto *hestekos* no es el de estar en pie o erguido, sino sólo de "estar quieto y sin moverse". En su particular visión del texto, el autor contempla al Cordero no de pie, sino "yacente y como muerto". "Adverto graece (unde hic fuit translatum) *hestekos* esse participium praeteriti perfecti; notantque dictionaria graeca in verbo *histemi* praeteritum perfectum significare idem, quod stare vel iacere, idque per omnes modos. Phrasis etiam graeca est *hestekos*, pro quietus; in Agni autem mortui figura denotatur ipsum non moveri". p. 421 B.

resurrección, se escapa de la región sombría de la muerte y se levanta a la vida, y, erguido y "de pie", permanece para siempre en el reino de la vida¹⁰⁶.

Que el Cordero aparezca "en medio" y que sea esta ubicación el primer detalle visionario que se imprime en la atenta retina de Juan, reviste su importancia; no es mera circunstancia descriptiva. El Cordero ocupa el lugar central de la escena, y también de la puesta en escena dramática, —como el resorte efectivo—, que a continuación se va a desarrollar. Toda la residencia celeste queda polarizada por la aparición solemne del Cordero, el indudable protagonista del relato apocalíptico. Alcázar le asigna un puesto no sólo de excelencia, sino que le otorga una interpretación precisa; se trata de la significación teológica de su función redentora. Cristo pascual, aquí evocado por la presencia simbólica del Cordero, es hecho único y perfecto mediador entre Dios y los hombres. Pablo en la primera carta a Timoteo (2,5) así también lo reconoce.

La aparición del Cordero se debe, según cree Alcázar, a la especial índole literaria de estos dos capítulos. En ellos se hace una comparación entre el templo de la Iglesia, levantado por Cristo, y el templo de Salomón. Ya han aparecido los elementos esenciales del templo salómico: el trono, los veinticuatro ancianos, las siete lámparas, el mar de cristal, los querubines. Era preciso continuar desarrollando la semejanza llevándola hasta sus últimas consecuencias. No podía faltar, pues, la presencia del cordero. Según atestiguan algunos pasajes de la Biblia (Cf Ex 19,22; Nm 28,3), era preceptivo ofrendar en sacrificio matutino o vespertino un cordero. Así, pues, se exigía en el nuevo templo de la Iglesia, el sacrificio admirable, "el que oscurece las inmolaciones antiguas", y no es otro sino Cristo, el Cordero, que se ofrece en la S. Misa¹⁰⁷.

El autor interpreta la expresión que acompaña al sustantivo Cordero *hos sphagmenon* "como degollado". Acude, en un alarde de dominio filológico, al texto bíblico de los LXX; y del verbo *sphagiado* se remonta al original hebreo, aportando y comentando tres pasajes que hacen relación al sacrificio (Cf Gn 22,10; Lv 14,13.50). Los verbos hebreos son los siguientes: *shahhat*, que significa matar derramando sangre; *tabah*, que quiere decir simplemente matar, y *zabeh* que es sa-

¹⁰⁶Notar el matiz de permanencia y de absolutas, que le concede la forma griega de perfecto al verbo *hístemi*.

¹⁰⁷p. 472 A.

crificar. La visión del Cordero, pues, se colorea y se enriquece con los matices de estos tres verbos, que tan admirablemente ha sabido detectar y analizar Alcázar.

*Ex his vero palam fit id, quod legimus in Apocalypsi, (nempe a Ioanne in medio throni visum fuisse Agnum quasi occisum) pro eodem esse, ac quasi immolatum, quasi mactatum, quasi sacrificatum, sanguine videlicet effuso*¹⁰⁸.

Cree el autor que la plenitud del misterio, simbólicamente descrito en estos párrafos del Ap, se realiza de manera perfecta en el sacrificio de la Misa, donde la víctima que es Cristo, se ofrece al Padre, y muere —es degollado—, resucita, y se sienta a la derecha, y derrama sobre todos los hombres su sangre redentora¹⁰⁹.

Su aplicación a la Eucaristía aparece como una constante teológica, y resulta ser una de las claves más logradas de interpretación del libro del Apocalipsis. Por ello, incansablemente acudirá a este sacramento para interpretar, entre otros hechos relevantes, la adoración de cuantos personajes celestes y humanos aparecen en el relato. Bien, es verdad que el motivo de gratitud nos resulta, tal vez, demasiado concreto y minucioso, desde nuestra óptica:

*Adoratio quatuor animalium et seniorum, de Missae Sacrificio intelligenda est, in gratiarum actionem pro Pauli et aliorum conversione*¹¹⁰.

El nuevo canto que se levanta hacia Cristo es debido a la conversión de los pecadores, y éstos son, invariablemente para Alcázar, los judíos¹¹¹.

*Magnus ille Angelorum numerus, qui animalium et seniorum consessum circumstipabat; non solum adest, ut fideles tueatur ac protegat; sed etiam venerationis ergo in Missae Sacrificio, quod quatuor animalia et seniores offerebant*¹¹².

Altamente gratificante resulta la lectura de las páginas donde Alcázar describe la composición del incienso, que de continuo ofrecen los

¹⁰⁸J. 422 C.

¹⁰⁹Para fundamentar teológicamente el valor de la sangre de Cristo, acude a los autores de más renombre, reconocidos en su época: Suárez, Maldonado, Durando y M. Cano. p. 422 D.

¹¹⁰p. 107 C.

¹¹¹p. 107 C.

¹¹²p. 107 D.

ancianos, en copas de oro, ante la presencia de Dios. El autor recoge la opinión de Plinio y Dioscórides, y a través de ellos, entronca con las multiseculares creencias de los antiguos acerca del valor religioso de los diversos aromas: incienso, ámbar, alhizcle, ónice, mirra, galbano. A cada uno de los distintos aromas le asigna una virtud que resulta agradable a Dios. La erudición de Alcázar en estos párrafos se alía admirablemente con su poder de evocación, logrando que estas páginas se conviertan para el lector en una fructífera, a la par que curiosa, lectura¹¹³.

Por fin, el cap. se cierra en una alabanza cósmica; todas las criaturas, que habitan los cuatro rincones del mundo (5,13), alaban conjuntamente a Dios y al Cordero. Y Alcázar da la interpretación debida. Los que habitan en el cielo son los cristianos; los que están sobre la tierra son los judíos; los que están bajo la tierra los demonios; los que que están sobre el mar los gentiles.

Nada puede enturbiar esta limpia alegría ni empequeñecer la grandeza de la doxología universal; hasta los rebeldes judíos, y los demonios, y los gentiles, que creen burlarse del Evangelio, no pueden sino reconocer la sublime majestad de Dios y de Jesucristo¹¹⁴.

*Demum creatorum omnium laus innuit; reterato libro constare non fideles tantum sapientissimi Dei gloriae in electorum salute ac felicitate obsequi: sed ipsos etiam rebelles Judaeos imo vero Daemones etiam, atque Gentiles, quantumvis Evangelium videantur illudere, nam omnia cooperantur in bonum*¹¹⁵.

Toda esta alabanza cósmica es acompañada por la Iglesia militante durante la celebración del sacrificio de la Misa. Tantos beneficios recibidos de parte de la creación de Dios y de la redención del Cordero, no tienen otra respuesta más digna para la Iglesia, sino la celebración de la santa Misa, recordando las palabras del salmo (116,5): "Quid retribuam Domino pro omnibus, quae retribuit mihi? calicem salutaris accipiam"¹¹⁶.

*Atque hanc veritatem confirmat quatuor animalium praedictio, pro eademque seniores sive sacerdotes in Missae Sacrificio immortales Deo agunt laudes*¹¹⁷.

¹¹³ p. 425 C.D; 427 A.B.C.D.

¹¹⁴ p. 432 B.C.

¹¹⁵ p. 107 D.

¹¹⁶ p. 433 D.

¹¹⁷ p. 107 D.

CAPITULO VI

Este cap. habla de la felicidad, que sobreviene a los judíos que se deciden a creer en Cristo, y simultáneamente trata de la paciencia y amenaza contra todos aquellos que se oponen al Evangelio.

El misterio de los cuatro primeros sellos no es otro sino el de la misericordiosa venida de Dios, que llega para salvar a su pueblo¹¹⁸.

Apertis quatuor primis sigillis patescit, quam perfectam salutem Christus his attulerit, qui eum receperunt. Apparent enim in quatuor equis Fides, Audacia, Egestas, Mora, salutem Christianis afferentes: propterea enim in equis apparent. Et Fides quidem eorum corda transfigit; Audacia ad Christi praedicationem eos stimulat et accendit; Egestas fortunis ac possessionibus privat; Mora demum in eos non minus, quam in ceteros aecit, per gladium, famem et pestem. Atrocius vero, quam in reliquos homines per crudetes bestias in Christianos immittas¹¹⁹.

Alcázar contempla en la irrupción de los caballos, el advenimiento final de la salvación. Cada uno de ellos representa una de las grandes virtudes cristianas: La fe, la audacia, la indigencia (que nos aleja de los bienes que nos atan a esta tierra) y la muerte (que nos permite abandonar este mundo).

Esta opinión merece una reserva detenida. Con la mayoría de los comentadores no podemos estar de acuerdo, pues realiza el autor una interpretación moralizante del texto. El primer sello hace referencia a la presencia de Cristo glorioso, que actúa con la energía invencible de su resurrección en la historia; el segundo designa la violencia; el

¹¹⁸De nuevo la erudición que muestra Alcázar llega a cosas insoportables y para nosotros, sin caer en la exageración, literalmente asombrosas e increíbles. Para dilucidar acerca del símbolo de los caballos que aparecen en el Ap, recoge la opinión de los más eximios comentadores del libro. He contado hasta veintidós autores (p. 435 E; 436 A.B.C.D). Discute las diversas opiniones, una a una, mostrando sus aciertos y puntos débiles. Finalmente hace un recorrido por las páginas de la Biblia, extrayendo todos los textos donde se menciona o se alude a la expresión de los caballos (ha contado diecinueve textos), con brevedad comenta cada texto. Con ocho argumentos, al estilo de S. Tomás en la Summa, va discutiendo las opiniones en contra y a favor (p. 437 A.B.C). Alcázar concluye afirmando que los cuatro primeros caballos indican la salvación que viene traída por Dios a su pueblo, que es la Iglesia (p. 437 D.E; 438 A.B.C). Ante tanto despliegue de cultura teológica y ciencia bíblica, el lector no puede por menos de quedarse perplejo y sumamente admirado.

¹¹⁹p. 110 A.

tercero alude a la injusticia social; el cuarto quiere decir la muerte. Contra estas tres graves plagas, que azotan y maltratan la humanidad, combatirá la fuerza del Cordero¹²⁰

Equorum autem colores praedictis quatuor effectibus aptissime congruunt. Nam color equi albus mansuetudinem denotat, atqui in mansuetudine Fides suscipitur. Color rufus ardorem prae se fert, isque in confessione Christi relucebat. Niger color ad modum notatur, quae in paupertate notatur. Postremo color pallidus ad mortificationem, mortemque ipsam pertinet; cui se fideles sponte pro Christa offerebant¹²¹.

Resulta interesante constatar la interpretación del simbolismo cromático. Su fuente de inspiración es la Biblia; no se pierde el autor en fantasías medievales, muy al gusto de la época. Con rigor escrupuloso se basa en la lectura de Zacarías, profeta de importancia reconocida para el estudio del libro del Ap. Recoge la primera visión de los caballos, descrita por Zacarías; aparecen, como en Ap 6,2-8, jinetes montando caballos de color rojo, negro y blanco. Y se dice que éstos han sido enviados por Dios a recorrer la tierra (Zac 1,7-11). La misma visión acontece más tarde: se ven venir cuatro carros tirados por cuatro caballos de distinto color (6, 1-9). Sobre esta visión discute de manera prolija y compleja nuestro autor. Dos cosas pueden decirse de su actitud exegética. En primer lugar que el apoyo, que justifica su interpretación, se revela sólido y seguro; se trata del mismo libro de la Biblia. En segundo término, que su interpretación está viciada por un excesivo talante moral; dicha explicación padece los condicionamientos reales de su tiempo. Para justificar su postura moralizante acude el autor a las opiniones de otros comentaristas del Ap¹²².

Así interpreta la visión del quinto sello.

Apertis tribus extremis sigillis, reseratur, quam sit longanimitas Dei expectatio, quam seria comminatio, quam severa poenitentia erga Iudaeos, qui Christum admittere noluerunt. Ad quintum ergo sigillum spectat Dei patientia; quae tanta est, ut effuso Martyrum cruore vindictam clamitante et quodammodo de dilatione exposulante; nihilominus vindictam satis meritam protrahat, scilicet

¹²⁰Cf P. PRIGENT, *L'Apocalypse de Saint Jean*, Paris 1961, p. 107-113. Con abundantísima referencia bibliográfica al respecto.

¹²¹p. 110 B.

¹²²p. 442 A.B.C.D.E.; 443 A.B.

donec numerus Martyrum in ea persecutione interficiendorum, expleatur.

*Ipsi autem Christiani, quos Iudaei religionis specie immaniter contrucidaverant, merito effinguntur in altari holocausti occisi; ac proinde sub eodem altari eorum animae existere, poscentes ultionem de terrae habitatoribus, id est, de Iudaeis*¹²³.

Alcázar posee una estructura teológica acerca de todo el libro del Ap. Desde el inicio hasta el capítulo doce se encuentra la narración de la cruel persecución del pueblo judío contra la Iglesia. Estas almas, que piden justicia de su sangre derramada, son los cristianos muertos a causa de la predicación del Evangelio¹²⁴.

En la visión simbólica del quinto sello, el autor contempla, en forma emblemática y concentrada, toda la historia de las persecuciones. En esta larga historia de martirio y de Iglesia perseguida, los judíos ocupan tristemente el culpable papel de los verdugos. Llama la atención la serie hiriente de apelativos con que Alcázar designa a los judíos: "pérfidos", "obatinados", "rebeldes", "opositores del Mesías", "execrables", "detestables", "muy crueles"¹²⁵. El autor mantiene una actitud exegética, que sorprende por la excesiva dureza con que trata a los judíos; ve en ellos el colmo personificado de todos los crímenes, casi el atributo metafísico del mal en la historia.

Descripción del sexto sello.

*Ad hoc sigillum pertinet seria comminatio, qua Deus in rebelles et obstinatos Iudaeos utebatur, miris eos minis atque portentis deterrens. Huiusmodi autem minas elegantissime explicantur per comparisonem ad ea prodigia, quae diem iudicii sunt antecessura*¹²⁶.

Este sello contiene las terribles amenazas con las que Dios quiso advertir a los judíos antes de que llegaran los suplicios de las siete plagas, un poco antes de que sobre ellos se derramase incontenible el río de su justísima ira¹²⁷.

¹²³p. 110 D.

¹²⁴Para Alcázar son intercambiables como conceptos teológicos el testimonio y la predicación. "Propter testimonium, quod habebant. Hoc est propter doctrinam, quam defendebant. Saepe enim testimonium pro doctrina ponitur", p. 459 C.

¹²⁵p. 459 A.B.C.D.E. Todos ellos son apelativos literales recogidos de esas negras páginas que tan mal dejan a los judíos.

¹²⁶p. 110 E.

¹²⁷p. 461 A.

Tal explicación se ajusta admirablemente a los detalles del libro. El autor acude a textos apocalípticos de los profetas (Is 13; Ez 32; Os 10,8; Jl 2,3), pero realiza una operación hermenéutica con una aplicación exclusiva y unilateral para el pueblo de los judíos. Y así, en forma reductiva, interpreta las conmociones cósmicas que describe el Ap. El terremoto (Cf 7,12), significa la convulsión y el cambio histórico, que trajo la calamidad al pueblo judío, cuando éste quiso rebelarse contra Roma. El oscurecerse del sol (7,12), representa la señal de la ira de Dios contra los judíos. El hecho luctuoso de que la luna se convierta en sangre (7, 12), indica las penas tan graves que habían de pagar los judíos, debido a su pecado en la pasión de Cristo. Que las estrellas caigan del cielo a la tierra (7,13), quiere designar las matanzas de los discípulos de Cristo, que habían de ser expiadas asimismo por los judíos. Que los montes y las islas se vayan de sus lugares naturales (7,14), indica la rapidez del ejército romano, que venía impetuosamente a arrasarse al pueblo judío. Finalmente un terror se apodera de los judíos (7,15-17), cuando el mismo Cristo promete a los suyos venir a vengar su muerte y su matanza, ocasionadas por culpa de los impíos judíos¹²⁸.

CAPITULO VII

El contenido de este capítulo muestra cómo los cristianos son milagrosamente liberados de las plagas, que están a punto de caer sobre los judíos rebeldes. Esta es, pues, la intención salvífica: dejar inmunes a los cristianos que, por entonces, vivían juntamente con los judíos¹²⁹.

Los cuatro vientos designan simbólicamente a la tempestad de plagas con las que Dios iba a asolar a los judíos. Dios permite al primer ángel, que emerge del oriente, —del lugar del sol—¹³⁰, señalar a los cristianos en su frente. Estos quedan identificados como aquellos en los cuales se ha confundido la gracia del Espíritu¹³¹.

La señal que se impone sobre la frente —piensa Alcázar—, tiene

¹²⁸p. 110 E.

¹²⁹p. 113 A.

¹³⁰"Denique nasci ab Oriente, sive prodire idem est, ac exoriri tanquam verum solem ad eos illustrandos, qui in tenebris et umbra mortis sedent", p. 473 B.

¹³¹Se dice que el ángel tenía el sello del Dios vivo. Alcázar piensa justamente que el adjetivo "vivo" o "viviente" se aplica en el Ap a Dios, en cuanto es fuente y autor de la vida. Y así el epíteto caracteriza la realidad peculiar del Espíritu santo "vivificante"; él nos libra de las plagas que conducen a la muerte. p. 473 D.

varios sentidos: la señal de la cruz (En Ez 9,4 aparece una misteriosa letra tau sobre la frente de los elegidos); la efusión del Espíritu Santo (según 2 Cor 1,22 "signavit nos et dedit pignus Spiritus in cordibus nostris"); el signo de la pascua cristiana (en recuerdo de aquella señal hecha con sangre por los hebreos, Cf Ex 12,7), y finalmente señal de liberación, según una costumbre entre los paganos, es el signo que rubrica el paso de la esclavitud a la libertad, exención de todas las esclavitudes y plagas¹³².

Estos cristianos, son hechos siervos y familiares de Dios: unos provenían de Israel según la carne¹³³; otros de la gentilidad; pero todos de manera mística son verdaderos israelitas, cristianos en la fe.

Ese número se ha de considerar simbólicamente¹³⁴. Aquella inmensa muchedumbre, que nadie podía contar, se identifica con los 144.000¹³⁵; a saber, los primitivos cristianos, que provienen de Israel y de todas las naciones. Están sellados, pertenecen a Dios. Y como se encuentran ante el trono de Dios y en la presencia del Cordero son librados de todas las plagas. Sus blancas vestiduras son señal de

¹³² p. 474 A.B.

¹³³ Alcázar realiza un verdadero trabajo o juego de equilibrio a fin de relacionar los nombres de las doce tribus con los nombres de los doce apóstoles. "Eademque ob rem nomina duodecim tribuum sumenda sunt, ut nomina mystica, quae duodecim Apostolis imponuntur" (p. 477 D). Véase una muestra, entre otras muchas. Judá, que significa confesión, cuadra bien al apóstol Pedro, porque él confesó admirablemente a Jesús como Mesías e Hijo de Dios. A través de etimologías, para nuestra mentalidad inverosímiles, mediante recursos a costumbres del mundo latino y de auténticos alardes de juegos vocálicos, el autor persigue resplandientemente un objetivo, que a la postre se muestra importante: ver la conexión de las doce tribus de Israel con los doce apóstoles; establecer la unión entre el AT y el NT. p. 477 E.

¹³⁴ p. 113 D.

¹³⁵ Cualquier opinión que hace Alcázar está diligentemente discernida. No va la ligereza ni la improvisación con él. Algunos autores distinguen ambas muchedumbres (Ticonio, Beda, Apringio); el autor prueba con cuatro importantes razones que resulta más congruente considerar en ambas apariciones la misma presencia de protagonistas. Él ve en esta muchedumbre, la multitud de los israelitas espirituales, que proviene de todas las lenguas, tribus y pueblos; es decir, los cristianos acrecentados de todas las naciones. Añade un detalle significativo. En esta multitud innumerable se realiza el cumplimiento de aquella profecía hecha por Dios a Abraham: que su descendencia sería sic número como las arenas del mar. p. 483 D.

gozo¹³⁶. Las palmas que empuñan sus manos son signo de victoria¹³⁷. Al mismo tiempo, brota de ellos un clamor ingente, con el que manifiestan el afecto y la devoción a Dios, que les ha hecho inmunes a toda plaga¹³⁸. Están delante de Dios y del Cordero¹³⁹.

Se trata de los israelitas en el espíritu, los cristianos que forman un pueblo sacerdotal, que ya gozan de la presencia de Dios, quien es calificado profundamente por nuestro autor como "el que tiene su trono en el templo de la Iglesia". Su felicidad consiste en vivir íntegramente de la fe, lo que les permite ya conocer a Dios y participar de su vida íntima¹⁴⁰.

CAPITULO VIII

Las siete plagas son enviadas contra los judíos rebeldes. En este capítulo se declara con cuánta severidad ha castigado Dios a los obstinados judíos.

Pero en el cielo se hace un silencio como de media hora. Se trata de un silencio litúrgico ante los graves acontecimientos que se avecinan. Alcázar ve en este silencio un símbolo de la paciencia de la Iglesia cristiana, de la cual Dios tiene el mayor cuidado¹⁴¹.

Tras este recogido silencio, se pasa a la acción punitiva de Dios. Esos siete ángeles, ejecutores de la severidad divina, eran como los mensajeros de los reyes persas (Cf Est 1, 10), estratégicamente señalados y puestos para llevar a cabo una acción destructora contra los judíos.

¹³⁶Se trata del gozo pleno que proporciona el estar en la presencia de Dios y también el sentirse liberados de cualquier peligro: "In vestibus albis significari gaudium et solemnitatem mentis. Quod idem est ac dicere, spirituales viros laetos semper atque hilares degere; ut qui a mundanorum plagis liberi et securi sunt". p. 485 B.

¹³⁷Quienes con todo derecho y propiedad portan las palmas en sus manos, son los mártires; a saber, quienes han derramado su sangre por Cristo. Pero no sólo ellos están aquí representados, también los cristianos, que han sabido vivir confesando valientemente su fe en el Señor, pueden ser llamados mártires. Toda la Iglesia primitiva ha conseguido con su ánimo y deseo la palma del martirio. p. 486 B.

¹³⁸p. 113 E.F.G.

¹³⁹p. 485 A.

¹⁴⁰p. 486 C.

¹⁴¹Explicar el silencio litúrgico de la media hora, permite al autor divagar extensivamente, mas siempre con alarde y ostentación de su cultura, por la historia del libro de Tobías, y el significado que los antiguos poetas y autores daban al pez y a la hiel, que procuró la curación de la ceguera. p. 495 A.B.C.D.E.; 496 A.B.C.D.E. 497 A.B.C.D.F.

Realizan lo que ya antes habían anunciado los profetas.

Las páginas de la Biblia son leídas desde esta clave de punición para el pueblo judío. Alcázar concentra en ellos toda la cólera divina, y también el odio y la ira que se respiraba en su tiempo¹⁴².

El autor considera las siete plagas como una redención de un castigo veterotestamentario; como un retorno en el presente de las antiguas plagas de Egipto.

La primera plaga indica el suplicio del hambre que ya habían predicho los profetas contra los judíos¹⁴³.

La segunda es la plaga de la guerra; la que el Imperio romano, con sus jefes Tito y Vespasiano, entabló contra los judíos. Esta guerra masacró a los judíos, destruyó completamente las ciudades de Judea. Se trata de la gran guerra judía, —año 70 de nuestra era,— la que afligió al pueblo judío reduciéndolo prácticamente a cenizas¹⁴⁴.

La tercera es la plaga de la peste, que asoló el pueblo. Tan grave fue que las aguas de los ríos y de las fuentes en Judea, quedaron infectadas por un letal veneno y causaron la mortandad de los judíos¹⁴⁵.

La cuarta plaga es la ignorancia. Les faltó a los judíos la luz y la ilustración del espíritu, a fin de conocer, a través de las manifiestas obras de la redención y de la doctrina de los apóstoles, al Salvador del mundo. Carecían de la sabiduría evangélica, cuyo símbolo es el águila sublime que vuela por los cielos y que enseña a los cristianos. Como están privados de la luz interior que da el Espíritu, se asemejan los

¹⁴²Más de una vez, en el momento mismo de escribir estas páginas de comentario al comentario de Alcázar, nos vienen unos irremediables sentimientos de compasión o de lamento por el pueblo judío, tan vejado y maltratado en las palabras de Alcázar. Humillado con recursos inverosímiles. Incluso la misma Biblia es puesta al servicio de esta funesta degradación. No sabíamos hasta qué punto el odio hacia el pueblo judío había arraigado en el pueblo que le dió acogida y luego de manera incomprensible e inmisericordia le arrojó de su propio suelo. Ese sentimiento parecía brotar como algo incontenible y visceral.

¹⁴³p. 115 D.

¹⁴⁴p. 514 A.D.C.D.E.

¹⁴⁵Alcázar describe con realismo los efectos de esta plaga. Eran aguas amargas no por el sabor, sino por sus efectos letales: llevaban dentro la causa de la muerte: "Quo innoxium nos, quos pestilentiae luce corripiebat, exitiis furore percitus miserandum in modum interire; ac si re ipsa pestilens venenum obhissant. Ut vero efferata infectorum rabies et horrendus interitus exprimerentur; nihil effingi potuit significantius, quam eos venenatas aquas hauserit. Atque id est, quod textus indicat, *Molti hominum mortui sunt de aquis, quia amarae factae sunt, id est, quia aquae veneno imbutae effectus sunt amarisimi*." p. 616 A.

judíos a ciegos que tratan de mirar inútilmente y de palpar en vano. El mediodía es para ellos como la noche cerrada. En este contexto de incredulidad, que define bien el estado espiritual de los judíos, y de feroz invectiva contra ellos, Alcázar pronuncia una sentencia que resulta determinante y lapidaria:

*"Ac propterea palpare in meridie, sicut palpare solet caecus"*¹⁴⁶.

CAPITULO IX

Continúa en este capítulo la narración de las plagas, engrandecida ahora con la abigarrada y truculenta simbología de las langostas y de la caballería infernal. Ambas descripciones subrayan el dolor acerbo que producen a su paso, y la destrucción corrosiva de todo cuanto encuentran estos animales diabólicos.

Alcázar aplica las plagas quinta y sexta, a los judíos rebeldes. Las califica como castigos de la ira divina, y aun, de manera conjunta, el pecado de la concupiscencia.

Por ellas Dios golpea con dureza extrema a los judíos obstinados, y permite que la ley sináutica, que les fue entregada por medio de Moisés, igual que una estrella caída del cielo, se convierta en instrumento de opresión¹⁴⁷.

De forma paradójica, esta estrella caída en el suelo, se les abre amenazante ante sus pasos, como un pozo ciego en el abismo. Por ocasión de la ley, —pretexto y estímulo del pecado—, lo que fue originalmente un don del cielo (entrevisto en el símbolo de la estrella), ha llegado a ser inevitablemente un acicate del pecado (un pozo del que sale hurno oscuro, como de un gran horno)¹⁴⁸.

¹⁴⁶p. 517 C.

¹⁴⁷Alcázar confirma su interpretación con palabras de Pablo. Aduce dos textos fundamentales: "Yo no conocía el pecado sino por la ley; porque tampoco conocía la concupiscencia, si la ley no dijera: No codiciarás" (Rom 7,7); "La ley no es puesta para el justo, sino para los injustos, los desobedientes, los impíos, los pecadores. . ." (1 Tim 1,9). A través del engarce léxico del verbo griego *keimai* (Ap 8,1), el autor une los tres pasajes. Y hace ver que son los judíos, los receptores de tan gran castigo; es decir, aquellos sobre quienes estrepitosamente cae esa estrella.

¹⁴⁸"Asserit igitur patetum abyssi esse symbolum aptissimum iusti iudicii Dei". El juicio divino se muestra castigando severamente a los réprobos, entregándolos a los deseos de su corazón obstinado. El autor aporta algunos textos bíblicos (Sal 35,7; Prov 23,14; 23,27); mas en el fondo late su actitud de permanente invectiva contra los judíos. p. 521 D.

El humo se convierte luego en una inmensa nube, que no sólo priva a los miserables judíos del sol de la sabiduría, sino que los ofusca en unas espesas tinieblas, haciéndolos caminar en la más confusa oscuridad, sin saber conducirse rectamente ni acertar con el camino verdadero.

El autor busca una fundamentación bíblica a sus interpretaciones; se mueve con soltura a través de los innumerables textos hebreos, griegos, y, muy en especial, de S. Pablo¹⁴⁹.

El reparo fundamental que es preciso oponerle se encuentra en la reductiva aplicación de las plagas a los judíos. El autor con toda claridad ha manifestado su opción exegética:

*Atque, ut saepius adnotavimus, terrae nomen Iudaeos designat; de quorum punitione sermo est in his septem plagis*¹⁵⁰.

Completamente perdidos en esta densa oscuridad, los judíos ven surgir de su duro corazón una caterva de deseos; son las temibles langostas, que poseen poder mortífero como el de los escorpiones. Estos animales son —los calificativos pertenecen al autor—, repugnantes, viscosos e insaciables. Y producen grandes dolores en las conciencias:

*Horum omnium applicatio ad plagam cupiditatum cordis est perfacilis; quoniam vera plaga haec percussit, magnopere vezant ac torquent curae, angores, metus, sollicitudines; quae omnia consequitur acerbissimus conscientiae exulceratae stimulus, ut turpissimae voluptatis exitus ac finis; qui quidem in scorpionis cauda mire significatur*¹⁵¹.

El autor ilustra, extendiéndose en una pastosa acumulación de referencias de todo tipo, el símbolo de los escorpiones. Acude sabiamente a las ciencias sagradas y profanas, mostrando el ingente caudal de su cultura.

*Non solum Scriptura sacra, sed prophani etiam scriptores ac Poetae eleganter agunt*¹⁵².

Aparecen en la descripción del relato cuatro ángeles malvados, parados en el río Eufrates (Ap 9,14), están ya prontos para ejecutar su repentino castigo, que no es otro sino apoderarse y llenar de su

¹⁴⁹p. 520 E.

¹⁵⁰p. 521 A.

¹⁵¹p. 525 D.

¹⁵²a. 525 E.

mortífera ira a los judíos. Estos cuatro ángeles simbolizan, asimismo, cuatro desordenados amores: el amor de la vida, del dinero, del honor y del propio juicio¹⁵³.

Un juicio valorativo del comentario de Alcázar a los tres últimos capítulos puede ser resumido, asimismo, en tres categorías: aplicación de todas las desgracias a los judíos; acopio de material bíblico y extrabíblico, y explicación de la simbología apocalíptica como una alegoría moral.

1. Aplicación a los judíos.

Todo el capítulo, poblado de castigos y desgracias, se justifica como una larga y severa requisitoria contra los judíos; para ellos indefectiblemente van dirigidas cuantas calamidades se enuncian en estas plagas. Al final del cap. Alcázar deja ver el origen y la causa de tanta ojeriza y rabia contra los judíos. Su sentencia es rotunda: los judíos mataron a Cristo y a los cristianos¹⁶⁴. Son los homicidas de Cristo y de los cristianos¹⁶⁶. Este horrendo crimen le vale al autor para sacar a la luz y poner de relieve los proverbiales pecados de los judíos. Entre ellos sobresale el amor al dinero, el lucro. Mas estos pecados ya no tienen remedio; los judíos están manchados en sus orígenes. Con palabras condenatorias Alcázar confirma la podredumbre de sus raíces. Son éstas "altas, inveteratas atque annosae"¹⁶⁶.

La invectiva contra los judíos se nos antoja con frecuencia —al menos para un lector no condicionado por los avatares de su tiempo y con un mínimo talante ecuménico— insultante, excesiva e irritante.

2. Acopio de material bíblico y extrabíblico.

Alcázar nos da información de primera mano acerca de los datos que maneja. Merced a su inmensa cultura, podemos conocer cómo los antiguos hablaban — en referencia concreta al cap. nueve que nos ocupa— de las langostas, de los escorpiones, del veneno, de las clases distintas de veneno. El autor nos ofrece información de la zoología y la botánica, no sólo de aquel tiempo sino de épocas pasadas. Por ello, no únicamente es su libro un comentario al Apocalipsis, sino un

¹⁵³ "In Angelorum quaternario, qui alligati erant in Euphratem certum mihi est significari quatuor illos humani generis hostes... Illi autem scot: proprius amor, diuorsorum cupiditas, inanis hominum existimatio et proprium iudicium". p. 533 A.

¹⁵⁴ p. 543 A.

¹⁵⁵ p. 543 A.

¹⁵⁶ p. 543 A.

surtido y completo vademecum de ciencias naturales. Cuanto han dicho los poetas, los escritores profanos, los sabios ilustres... está en su comentario recogido con escrupulosa fidelidad. Alcázar recorre con su vasta cultura el panorama científico universal. Su aportación, por todo ello, resulta muy valiosa.

Pero su recogida de datos es cualificada y contrastada. Tiene capacidad de diálogo con los autores, de quienes solicita información. Sobre todo, —hay que resaltar el mérito— sabe ordenar en una justa escala de valores sus variados materiales. El primer lugar de dicha jerarquía lo ocupa la Biblia. El libro sagrado domina completamente sus explicaciones; las ciencias profanas valen si saben ilustrar el dato bíblico. Con esta reserva son bienvenidas en su comentario.

3. *Explicación moralizante del símbolo.*

El autor va descomponiendo el símbolo, como el zoólogo, que frente a un animal curioso, lo divide y lo trocea fríamente, parte a parte. No toma el símbolo en su globalidad ni en su teología, sino que lo disecciona. De cada elemento, ya separado del conjunto orgánico que lo sostiene y lo vivifica, realiza una aplicación moralizante. Valgan estas breves muestras, extraídas de este capítulo. El ruido de las langostas significa los deseos interiores que corroen y entristecen el alma¹⁵⁷. El ángel del abismo, "el exterminador", es el "amor propio, el rey de las místicas langostas". Las corazas de fuego, jacinto y azufre, indican la arrogancia y el fasto¹⁵⁸.

Vacía el contenido del símbolo; por ser tan analítico en su explicación, el lector llega a saber mucho de los detalles, pero se queda sin conocer la fuerza compacta de la unidad simbólica.

Por otra parte, la aplicación moralizante de los símbolos apocalípticos responde más bien a sus propios condicionamientos y pre-comprensión —como fácilmente se deja ver en los ejemplos mencionados—, que a lo que el texto pretende objetivamente indicar y dar a entender.

¹⁵⁷ p. 534 D.

¹⁵⁸ p. 542 A. El autor nos ofrece, rescatado, el sentido de una antigua expresión española, ya perdida: "Vestires de blanco".

CAPITULO X

Su objetivo primario consiste en mostrar que aquella terrible calamidad de la persecución, que contra la Iglesia desataron los judíos, se ha convertido en el comienzo de una felicidad verdadera y sólida para los gentiles; este designio ha sido determinación admirable de la divina providencia¹⁵⁹.

Así pues, el cap. pretende dar a conocer cómo pasa el Evangelio desde los judíos a los gentiles; a saber, la disminución de Israel que se muda en aumento y riqueza de los gentiles¹⁶⁰.

El contenido del cap. puede ser estructurado en cuatro partes: Primera, descripción del ángel fuerte que tiene un pie sobre la tierra y otro sobre el mar. Segunda, los siete truenos y juramento del ángel. Tercera, entrega del pequeño libro y manducación por parte de Juan, en su boca sabe dulce como la miel, pero es en sus entrañas amargo como la hiel. Cuarta, palabras del ángel a Juan para que profetice de nuevo.

1. Descripción del ángel.

Ese misterioso ángel fuerte, dotado de esa simbología, se refiere con claridad a Cristo; mas no lo señala en su primera venida o natiuidad, sino que indica la presencia mística de Cristo, tal como es predicado a través de la voz profética de los apóstoles; es la figura admirable de Cristo presente en la predicación apostólica. El Señor aparece en la visión durante un momento preciso y puntual, captado en el gesto de abandonar a los judíos y de transferirse a los gentiles¹⁶¹.

Cada uno de los elementos de esta cadena simbólica posee una significación y un colorido evangélico. Las nubes indican la predicación¹⁶².

¹⁵⁹p. 544 A.

¹⁶⁰p. 114 A.

¹⁶¹Alcázar repasa distintas opiniones acerca de la figura del ángel (cita entre otros a "Nyssenus, Paulinus, Ambrosius, Philo, Gregorius, Guillelmus et Honorius"), las valora, y emite finalmente su propia opinión: "Iam ad Liberae rationem respondeo, non eum hic unam interdi, ut de primo Christi adventu, deque ipsius natali sit sermo; sed illud agi, quod Christus per Apostolicos viros praedicabat, quo tempore Iudaei Christi ipsius nomine immaniter deletum ire cupiebant; videlicet persecutionem illam fore occasionem, ut Ecclesia Iudaica derelictis commigraret ad gentes... Quae praedicatio Christo iure adscribitur, quia eius doctrina Evangelici concionatores nitabantur". p. 546 B.

¹⁶²Cf La misma explicación dada en Ap 1, 7; p. 546 E.

El arco iris, la paz¹⁶³. El esplendor del sol, la luz del Evangelio¹⁶⁴. Los pies ardientes indican la constancia de los predicadores¹⁶⁵.

Llama poderosamente la atención la íntima conexión que establece Alcázar entre Cristo y la Iglesia. Este ángel, entrevisto proféticamente por Juan, es Cristo; pero se trata del Cristo que está presente en la Iglesia, y que actúa en ella poderosamente y a favor de los hombres, merced a la predicación del Evangelio.

*Describerit potius Christum esse Angelum Evangelicae praedicationis nube coopertum et quasi amictum, qui per suos ministros loquitur*¹⁶⁶.

Es un Cristo que resurge constantemente por la fuerza de la predicación de cada evangelizador. Alcázar interpreta, pues, de manera eclesial y apostólica este pasaje apocalíptico:

*In his autem caelestis sponsi laudibus certum est, considerari Christum non in se solum, sed in suis quoque membris*¹⁶⁷.

El firme donde se asientan los pies del misterioso ángel, posee también un profundo simbolismo para Alcázar¹⁶⁸.

La tierra quiere decir el pueblo judío; el mar los gentiles. El hecho, aparentemente trivial, de posar un pie en la tierra y otro en el mar, indica el tránsito del Evangelio. A causa de la obstinación y perfidia de los judíos, el Evangelio se dirige ahora a los gentiles, que habitaban las regiones de la sombra y de la muerte¹⁶⁹:

Pes sinister super terram positus paucorum ex Iudaeis conversionem designat. Pes autem dexter qui in mari nititur, felicem

¹⁶³ "Sed quod praecipui sensus proprium est; cum iris sit pacis symbolum, optime representat illum Angelum ad pacem annunciandum pergere". p. 346 E.

¹⁶⁴ "Quo significatur desiderium quo statim Evangelii lucem toto orbe diffundendi et hoc ratione promittendi maximam Ecclesiae felicitatem et gloriam. p. 347 A.

¹⁶⁵ "Denotatur animi huiusmodi symbolo ardentissimus ille ignis, quem Evangelii praedicatione in toto terrarum orbe accendit. p. 347 B.

¹⁶⁶ p. 346 E.

¹⁶⁷ p. 346 B.

¹⁶⁸ Se podrá estar de acuerdo o no con la explicación de Alcázar, pero se ha de reconocer el rigor y la honestidad profesional de la que brotan sus afirmaciones. Antes de emitir un juicio de valor —es ésta una costumbre en su ineluctable comportamiento científico— hace reseña y valoración de las opiniones de los más exactos comentaristas del Ap. Aquí recuerda y cita, sopesando el valor de sus opiniones a Ambrosio, Ruperto de Deutz y Vielgas. p. 347 C D.

¹⁶⁹ p. 347 E.

*gentilitatis universae fidem et inflammationem*¹⁷⁰.

2. Los siete truenos y el juramento del ángel.

El poderoso clamor del ángel se refiere a la exultante alegría de Cristo y de los apóstoles en su predicación conjunta a los gentiles. Los siete truenos hacen caer en la cuenta de algo que debe ser subrayado con énfasis¹⁷¹. Se trata de los maduros frutos debidos a la predicación apostólica; ésta ha conseguido ya una recolección desbordante: la victoria de la fe sobre la universalidad de los gentiles. Este triunfo insigne fue antaño previsto en el salmo 28, donde por siete veces resuena la expresión "La voz de Dios", como los siete truenos del Ap¹⁷².

El juramento del ángel quiere asegurar que cuanto antes había sido preanunciado por los profetas, ha llegado a su sazón y se ha cumplido. Ya no habrá más tiempo de dilación ni de espera. El misterio de Dios significa la reprobación del pueblo judío y la elección de los gentiles. Este doble aspecto, como el anverso y reverso de una sola realidad concatenada, es el contenido íntegro del misterio.

Alcázar se detiene, no sin cierta pretendida complacencia, en multitud de textos bíblicos para mostrar, con la prueba irrefutable que le otorga el favor de la Escritura, la obcecación del pueblo judío. Del auténtico centón de citas acumuladas, extraemos sólo algunas de ellas, a fin de detectar su intención interpretativa y conocer su pensamiento. Comenta extensamente la parábola de la higuera estéril (Cf Lc 13,6). Hay que cortar la higuera para plantar, en su lugar, otro árbol. Quiere significar el texto revelado que Dios reprueba un pueblo, para que nazca otro¹⁷³.

Ante la dureza de estas consideraciones anti-judaicas, "alguien" un personaje de ficción creado por Alcázar, como figura de réplica en

¹⁷⁰p. 120 E.

¹⁷¹Que por siete veces se repita la voz, quiere manifestar su intensidad. El simbolismo aritmético y acústico subraya la grandeza de la victoria cristiana; indica que el Evangelio de Cristo, a través de la predicación de los apóstoles, ha llegado a toda la tierra; y que los gentiles abrazan la fe: "Dicere possumus esse octo heptaphoniam... supponitur igitur esse septem aliquo tonitrua insignia ac notabilia" p. 552 C.

¹⁷²Atque hoc ipsa allusione ad ipsam Psalmum (28) magnopere confirmatur, Angeli inpressum ignito pede in mare et civadem Angeli clamorem, atque iuramentum, omnia haec spectare debere ad impentem fructum et emolumentum, quo ex Evangelii praedicatione ad Gentes fuerat percipiendum. p. 552 D.

¹⁷³Quis etiam neciat, succidere in ea allegoria idem esse, quod abigere Iudaeorum populum et in eorum locum Gentes electos sufficere? Videatur Sap 12,20. p. 554 C.

so comentario—, le recuerda al autor unas palabras de Pablo: "Porque no quieto, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes, que el endurecimiento en parte ha acontecido en Israel hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. Y luego todo Israel será salvo" (Rom 11,25-26a). Alcázar tiene que reconocer la verdad de estas aseveraciones, se rinda a su evidencia, pero admite la conversión de los judíos sólo antes del fin del mundo. Después de todo, esta pequeña concesión no es óbice para afirmar con redoblada firmeza y de nuevo, remañándolo todavía más, que Israel, durante los primeros tiempos de la Iglesia cristiana, fue endurecido y "obcecado" por Dios¹⁷⁴.

La segunda cláusula de este misterio es la apertura a los gentiles¹⁷⁵. Alcázar acude con preferencia a Pablo, quien supo acuñar y comentar admirablemente la profunda expresión. Cita y explica abundantes pasajes de las cartas del tercer periodo: Ef 3,4; Col 1,25.

3. Entrega del pequeño libro y manducación por parte de Juan.

En la estructura del cap. este breve relato adquiere la función dramática de una escenificación gráfica que pretende rematar literariamente la visión y las palabras, que un poco antes han acontecido. La dulzura significa la alegría que supone en el alma del apóstol la noticia del misterio; la amargura es el dolor y la tristeza que comenta Pablo en la carta a los Romanos (9, 1.2).

Juan debe devorar, por expreso encargo del ángel, un libro pequeño, un "librito" *Biblaridion*¹⁷⁶. Esta pequeñez adquiere un valor grande y Alcázar la interpreta simbólicamente. Quiere decir, según las precisas alusiones de todo el contexto, la abreviación del pueblo de Israel; esta disminución se convierte paradójicamente en la elección y el aumento de los gentiles.

*Meus hic de libello Joanni devorato sensus magnopere confirmatur ex totius capituli contextu: in quo agitur de Dei mysterio, quod Israeliticum populum imminuerit ad Gentium felicitatem*¹⁷⁷.

¹⁷⁴p. 564 D.

¹⁷⁵No se cansa Alcázar de recordar la reprobación de los judíos, para que en la ocurrencia insistente de esta reprobación, brille con más claridad la elección de los gentiles. p. 555 B.

¹⁷⁶Muestra el autor sus profundos conocimientos del griego. *Adventandum tamen est primum diminutum nomine biblos, tunc biblon, secundum biblarion, tertium biblaridion. Itaque in hoc capite una graeca, quae pro libro, sive libello supponitur, ponatur ut libellum illum persequens fuisse arbitremur.* p. 547 B.

¹⁷⁷p. 557 D.

4. Palabras del ángel a Juan para que profetice de nuevo.

Replantea el autor unas cuestiones muy debatidas en su tiempo. No quiere decirse que Juan sobreviva hasta el fin de los tiempos, y que deba volver juntamente con el patriarca Henoc. O que, según se admitía ampliamente por entonces, había predicado primero en Asia, y luego en Roma¹⁷⁸.

Alcázar enfoca la solución de estos planteamientos controvertidos, a la luz que le concede disponer de toda una visión clara y coherente acerca de la estructura orgánica del Ap. Hasta este cap., el Ap. trataba de cuanto se refería al pueblo judío, y ese objetivo ya se ha cumplido con creces¹⁷⁹. Ahora, Juan debe predicar, "tiene que" dei profetizar al pueblo de los gentiles, es decir a todas las gentes, pueblos, lenguas y reyes. Este breve verso resume el argumento de la segunda parte del Ap, que se extiende desde el cap. doce hasta el final. Se trata de una profecía abierta y que va dirigida a todos los pueblos¹⁸⁰.

CAPITULO XI

Este capítulo es fundamentalmente conocido como el de los dos testigos-profetas, cuya presencia y actuación (11,3-13), lo llena de indudable protagonismo.

El talante de la interpretación que realiza Alcázar es de corte espiritual-moral.

Futurum porro erat, ut iudaica persecutio adversus spiritalem Ierosolymanam, id est, adversus Christi Ecclesiam, non minus inualeceret, quam Antiochi quondam persecutio adversus fideles Iudaeos fuit roborata. Verum ut persecutionem Antiochi, post tres annos et dimidium, pax fuit atque laetitia consecuta; sic brevi Christianam Ecclesiam fore a Iudaeorum rebellium oppressione liberandum¹⁸¹.

¹⁷⁸De nuevo Alcázar recoge y valora las más variadas opiniones (Suárez, Ambrosio, Catarino, Arévalo). Para él no existe cuestión nimia o banal, todo en su comentario debe ser acrisolado y debidamente justificado. p. 558 B.

¹⁷⁹Cum ergo, quae sibi fuerant hactenus reclusa, spectarent omnia ad Iudaeum populum; cumque ad finem iam et calcem huius tractationis (id est, ad reprobationem populi Iudaici) perveniretur; videlatur ad totius item prophetiae terminum pervenisse. p. 558 C.

¹⁸⁰Confirmatur denique nostra explicatio ex eo quod Apocalypsoe Prophetia a cap. 12 manifeste spectat ad populos multos, ad gentes, ad linguas et reges; ut in eius expositione deinceps constabit. p. 558 D.

¹⁸¹p. 123 E.

Las anotaciones que hace el Ap, "este libro enigmático", respecto a las actitudes y contenidos, los lugares y atípicas circunstancias donde actúan los dos testigos: la ciudad de Jerusalén, el tiempo de la persecución que dura cuarenta y dos meses... han de tomarse no al pie de la letra, no "in sensu proprio", sino "in sensu mystico".

Esta última expresión temporal está recogida del libro de Daniel (7,25; 12,7), donde se menciona la cruel persecución de Antíoco Epifanes contra los judíos. Y también aparece en 1 Mac 4,52; 2 Mac 10,5¹⁸².

Alcázar estima que la persecución, descrita en el Ap, debe aplicarse a la perpetrada ahora por los judíos rebeldes contra la Iglesia. Se trata de la persecución reiterada que ha sufrido la Iglesia de los primeros tiempos. En primer lugar, por el pueblo judío; después por los emperadores romanos¹⁸³.

Sobre la difícil cuestión de los dos testigos-profetas, y acerca de su identidad, el autor reseña diversas opiniones:

1. Que son Henoc y Elías, que vendrán en tiempos del Anticristo para predicar la conversión¹⁸⁴.

2. Se refiere globalmente a los tiempos del Anticristo, pero no a dos personajes singulares¹⁸⁵.

3. Se aplica a personajes singulares, pero no situados en el tiempo del Anticristo¹⁸⁶.

4. Hace abstracción de personajes y tiempos concretos, y refiérese

¹⁸²Sólo para investigar el sentido de la expresión "tres días y medio", designación que se encuentra en un misterio (p. 572 D), Alcázar escribe unos párrafos, que asombran por su cantidad y erudición; acude a todos los lugares paralelos de la Biblia, y a los poetas latinos, y a las opiniones contrastadas de los SS. Padres y escritores más conocidos del Ap. p. 569-577. Su cultura produce en el ánimo del lector el pasmo del asombro, aunque a veces, por lo desmedido de sus elucubraciones, resulta irritante.

¹⁸³p. 568 C.D.E.

¹⁸⁴Partidarios de esta opinión son Aretas, Ambrosio, Haymo, Sto. Tomás, Clario, Ribera, Viegas y Suárez. p. 578 C.

¹⁸⁵Defensores de esta opción son Ticonio, Primasio y Beda. p. 578 D.

¹⁸⁶Aquí existe una amplia gama de opiniones. Recogemos sólo las más notables. Algunos creen que se trata de Cristo y de Juan Bautista (Ubertino de Casal). Otros piensan que son dos célebres sacerdotes, Jesús y Ananías (Caponasquio). Algunos creen que se refieren al papa Silverio y al patriarca Mena (Aureolo, Edero, N. de Lyra). Otros, en fin, piensan que son los beatos Domingo y Francisco (Ubertino de Casal). p. 578 E.

a la ley y a la profecía¹⁸⁷.

Tras repasar cada una de estas propuestas, Alcázar se decanta por una interpretación no demasiado concreta ni realista, ("non verae sunt personae, sed fictae"); ya que el contexto habla de la persecución de los judíos contra la Iglesia, y no podían ser ni Moisés ni Elías estos insinuados predicadores¹⁸⁸.

*Altera denique semita, qua nobis gradiendum est, in primitivo Ecclesiae tempore peristit, atque duorum testium figuram opiritualiter esse explicandam contendit*¹⁸⁹.

El autor acude a una interpretación mística de la transfiguración, donde Moisés y Elías, como dos testigos, cuya presencia era necesaria para avalar una revelación de importancia, confirman la gloria de Cristo. No otro es el fin de la predicación evangélica sino mostrar la gloria de Dios. Moisés es el símbolo de la doctrina; Elías de la santidad. A través de la doctrina, es decir, de la sabiduría y de la ilustración de la fe, y a través de la pureza de vida de los discípulos de Cristo, el mensaje de la salvación sigue estando presente y actuando con eficacia en el mundo¹⁹⁰.

Esta interpretación de Alcázar no puede ser valorada, sino muy positivamente. Partiendo con rigor del mismo texto griego del Ap podemos obtener la justa explicación del relato de los dos testigos profetas

Esta narración hace abstracción de las circunstancias particulares y contingentes, elevándose a un nivel ideal.

- El régimen especial de los verbos, empleados en el relato, coexiste

¹⁸⁷ Existen dos variantes: *Duos illos testes esse omnium temporum veritatis assertores duobus testamentis subritos* (La opinión de Pannonio); *Testes illos duos esse legem et prophetiam; legem scilicet in Mose denotatam, prophetiam in Elia* (Arius Montano). p. 578 E.

¹⁸⁸ p. 580 A.

¹⁸⁹ p. 578 E.

¹⁹⁰ El autor se decide por la interpretación mística de los dos testigos: *Hi autem duo testes locupletissimi, sunt doctrinae caelestis et admirabile exemplum ipsius ministrorum. Notum enim est evangelicam atque apostolicam praedicationem ad doctrinam et exemplum reduci, hoc est, ad praestantissimam sapientiam et integerrimam vitae sanctimoniam. Deinde qui doctrinam et sanctitatem efficit testes; illis personam addat per prosopopeiam necesse est: atque huiusmodi personis oportet nomina imponi. Nemo autem inficiabitur ad doctrinae caelestis nomen atque personam idoneum valde esse Mosem; quemadmodum Eliam ad vitae sanctitatem et zelum Evangelicum.* p. 580 E.

en el futuro (vv 3.7), presente (vv 9.10) y aoristo pasado (vv 11.12); esta cualidad excepcional altera la sucesión cronológica normal y lineal y coloca el relato en un tiempo metahistórico.

- Ciudades tan diversas como Sodoma, Egipto y Jerusalén ("donde también nuestro Señor fue crucificado") no pueden ser, al mismo tiempo, escenario dramático de la muerte sacrificial de los dos testigos, cuyos cadáveres son arrojados irreverentemente en la plaza pública.

- Tantos rasgos indefinidos y alusiones veterotestamentarias — como el mismo Alcázar reconoce — no permiten una identificación restringida.

Así, pues, los dos testigos-profetas son figuras simbólicas, no aplicables a una situación concreta ni a un personaje particular. Expresan y definen a la Iglesia, que es contemplada emblemáticamente como una colectividad formada de testigos y de profetas. Esta Iglesia realiza con fidelidad su misión: predica y da testimonio; pero su palabra evangélica no es escuchada, antes bien, es violentamente silenciada y amordazada. La Iglesia sufre entre sus hijos la persecución y el martirio, igual que su Señor. Pero, tras un tiempo limitado de crueldad y hostilidad, "tres días y medio" (11,11), resurgirá victoriosa y será asistida con la fuerza divina, se pondrá de pie junto a Dios (11,12)¹⁹¹.

Al final, la explicación exegética de Alcázar resulta enormemente enriquecedora. Sólo habría que aducir un pequeño reparo, y que se refiere a su punto de partida para comentar el texto. El se muestra fiel a la disposición estructural y doctrinal del Ap; y ésta influye poderosamente en la toma responsable de sus opciones. No se fija, al menos respecto al cap. que nos ocupa, en el análisis textual, en el estudio de sus difíciles palabras. Ha sobrevolado el texto. Pero ha tenido la extraña sagacidad de hacer una interpretación espiritual-alegórica del mismo, no fácilmente aplicable a unos personajes concretos, como habitualmente ha interpretado la exégesis tradicional; aunque luego lo haya referido exclusivamente a la Iglesia primitiva.

La persecución y el desprecio hacia los dos testigos, ilustra la opresión y persecución, que han padecido los cristianos por culpa de los judíos (Cf Hch 8,1); pero este dolor se mudará en triunfo.

Praeterea, ut significaretur, Christianam doctrinam et sancti-

¹⁹¹Cf A. FEUILLET, *Essai d'interprétation du chapitre 11 de l'Apocalypse*; NTS 3 (1957-58) 183-200; J.S. CONSIDINE, *The Two Witnesses, Apc 11,9-13*; CBQ 8 (1946) 396.

*tatem, quae Ierosolymis collapsae penitus atque consumptae videbantur, caput rursus attollere et ingenti cum gloria ac sublimitate eminere visas*¹⁹².

La nube que cubre a los dos testigos-profetas indica la predicación del Evangelio y la gloria de Dios. Algunos judíos contemplaron esta gloria divina, y creyeron; mas a otros el brillo les cegó y les fue un impedimento insuperable.

El terremoto es un símbolo que manifiesta la mutación de las cosas, y aquí quiere expresar gráficamente la conversión de una parte de la ciudad. A pesar de la cerrazón de la ciudad rebelde, ante la cual lloró Jesús (Cf Lc 19,41), una parte de ella, la más pequeña sin embargo, cambió y reconoció al Señor. La Iglesia colaboró con la responsabilidad de su ejemplo y sus ruegos¹⁹³.

LIBER QUARTUS

Antes de comentar los diversos capítulos que siguen, Alcázar realiza una retrospectiva de cuanto hasta ahora ha hecho, y dibuja también un anticipo de cuanto espera comentar. Desde el capítulo cuarto hasta el once incluido, el Ap describe la reprobación del pueblo judío. Desde el doce hasta el veinte, narra el triunfo de la Iglesia en su lucha contra los gentiles y las fuerzas demoníacas que tratan de impedirle su victoria. Con brevedad el autor lo ha sintetizado así:

*Liber quartus qui continet explicationem VIII capitum, o XII usque ad XIX. In quibus agitur de bello Ecclesiae cum Gentrismo, et de victoria quam de illo obtinuit*¹⁹⁴.

Los últimos capítulos contarán la gozosa apoteosis final¹⁹⁵.

¹⁹² p. 598 D.

¹⁹³ *Notanda est ergo summa Spiritus sancti elegantia, qui ingentem illam Ierosolymae ruinam (quae tanta fuit, tamque calamitosa, ut Christo illam praedicanti lacrymas elicuerit) non tanti aestimet, quanti mysticam decimae partis ruinam: in qua verus consistit triumphus, quem epít ecclesia primitiva de rebellí et obstinata Ierosolyma: quae, quantumvis perfida et obdurata, decimas tamen Deo, Sanctisque, gratissimas dedit.* p. 599 E.

¹⁹⁴ p. 611.

¹⁹⁵ Cf un apretado resumen de esta cuarta parte del Ap (XII-XIX): p. 611-613.

CAPITULO XII

El contenido doctrinal versa sobre el tránsito de la Iglesia a la gentilidad, y de la fundación de la Iglesia romana. Ambos acontecimientos inflamaron la ira del Diablo.

El capítulo se presenta como un rico y abigarrado relato. Aparecen dos señales portentosas en el cielo: una mujer vestida del sol y un enorme dragón. La mujer está vestida del sol, y la luna se encuentra bajo sus pies; porta una corona de doce estrellas. Esta brillantez de su atuendo exterior contrasta con los sufrimientos de su estado más íntimo; está en los momentos cruciales padeciendo los espasmos del parto: la misteriosa mujer va a dar a luz (Cf Ap 12,1-2).

Luego aparece otra señal grande en el cielo: un dragón rojo, tiene siete horribles cabezas y diez cuernos (remedo y burla satánica frente a los siete cuernos del Cordero), grotescamente corona su cabeza con siete diademas regias (de nuevo se manifiesta su torpe imitación de Cristo, quien únicamente es Rey de reyes y Señor de señores, y que lleva gloriosamente en su cabeza muchas diademas (Cf Ap 19,12). Este enorme dragón está al acecho, amenazante, a fin de devorar al hijo que la mujer iba a dar a luz (12,3-4). El relato continúa presentando la lucha entablada entre la mujer y el dragón. La portentosa liberación del hijo. El combate en los cielos entre el arcángel Miguel y sus ángeles fieles contra el gran dragón y su tropa. La derrota sin paliativos del dragón y de los suyos. Su expulsión del cielo y su bajada a la tierra. Ya, situado en la dimensión de la historia, el dragón prosigue la lucha, empujado también por la rabia y el resentimiento propios del que ha sido humillado con la derrota que Cristo le ha infligido, contra la mujer y su descendencia, es decir, contra los cristianos que mantienen el testimonio de Jesús.

En primer lugar, recogemos con fidelidad la interpretación que hace Alcázar; luego interpretaremos su interpretación. Texto denso y difícil, porque está entreverado de alusiones herméticas. Vamos, pues, a considerar los personajes y acciones más decisivas de todo el relato: la mujer, el dragón, combate entre Miguel y sus ángeles contra el dragón y los suyos.

1 La mujer.

El autor descarta, desde el principio, una interpretación cosmológi-

ca del símbolo de la mujer y del dragón¹⁹⁰. Sorprendentemente, pasa como de largo por el texto, sin prestarle atención a una explicación mariológica. Apenas le dedica unas líneas¹⁹⁷.

Alcázar se decanta claramente por una interpretación eclesiológica del símbolo de la mujer. Se trata de la Iglesia "primogénita"¹⁹⁸, la que, tras la cerrazón del pueblo judío, emigró para predicar a los gentiles; es decir, la Iglesia cristiana en su primer estadio¹⁹⁹.

Y como esta mujer es el símbolo de la Iglesia primitiva que ilumina a las naciones con la predicación del Evangelio, aparece rodeada de una perfecta constelación de elementos simbólicos, todos ellos en perfecta conjunción, que insistan en la eficacia de iluminar el mundo.

El sol es el símbolo de la claridad divina; la luna es el símbolo de la humanidad de Cristo; las doce estrellas son los doce apóstoles. Decodificado el soporte simbólico de las diversos elementos estelares, quiere afirmar el texto revelado que aquí contemplamos un misterio: la Iglesia que está llena de la divinidad de Cristo, que se sostiene en la humanidad de Cristo, y que es coronada por la predicación de los doce apóstoles. Ciertamente, es ésta la mejor luminaria posible de la Iglesia,

¹⁹⁰ Alcázar rechaza de plano las consideraciones astrales, no sólo de estos dos grandes signos, la mujer y el dragón, sino de los elementos simbólicos que aparecen relacionados con ellos. Por más que pertenezcan a esta órbita semántica: el sol, la luna, las nubes. Tampoco se pierde en una reflexión cosmogónica, aunque sea ésta tal vez el origen del relato (Cf. PRIGENT, *Apocalypse II. Histoire de l'Exégèse*. Tübingen 1959; A. VOGTLE, *Mythos und Botschaft in Apokalypse II. Tradition und Glaube*, Festschrift für K.G. Kühn, 1972, 395-415). Para Alcázar el capítulo doce es considerado desde una óptica estrictamente bíblica. p. 616 B.

¹⁹⁷ Esta es todo el comentario que le merece la interpretación mariológica: *Proferere, quamvis non desit, qui applicent ad Virginem Desiparum ea, quae de hac muliere sic recensentur: constat tamen, de Ecclesia sub typo mulieris sermonem institui.* p. 615 D.

¹⁹⁸ Así la designa el autor (p. 615 E). En otra ocasión esta interpretación se le presenta como la única viable y segura: *... necessarium esse, ut in hoc loco de primitiva Ecclesia sermo sit* p. 616 A.

¹⁹⁹ Aun en la defensa de esta opinión, el autor se muestra sumamente cauto. Respecto a interpretaciones diversas. Algunos creen que se trata de la antigua Iglesia o sinagoga judía, que debía dar a luz a Cristo (Entre otros, Aretas y Ruperto); otros que en la Iglesia de los últimos tiempos (Ribera y Metodio). Para decidirse, acude Alcázar de nuevo al plan estructural de su obra y a las exigencias que le impone el contexto cercano de los capítulos antecedentes. Si en el cap. II se hablaba de la reprobación del pueblo judío, parece congruente afirmar que ahora se trata de la Iglesia en tránsito a los gentiles. Además, esta opinión es coherente con los capítulos siguientes, pues en el cap. 13 se trata de la persecución del Imperio romano contra la Iglesia de Cristo. p. 615 E.

por la que reluce con todo esplendor y es conocida en el mundo²⁰⁰.

El gesto doloroso de sufrir como quien va a dar a luz y le sobrevienen los dolores del parto, es símbolo de la predicación. La Iglesia sufre en el sostenido esfuerzo por dar muchos hijos a Cristo. Los dolores de esa mujer parturienta significan la solicitud y los arduos trabajos de los predicadores (cf Is 66,8). Sus acerbos y continuos sufrimientos indican, por el alto grado de su intensidad, que va a dar a luz no a un solo hijo, sino a muchos. Es la Iglesia apostólica que da a luz a sus hijos, que multiplica su descendencia. Se trata del trabajo apostólico que soporta lo indecible, que padece y se desgasta hasta formar del todo a Cristo en los nuevos cristianos.

Nihilominus tamen in fervida Evangelii praedicatorum oratione et incredibili contentione, qua animorum salutem inhiabant, eleganter verbi Parturire, vis atque energia exprimitur...

Et certe, si in primorum illorum conversione non ita dispiciuntur apostolorum labores ac defatigationes; in Gentilium eandem conversione et in aerumnis atque calamitatibus, quas Apostoli subierunt in Christi fide per totum terrarum orbem propaganda; in hoc (inquam) satis patuit, quam proprie ac significanter allegoria ex partus doloribus petita, usurpetur²⁰¹.

Y así Pablo afirma: "Filioli mei, quos iterum parturio" (Gal 4,19); y ese grito no se refiere sólo a la súplica ardiente de la oración, sino especialmente al clamor de la predicación apostólica. Son verdaderamente los predicadores "madres de Cristo; en cuanto que espiritualmente engendran hijos espirituales"²⁰².

2. El dragón.

No sólo es el príncipe de los demonios. Indica la suma de la inso-

²⁰⁰... in Apocalypsi evidens est in eodem de lunae coniunctione, per totam divinitatis claritatem et Christi humanitatem claritatem per lunam indicari. p. 617 A. Alcazar se extiende en multitud de argumentos y consideraciones para apoyar la prestantia de los símbolos del sol, la luna y las estrellas en cuanto que convienen a la divinidad, a la humanidad de Cristo, y al colegio apostólico (p. 619-621). Habla de la significación de los eclipses de sol y de luna (p. 625). Recuerda la admirable eficacia de la luna en el mar (p. 626-627). Los textos de la Escritura donde aparecen estos astros son traídos a colación, también los poetas son citados (p. 628). Levanta toda una constelación de comentarios extensísimos a la constelación del sol, la luna y las estrellas. El lector, de manera paradójica, pierde la ruta y la orientación ante tanto despliegue de erudición.

²⁰¹p. 629 C.D.

²⁰²p. 629 E.

lencia de todos los demonios para acabar con la Iglesia primitiva. La horrenda figura de este dragón denota la enorme potencia y astucia puesta en movimiento por el ejército universal de los demonios²⁰³. Las siete cabezas se refieren a los siete pecados capitales²⁰⁴. Los siete cuernos pretenden subrayar con su fuerza bruta las victorias que consiguen los demonios sobre los hombres, sometidos a estos siete pecados²⁰⁵.

El hijo que nace es contemplado en la natividad de la Iglesia romana. Las diversas explicaciones de Alcázar están de acuerdo con la interpretación tipológica del conjunto. La mujer es la Iglesia primitiva, la que emigra del pueblo judío, y da a luz a la Iglesia romana²⁰⁶.

Existe un marcado interés apologetico en subrayar la importancia y capitalidad de la Iglesia romana y del romano pontifice²⁰⁷. El ambiente eclesial que por entonces se respiraba así parecía exigirlo. Y Alcázar no escatima los elogios:

*Deus ipse, qui Romanam elegerat Ecclesiam, ut in suo throno collocaret. . . Atque etiam dum Romanus Pontifex Christi vicarius constituitur; masculus ille filius in thronum evahitur. Nam ratione Romani Pontificis vere dicitur Ecclesia Romana Dei thronum in terris habere*²⁰⁸.

La huida de la mujer al desierto significa el paso de la Iglesia pri-

²⁰³No hace Alcázar una explicación singular del símbolo del demonio, sino una interpretación simbólico-universal, referida ampliamente al conjunto de las asechanzas diabólicas y de todos los demonios. p. 633 B.C.D.

²⁰⁴*Septem draconis capita interpretor de septem nefariis spiritibus, quos daemones sancti Patres adscribunt, nimirum de spiritu superbiae, avaritiae, luxuriae, irae, gulae, invidiae, atque aediae.* p. 635 A. A cada uno de estos pecados capitales, se le añade el correspondiente animal: león, tigre, oso, víbora, lobo, serpiente y otro afín. En ésta una cuestión sumamente debatida —confiesa en su comentario—. Alcázar cita abundantes autores (Casiano, Gregorio, S. Tomás) y extensa bibliografía pertinente. *Ibid* C.

²⁰⁵*Daemonibus autem nulla alia excellentior gloria, nulla optabilior corona est, quam ut immundi septem spiritus miseros mortales desincant, atque triumphant.* p. 636 B.

²⁰⁶*Hac igitur ratione intelligitur primogenita Ecclesia filium peperisse masculum (hoc est Romanam fundasse Ecclesiam) antequam ad desertum gentilitatis evaheret. Nam Romana Ecclesia fuit primo instituta in eis, qui ex Iudaeorum Romae emigrationem coetu, Christi fidem amplexi sunt.* p. 641 A.

²⁰⁷Reconocemos las expresiones más eloquentes: *Sceptrum ferreum Ecclesiae catholicae fuisse traditum.* p. 640 A. *Et de veritate quidem supremae potestatis, quum habet Romana Ecclesia, ab aliis est egregie contra haereticos disputata. . . mei enim munus est ostendere, quomodo sit ipsum virgae ferreae symbolum ad supremae potestatis significationem.* *Ibid.* 641 B.

²⁰⁸p. 641 C.

mogónita, que se marcha de la orilla de los judíos y viene a la gentilidad. El desierto es el símbolo de la gentilidad²⁰⁹.

La explicación de este texto tiene como telón de fondo la lectura de los Hechos de los Apóstoles: allí se describe —y así lo subraya Alcázar— la apertura de la Iglesia a las regiones de los gentiles, y especialmente a la capital del imperio, Roma. Durante el curso de la exégesis, se revela con mucho como el libro más explícitamente mencionado (Heb 13,46; 8,1), y también recordado con citas implícitas. Puede decirse que todo este comentario de Alcázar resulta una larga paráfrasis del libro de los Hechos²¹⁰.

El desierto es también el símbolo de un lugar duro e inhóspito; indica las molestias de la vida apostólica. Pero dichas dificultades son limitadas; la exigüedad de esa dureza está representada en la cifra del tiempo señalado. Son tan sólo mil doscientos sesenta días²¹¹.

3. Combate entre el arcángel Miguel y sus ángeles contra el dragón y los suyos.

Esta magna contienda está literariamente entresacada del libro de Daniel: "En aquel tiempo surgirá Miguel, el gran príncipe que defiende a los hijos de tu pueblo" (12,1). El sentido primario se aplica a Matatías, el que se opuso valerosamente al impio Antioco Epifanes, según nos narra el primer libro de los Macabeos en sus primeros capítulos²¹².

Pero realiza el autor una actualización del texto del libro de Daniel y del Apocalipsis, y hace una aplicación a la persecución del Imperio romano contra la Iglesia. Se extiende en una larga cuestión: *De qua pugna loquatur in praesenti Apocalypsi*²¹³.

²⁰⁹In qua locutione primo notandum est, per desertum procul dubio figurari Gentilitatem. El autor cita a Clemente, Orígenes, Ambrosio, Basilio, Jerónimo, Hilario, Hesiquio y otros padres y autoridades, a fin de asegurar, juntamente con algunos textos bíblicos (Is 35,1; 41,19), el fundamental valor de su aserto. p. 642 D.

²¹⁰p. 843 A.B.C.D.

²¹¹In deserto. Porro ea incommutata vitae ratio, labor ille, afflictio, atque ferarum ibi dependentium formido, quae deserti nomine figurandae, erant duratura. p. 643 E.

²¹²In sensu proximo Michael procul dubio est Mathathias, strenuus ille vir, qui Antiochi tempore, divino zelo acerrime crexit vexillum adversus nefandas Antiochi machinationes. . . Quamobrem ad nomen atque insigne Mathathidae nihil optius, quam Michaelis cognomentum, quod sonat, Quis sicut Deus? p. 645 D.

²¹³Dedico a esta actualización del texto dos densas páginas (846a), donde con abundancia de citas de autores clásicos y referencias bíblicas, apoya sólidamente esta aplicación, haciendo ver su sentido para la historia que vive la Iglesia. Léase como modelo de interpretación este párrafo: *Iam vero, si (ut multa persuasum est) Daniel eo loci in praecipuo sensu non agit solum de Antichristi tempore, sed aequa-*

Alcázar ve en la imagen combatiente del arcángel Miguel, una figura emblemática para designar al mismo Cristo, quien defiende ante todo la gloria de Dios²¹⁴.

Y los ángeles, que pelean con Miguel y en contra del Diablo, son, siguiendo la alegoría que ya ha marcado el autor, los predicadores, los que dan a conocer constantemente el Evangelio, sin desfallecer, contra la falsa idolatría del demonio y sus satélites²¹⁵.

La aplicación del texto se refiere a los acontecimientos y a los personajes eclesiales. Los eventos que el Ap describe son trasladados a la situación de la Iglesia que vive en Roma. Cristo está diseñado bajo la presencia del arcángel Miguel, es el "rístico Miguel", y los predicadores son los ángeles que luchan a favor del Evangelio. Toda una lectura, pues, actualizada del dato revelado²¹⁶.

Un águila misteriosa, dotada de dos grandes alas, viene en ayuda de la mujer. El símbolo se presta a múltiples consideraciones. Hay que subrayar la sobriedad de Alcázar en su explicación. Dos interpretaciones da al texto. Las dos alas significan los dos testamentos. Y también, puesto que el águila es símbolo de la sabiduría, un ala quiere decir la sabiduría, otra la santidad²¹⁷.

El autor se aparta con deliberación de otras interpretaciones extrañas muy frecuentes por entonces²¹⁸.

Liber de persecutionibus in Ecclesiam exeitantibus ad veram Christi Religionem extinguendam; et hic inquam est Danielis Prophetiae scopus, inter huiusmodi persecutiones primura illae laenam obtinent, quae Romanum Imperium idololatriae addictum a Nerone ad Julianum usque commovet. Quare Apocalypsis de hisce persecutionibus loquens potuit aliudere non modo ad proximum Danielis sensum de bello Antiochi; sed etiam ad seruum praecipuum de his persecutionibus, quibus Gentes Ecclesiam oppugnaturi erant. p. 647 A.

²¹⁴ *Sexto, tam figura, quam nomen Michaelis Christo Redemptori nostro aptissime quadrant. Ipse enim est unus de Principibus primis, utpote una ex tribus sanctissimae Trinitatis personis... nec aliud erat, opinor, nomen magisterum, nisi ut divinae gloriae zelum significaret. Si ergo haec est illius nominis ratio; nemo non viderit, Christum Dominum esse verum Michaelem. p. 648 B.C.*

²¹⁵ *Ad haec; Angelorum nomen proprium est ministrorum Evangelii; qui sunt Angeli a Christo missi ad ipsius nomen hominibus divulgandum. Unde ille. Sicut misit me (inquit) Pater, et ego mitto vos, et haec ratione eperit etat, Christum esse mysticum Michaelem, et ipsius Angelos esse Christi Praedicatorum. p. 648 D.*

²¹⁶ Sólo queda como un reparo la limitación temporal que hace a su aplicación: la reduce al tiempo de la Iglesia primitiva. Creemos que tiene vigencia de más actualidad y valor de permanencia.

²¹⁷ p. 458 D.

²¹⁸ *Omitto expositiones alias minus probabiles; cuiusmodi est, per duas alas innu-*

Con una marcada referencia a las primeras persecuciones, Alcázar explica los últimos elementos simbólicos del relato. El río que brota de la boca del dragón, indica la cruel persecución de Nerón. El autor le otorga la malicia que le corresponde, la tristemente proverbial, distinguiéndola, por su impiedad y astucia de las demás que le siguieron, concediéndole un rango demoníaco. La persecución de Nerón contra los cristianos brotaba, como un vómito, directamente de la boca del dragón. Tal es la mirada penetrante de Alcázar sobre el texto del Ap¹¹⁹.

CAPITULO XIII

Juan contempla, desde la arena de la playa, cómo una bestia, que tiene también siete cabezas y diez cuernos y diademas —trasunto del dragón— emerge del mar (13,1-10). Después, ve otra bestia subiendo de la tierra, que posee dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero que hablaba como un dragón (13,11-18). Una y otra bestia tienen en común que van en contra de la nascente religión cristiana²²⁰.

1. La bestia del mar.

Esta bestia indica la soberbia del imperio romano²²¹. Todos los símbolos con que se recubre la primera bestia hacen directa referencia a elementos que tienen que ver con Roma.

favorem Romani Imperii, cuius insigne fuit aquila; aut etiam favorem Imperii Orientalis et Occidentalis. Quae interpretationes cum Apocalypsa serie nulla ratione consentiunt. p. 658 D. No obstante, el autor dedica la Notatio IX para insistir en esa secundaria significación de las dos alas; éstas representan al apóstol Pablo y Bernabé, pues ambos emprendieron la tarea misional de ir hacia los paganos, y sus nombres no constan entre los doce apóstoles. p. 659 B.C.D.E; 660 A.

²¹⁹*Mea igitur sententia est, per flumen hoc ex ore draconis procedens significari Neronis persecutionem in Christianam Ecclesiam et praesertim Evangelicos concionatores commotam. Cui significationi mirificum est symbolum fluminis draconis ore emissi. Atque imprimis nudo artificio Apocalypsa hac distinctione persecutionem Neronis (quae fuit prima) ab aliorum Imperatorum persecutionibus discriminavit; ut scilicet persecutionem Neronis proxime daemonei triviat, aliorum vero persecutiones spem attribuat Imperatoribus... Satis ergo credibile sit, persecutionem a Nerone excitatam, ad ipsius daemonei responso duxisse originem. p. 661 C*

²²⁰*Bestiam maris et Bestiam terrae cum dracone foederatas Ecclesiae bellum machinari... Mea autem declaratio summatim ea est: daemonei malitia et astus in Romano Imperio auctoritatem mundi et carnis sapientiam comparavit, ut cum Christiana dimicaret ecclesia, ubi primum Evangelium Gentibus promulgari ceptum est. p. 674 E.*

²²¹p. 675 A.B.

El que possa siete cabezas significa los siete montes sobre los que se asienta la ciudad de Roma. La bestia del mar indica abiertamente el Imperio romano, cuya capital idolátrica es Roma²²². La sucesión de emperadores romanos que persiguieron a la Iglesia, indica la totalidad de la persecución: el número va desde Domiciano hasta Diocleciano²²³.

Alcázar realiza una interpretación moralizante de los símbolos. A través de los conocimientos de las ciencias naturales y de la zoología, intenta obtener la aplicación simbólica²²⁴. La semejanza de la bestia con la pantera se refiere a la gloria mundana²²⁵. Los picos de oso quieren decir los bajos descos sórdidos. El rugido del león indica la crueldad de los edictos romanos contra la religión cristiana.

*Mirifice ergo in Bestia, cuius pellis pardum seu pantheram; pedes ursum; et rugitus leonem refert, Romanum adumbratur Imperium; quod suae gloriae magnitudine, delitiam ad libidinum affluentiam et edictorum in Christi Ecclesiam promulgatorum terrore Evangelium convellere et exterminare conabatur*²²⁶.

El dragón le da potestad a la bestia; es decir, le concede facultad para castigar con saña a los cristianos, y esta crueldad se ha mostrado palpablemente a través de los decretos de los emperadores romanos²²⁷.

En el curso de la persecución algunos doblaron la rodilla, prosternándose ante quien creían un dios²²⁸. La mayoría de los humanos

²²² p. 676 C.

²²³ Mostrando una enorme cultura histórica, Alcázar maneja los datos sobre la debatida sucesión de los emperadores romanos; ofrece diversas listas y éstas con diversas variantes, que el autor discute; mas el objetivo de su erudición se revela siempre icónico: insistir en la atrocidad de las persecuciones de los emperadores romanos, contra la Iglesia, p. 677 A.B.C.D.E.; 678 A.B.C.D.E.; 679 A.

²²⁴ Plinio y Dioscórides son los autores que Alcázar suela utilizar con más frecuencia. Sobre la descripción de algunas costumbres de los animales busca la enseñanza moral. Algo parecido al género literario de las fábulas, que acostumbra a cerrar con una "buena exhortación" al relato ejemplarizante de unos animales que hablan. La fuerza de estas aplicaciones deriva de los conocimientos naturales, que indudablemente posee. Resultan curiosos sus argumentos para probar la "sordidez" y bajesa del oso o la crueldad del león; abundan los ejemplos moralizantes propios de la mentalidad de su tiempo, p. 684 B.C.D.E.

²²⁵ p. 683 E; 684 A.B.

²²⁶ p. 686 E.

²²⁷ *At veto magna facultas omnia pariter includit. Hanc igitur maximam potentiam, quam daemones fecit Deus, inserendi christianos homines, statuit daemones ipse exequi per Imperium romanum. Hoc enim pacto existimabat, Christianae Ecclesiae persecutionem fore securissimum.* p. 686 C.

²²⁸ *Adorare... quando refertur ad Bestiam, denotat stultam illam reverentiam et cog-*

adoró a la bestia, excepto aquellos que están inscritos en el libro de la vida²²⁹. Todos adoraron y se sometieron servilmente a la soberbia de la vida.

Alcázar ha retratado bien la arrogancia del Imperio romano, manifiesta en su ansia de poder y su manía loca por perseguir a la Iglesia.²³⁰ Se comporta como un dios, exigiendo adoración plena. Alcázar lo ha sabido describir bien:

Quamobrem haec virtus Bzotiae a daemone collata non consistebat in rerum arcanurum praesagitione; sed in eo, quod in hominum mentibus Romani Imperii auctoritatem, amplitudinem et maiestatem maxime corroboraret; ut hac ratione idolorum cultus magis magisque aestimaretur. . . In Graeco item additur Et thronum suum, quasi daemon non praestiterit solum, ut Imperium pro maxima ac potentissimo coleretur, sed pro divino etiam²³¹.

E. La bestia de la tierra.

Una vez decodificado el símbolo teriomórfico, esta realidad bestial se refiere a la sabiduría de la carne²³². La bestia está coronada por dos cuernos; quiere significar esa amplia cornamenta el terror de sus amenazas y la severidad de los suplicios, mediante los cuales la sabiduría de la carne combate contra la Iglesia cristiana²³³.

Esta bestia de la tierra o la sabiduría de la carne, hace sentir como agradable a los hombres lo que es grato al Imperio de Roma. Se trata de la estima y la persuasión, que son capaces de hacer prodigios con tal de engañar a los humanos y que los subyuga para que adoren al dios del imperio²³⁴.

con subiectionem, quae alius quidam adorationis modus est. p. 688 D.

²²⁹Quién afortunadamente está en ese libro o quién desgraciadamente falta, éste es un problema que para Alcázar se presenta insoluble y en el que no conviene indagar ulteriormente. Pero una respuesta se veía venir. Su animadversión a los judíos le lleva hasta a desapuntarlos del libro de la vida, a tachar sus nombres de un destino de gloria. Efectivamente, así, escribe: *Nam Iudaei saltem, qui in Christum non crediderunt, non erant in libro vitae Agni descripti.* p. 690 E.

²³⁰Sólo hay que objetar a dicha interpretación que se queda en el imperio romano, no da el salto interpretativo a otros sistemas de poder.

²³¹p. 686 E.

²³²p. 692 C.D.

²³³p. 693 D.E.

²³⁴*Sensus esse possit, sapientiam carnis gentilibus persuadere zelum Imperii Romani in Christiana Religione vexanda esse plane divinum et veluti a caelo dilapsum; quod eos ad persecutionem illam nihil aliud stimulare, quam aelus honoris et cultus deo*

Hacia el final del capítulo se exhorta al lector a una actitud sapiencial. El que tiene entendimiento —afirma el texto del Ap 13,18—, debe contar el número de la bestia; porque es el número de hombre, y el número es 666. Se invita, pues, al lector que ya conoce por la revelación anterior algunas de las típicas acciones de la bestia, a decodificar este símbolo aritmético, a que no se quede en una contemplación que juega distraídamente con las letras o los números, sino a que, desde las realidades históricas que está viviendo o padeciendo, dé un nombre al símbolo, y sepa luego comportarse sabiamente.

El número enigmático de 666, corresponde —según la concepción de Alcázar— al nombre misterioso con el que torpemente se encubre el Imperio romano, esa instancia político-religiosa que con sadismo persigue a la Iglesia cristiana y se ceba fieramente en la sangre de los cristianos. Dicho número es interpretado por Alcázar como la soberbia de la vida *de afozsenia tou bioi*²³⁶.

Esta cifra, como un enigma abierto y desafiante, ha conocido las más diversas y aun disparas interpretaciones en la historia de la exégesis. Depende del código que se le imponga y de los prejuicios doctrinales en que el intérprete se mueve: la cifra está expuesta a proferir múltiples significados contrapuestos²³⁰.

Una crítica al comentario del autor a estos dos últimos capítulos tiene que reconocer el valor de sus aportaciones. Alcázar es serio en sus planteamientos y acorde con la hermenéutica profunda que le concede a todo el libro del Ap. Hay una coincidencia de fondo con cuanto

impendendi. p. 699 E.

²³⁰ Posiblemente, muy al gusto literario de la época, Alcázar realiza un verdadero derroche de cultura y de semántica. Ofrece cuatro tablas clasificatorias, en las que asigna un valor numeral a las letras y viceversa. Discute ampliamente, hasta al hartazgo del paciente lector, sobre los variadísimos intentos de solución de la famosa cifra 666. Presenta las más conocidas y variopintas interpretaciones. Algunos creen que se trata del nombre de Mahoma; otros, del Imperio turco. Los herejes creen —“lo cual es la suma inepta y va contra toda evidencia”— que es el romano Pontífice (p. 708 A.C.D). Conoce las quince interpretaciones, que del simbólico número ha hecho Viegas, las discute; y presenta, por fin, con todo lujo de consideraciones de diversa índole, gramaticales, contextuales y de coherencia bíblica, su propia interpretación, y además en su propia lengua nativa: 666 quiere decir “hispanice, la soberbia de la vida” (p.707 A). Cf para todo el problema: pp. 704-709.

²³⁶ Cf ALLO, o.c. 213: “Voici bien, de toute l'Apocalypse, le verset qui a le plus toutmené l'esprit des commentateurs, et stimulé la sagacité de beaucoup d'autres qui n'avaient aucun droit au nom d'exégètes. Il était impossible de dire toutes les divagations auxquelles il a prêté, du moyen âge aux jours les plus récents; et peut-être le mystère n'est-il pas encore entièrement éclairci”

los autores de más prestigio han considerado fundamental en la interpretación de estos símbolos teriomórficos. Existe una triga estática. Frente a Dios Padre, el Cordero y el Espíritu, tres personajes siniestros hacen su guerra, y se oponen radicalmente a Dios y a su Iglesia. Esta trinidad infernal está formada por el gran dragón, la primera bestia, la segunda bestia o falso profeta.

El gran dragón representa el origen invisible del mal en el mundo, que continuamente se reproduce, y que engendra y alimenta tantas emanaciones y concretizaciones²³⁷.

La primera bestia significa cualquier estado que va contra Dios y que se hace adorar. No es sólo el poder político en su más insana y loca ambición, el orgullo, *hybris*, del poder, que se muestra capaz de exigir sangre —vidas humanas— para seguir activo. Se trata del poder elevado a categoría teológica. Pero como en la óptica del Ap no existe más que un Dios, este poder usurpa los derechos divinos: se convierte, entonces, en poder demoníaco, que se comporta como dios, y pide adoración absoluta y control pleno sobre la libertad de los hombres²³⁸.

La segunda bestia representa la propaganda del Estado que se hace adorar; toda forma de promoción y engaño, que suplanta la responsabilidad de los hombres. Es la fuerza de esta enorme propaganda, el halago, la seducción (a veces más efectiva y sutil que la misma persecución), que logra arrancar de la libertad humana un culto idolátrico y una rendición sin reservas al poder, que no es dios, pero que como un dios quiere actuar²³⁹.

CAPITULO XIV

Este capítulo muestra una estrecha conexión con las enseñanzas anteriores del Ap, y más de cerca con el cap. previamente señalado. En el trece se indicaba cuán grande era la multitud de los que se postraron en tierra para adorar a la bestia, a saber, qué inmensa muchedumbre de hombres adoraba al Imperio romano; se trataba de una idolatría generalizada y masiva, como si el nombre de Dios hubiera desaparecido

²³⁷ Cf. B. NOACK, *Satanas und Soteria. Untersuchungen zur neutestamentlichen Dämonologie*, Kopenhagen 1948, 116.

²³⁸ Cf. H. SCHLIER, *Mächte und Gewalten im Neuen Testament*, Freiburg 1958, 36.

²³⁹ Cf. B. RICAUX, *L'Antéchrist et l'opposition au Royaume Messianique dans l'Ancien et le Nouveau Testament*, Paris 1932, 379-381.

de la tierra.

Para alentar la fe de la Iglesia combatiente, el libro del Ap presenta ahora la visión de los 144.000 en el monte Sión. Es la tropa fiel de Cristo, el feliz contrapunto frente a aquella desoladora deserción, y que pelea con denuedo en el mundo a favor de Cristo²⁴⁰.

En tres partes puede dividirse este cap.: visión en el monte Sión, proclama de los tres ángeles, cosecha y vendimia de la tierra.

1. Visión en el monte Sion.

El Cordero es Cristo, que se entregó manso en el sacrificio, pero que ahora está lleno de energía, y es ejemplo entusiastamente para su ejército, al que envía a combatir contra el imperio romano, como corderus en medio de lobos²⁴¹.

Este ejército está formado por los apóstoles y los discípulos, y también por toda la tropa reclutada de entre los gentiles fieles. El nombre de Dios y del Cordero, grabado en sus frentes, indica la confesión pública de su fe cristiana, especialmente en un mundo hostil, que perseguía a muerte a los cristianos.

Todo el relato posee un talante kerigmático. Los distintos elementos simbólicos reciben una explicación a partir de su código interpretativo fundamental: la predicación de los primeros cristianos en medio del Imperio romano. Esa resonante voz de muchas aguas es la predicación del Evangelio. El trueno es la voz de Dios²⁴², que acompaña con su potencia a la palabra de los predicadores del Evangelio. Mediante esta fuerza divina los predicadores son confortados y vigorizados. Juntas y fundidas las dos voces en una sola, resuena victoriosa la predicación cristiana en el mundo²⁴³.

²⁴⁰ *Nam centum quadraginta quatuor milia, quae testus ait fuisse in Sionis monte cum Agno; constat esse exercitum, quem coegit Christus, ut spirituale bellum Romano Imperio indideret atque inferret; illudque subigere.* p. 709 D.

²⁴¹ *Quamobrem energis plenum est, quod validissimi Agni exercitus dux sub Agni imagine atque figura conspicuus apparet. ... ut ducem strenuum in Agni tamen speciem ipse antecedere.* p. 711 A.

²⁴² *Nam tonitruus sonitus (ut vidimus cum saepe alias, tum praesertim e.) aptissime significat vim caelestem atque robur, quod Deus praedicationis Evangelicae conferebat. Illud autem imprimis erat mirandum, videlicet quo vehementior ingruerat Romani populi persecutio, eo validiores vires ac firmius robur a Deo impendi in praedicationem eorum, qui ipsius praedicationis causa distorquebantur pariter, ac trucidabantur.* p. 716 C.

²⁴³ *Deo igitur persecutioni caelestem tribuente vocem, et Evangelii praedicationem cum saepe vocis virtute copulante; resonabat simul Christiani exercitus vox (hoc est*

La promulgación del Evangelio no se realiza únicamente a través de las palabras; el martirio aparece como una sublime confesión pública de la fe. El martirio es enaltecido de manera sublime por el autor, que escribe su comentario de Apocalipsis, mirando constantemente la imagen heroica de una Iglesia perseguida y que, a pesar de los tormentos y amenazas, es capaz de confesar valientemente a su Señor.

Alcázar, en un prodigio de virtuosismo literario, hace ver, mediante reiterados y pretendidos juegos de aliteración ("distentis"- "distortis"- "contentae"), elevando el valor de su comentario a la sublime belleza de una prosa ritmada, o de una poesía de verso libre, que la tirantez de los nervios, a modo de finas cuerdas de un instrumento musical, van formando durante el martirio de los cristianos, algo así como una melodía de cítaras. El martirio se convierte en una dulce música que Dios acoge y escucha con agrado.

*Atque hoc erat canere ac pulsare ante sedem Dei; dum Deus ipse dulcissima mulcetur harmonia, quae reddatur in Christianorum nervis per crudelissimos cruciatus distentis atque distortis; chordarum instar quae in citharis contentae dulciter personant*²⁴⁴.

Y cantan un cántico nuevo. La novedad de Cristo y del Espíritu les permite entonar este nuevo cantar. Acontece ya lo que es propio del tiempo de la gracia²⁴⁵.

Esta ingente multitud de 144.000 se refiere a los fieles cristianos que han surgido tanto del judaísmo como del pueblo de los gentiles. Y han sido rescatados de la tierra, mediante una redención plena por parte de Cristo. Dicho rescate indica la perfecta liberación de las esclavitudes para llegar a la verdadera libertad que da el Señor²⁴⁶.

ipsa Christianorum hominum praedicatio) quae mirifice comparatur musicae suavissimum vocum cum citharis dulcissimis consonantium. Quae denotatur, Christianos primitivos non vocibus solum, sed etiam manibus, id est tum verbis, tum opere conversionis. p. 715 C.

²⁴⁴p. 715 E.

²⁴⁵Non item appellatur caniscum notum, quia ipsi primo recinerunt illud, sed quia in mundo fuerat inauditum, antequam Deus suum Christianae Ecclesiae Spiritum impertiret. p. 716 B.

²⁴⁶Redención que incluye no sólo "liberación de", sino "liberación para". Véase este profunda descripción: *Emerere hic non est solum proprium sanguinem effundisse: hoc enim modo pro universis hominibus Christus Iesus mortem subiit. Emptionis ergo perfectio in eo consistit, quod quis eam rem, quam emit, vel redimit, extrahit ad eius potestate, qui possidebat et in suam vendicat ditionem. Primitivos autem Christianos et homines vere spirituales dicitur Christus vere ac proprie eripuisse de terra, id est, de*

Estos siguen al Cordero a donde quiera que vaya; pues son vírgenes. La virginidad es considerada por Alcázar en sentido amplio, no restringido ni literal, sino "allegorice accipiatur"²⁴⁷.

¿Quiénes son, pues, estos vírgenes, evocados en el texto? El autor los señala:

*Omnes etiam animas puras, quae minime patiuntur violari se a concupiscentiis et pravis affectibus, sed integras se Christo reservant. Itaque; vitae atque, doctrinae integritas et perfectio pro mystica virginitate reputatur*²⁴⁸.

Interesa subrayar el método empleado en la explicación del pasaje. Alcázar estudia, en primer lugar, el ambiente alegórico de este texto. Después, la utilización bíblica de la palabra *parthenoi* "vírgenes" con otros textos paralelos y sus derivaciones teológicas. Acude asimismo a la consideración que del texto han hecho Orígenes, Agustín, Hesiquio y Fulgencio. Al final de su trayecto exegético, tras un sereno discernimiento, emite su propia valoración.

*Eratimo ergo virgines in hoc loco appellari eos omnes, qui rerum creaturarum inordinata affectione se non contaminant. Nec de illicito solum affectu loquor, sed de licito etiam atque permisso; qui tamen aliquo modo animum a divino commercio remotetur... Id quod saltem in voto praestabant omnes primitivae Ecclesiae sancti*²⁴⁹.

Son las primicias para Dios y el Cordero. Una cosecha copiosa, como era Israel para el Señor (Jr 2,3). Y aduce el autor, para fundamentar su interpretación eclesial, otros textos de la Biblia: Prov 3,9; Rom 8,23; 2 Tes 2,12. Se trata de una recolección pingüe y abundante, hecha posible por la predicación apostólica de la Iglesia:

*Iam vero si primitiva ecclesia est primitiae Christi, sequitur, uberem et copiosam messem esse universalem Ecclesiam ex Gentilitate evocatum*²⁵⁰.

R. Proclama de los tres ángeles.

terrenarum rerum cupiditate, de mundi subiectione, deque prophanis ipsius legibus, eosque transuliasse in libertatem et in regnum filii dilectionis suae; atque hoc est, eos, qui captivi tenebantur, a Christo fuisse in veram libertatem assertos. p. 716 C.

²⁴⁷p. 717 B.

²⁴⁸p. 717 B.

²⁴⁹Para todo el desarrollo de esta creencia, Cf p. 717 A.B.C.

²⁵⁰p. 717 D.

Los tres ángeles realizan una encendida exhortación, a modo de arenga, a la tropa universal de la Iglesia que rige el Cordero; pretenden excitar e inflamar el ardor de los cristianos, a fin de que su ánimo no decaiga y persistan combatiendo al lado de Cristo con lealtad.

Como existían tres principales enemigos de la Iglesia, a saber, el gran dragón, la primera bestia del mar y la segunda bestia de la tierra, estos tres ángeles forman una estupendo contrapunto a la triga satánica, en cuanto que son los defensores de la religión cristiana²⁵¹.

El primer ángel, que aparece volando en medio del cielo, como si fuese un águila, toma unas palabras del cuarto Evangelio y las grita en lo alto: "Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Jn 12,31). Este anuncio se muestra como un Evangelio feliz para todos los gentiles. Alcázar subraya el gozo que inunda a toda la tierra²⁵².

La segunda voz predice la ruina de Roma, que ha de ser destruido el imperio que combate contra Cristo y los cristianos; es decir, Babilonia tiene que ser eliminada. Babilonia, en la visión del Ap significa Roma. Así, pues, la capital de aquel imperio idólatra será arrasada por cuanto que se ha mostrado enemiga de Cristo. Y habrá de pagar el pecado de sus injusticias. Y una vez destruido el impedimento crucial, que le oprimía, la religión cristiana empezará a cobrar lozanía y se abrirá paso de manera gloriosa. Así lo han señalado Is 21,9 y Jr 51,8²⁵³. Pero es especialmente Pablo (2 Tes 3,3-7), quien hablando de la ruina de Babilonia, aplica el evento a la situación presente de la Iglesia²⁵⁴.

La tercera voz contiene una severa conminación y amenaza contra

²⁵¹ *Cum autem hostis factionis duces tres fuerint, nempe draco, bestia maris et bestia terrae; idcirco tribus haec dicitibus tres item voces angelicas per ordinem opponuntur. Prima nimiarum draconis; secunda marinae bestiae; tertia bestiae terrena. p. 718 D.*

²⁵² *Etenim ut ostenderetur frustrandas fore daemones artes, quas conceperat de suo imperio in toto terrarum orbis per idolorum impietatem roborando, nihil potuit hoc ad rem magis idoneum offerri... et mundo universae felicitatis exponitur nuntius, nempe de felicitate in aeternum duratura. Quae felicitas non eos solum attingit, qui iam Christiana secta suaeperunt et pietati ac sanctimoniae student; sed omnia etiam totius orbis nationes. p. 721 B.*

²⁵³ *Sic etiam Isaiam ac Ieremiam in aeterni sensu prophético per comparationem antiquae Babylonis, loqui de Roma aeterna, quae Christi Ecclesiam fuerat oppugnatura. Huius autem novae Babylonis ruina... non est alia, nisi Romae conversio. p. 721 E.*

²⁵⁴ Un muy extenso comentario dedica Alcázar a las palabras de Pablo. Exhorta a no menospreciar el día del último juicio, que él ve anticipado en la caída del imperio de Roma, el anticristo. El autor se pierde en detalles de erudición, y citas prolifas de poetas latinos y griegos. p. 723-726.

aquellos que se dejan engañar por la perfidia de la carne, y se convierten en desertores y reniegan, ante la dureza de la persecución, de la fe de Cristo. Los castigos son evocados por la terrible destrucción de Sodoma y Gomorra; se trata de los proverbiales azufre y fuego, símbolos de la indignación divina²⁶⁵.

3. Cosecha y vendimia de la tierra.

La recolección de la mies madura es el símbolo de la conversión de muchos hombres, que han venido desde el pueblo gentil a la fe de Cristo²⁶⁶. Esta mies, ya a punto, que amarillea en su sazón, ha costado un baño de sangre fecunda. Así aparece indicado en el siguiente símbolo que narra el Ap: la vendimia; es la sangre derramada en primer lugar por Cristo y luego, a su ejemplo, por todos los mártires²⁶⁷. Mas esta vendimia no es motivo de disminución numérica para la Iglesia, ni de temor ante el juicio, sino de triunfo y de gloria²⁶⁸.

CAPITULO XV

Este cap. trata de un nuevo género de plagas, con las cuales Dios combate contra la gentilidad, pero de muy distinto modo a como lo hizo contra el judaísmo.

Ya el primer verso condensa el contenido de la narración que abarca conjuntamente los capítulos quince y dieciseis:

“Y vi otra señal en el cielo, grande y admirable: siete ángeles tenían las siete plagas últimas, porque en ellas se consumará la ira de Dios (15,1)”.

De nuevo un signo grande y admirable, como el signo de la mujer vestida de sol y del dragón rojo (21, 1-3). Es muy admirable —comenta Alcázar— que Dios actúe de esta manera con la gentilidad y que luche contra ellos con un nuevo género de plagas; por estas plagas el Señor derrama su mística ira; con esta ira quebranta su pecado, y los

²⁶⁵También para esta proclama busca Alcázar una fundamentación bíblica; acude a 2 Po 2,6; Jds 6a *Quod vero in hisce epistolis de novissimis temporibus asseveratur, ad primitivas etiam Ecclesiae tempora referendum est; ita ut novissima tempora, iuxta sacrae Scripturae phrasim, de tempore legis intelligantur.* p. 730 C.

²⁶⁶*Nihilominus mihi certum est, per messem in hoc loco denotari ingentem fructum, quem suis concionibus collegerunt Apostolici viri, quos Deus ad praedicandum Gentibus misit; hoc est, iderrimam animarum segtem et copiosissimam Gentilium conversionem.* p. 738 E.

²⁶⁷p. 742-743.

²⁶⁸p. 744-745.

pecadores son liberados de su tiranía²⁵⁹.

El cap. está marcado por la presencia en él del cántico de Moisés (vv.2-4). Importa conocer la interpretación propia de Alcázar sobre dicha pieza. Este cántico adquiere un sentido místico²⁶⁰. Igual que Moisés condujo a su pueblo por en medio del mar, el Cordero es el guía que conduce a su Iglesia por el mar de la gentilidad y los envía como corderos en medio de los lobos. El paso por el mar indica el feliz ingreso de la primitiva iglesia en la gentilidad. La inmersión y la muerte del faraón alude a la devastación de la Jerusalén rebelde. El temor de los idumeos y moabitas indica el temor de todos aquellos que tratan de oponerse todavía a la Iglesia y al Evangelio²⁶¹.

Hay que subrayar el sentido "místico" que Alcázar concede al cántico de Moisés. Cada uno de los personajes y acontecimientos, en él relatados, adquieren una fuerza que sobrepasa con creces a la mera alusión literal e histórica. Y así, el autor refiere una larga serie simbólica. Moisés representa a Cristo. El mar es la gentilidad. El paso del mar significa el ingreso del Evangelio en la gentilidad. El faraón y su ejército indican el judaísmo rebelde. Los vencedores son el Israel místico, a saber, los predicadores del Evangelio. Incluso, los idumeos se prolongan en los adversarios del Evangelio.

Se trata de una interpretación tipológica del relato. Y es preciso valorar su importancia y aunar su indudable mérito en el ya acaudalado haber de Alcázar²⁶².

CAPITULO XVI

Trata de las siete plagas dirigidas contra la gentilidad. La voz que se oye, emergida del templo, designa un decreto del cielo y también

²⁵⁹ p. 749 A.

²⁶⁰ *Quippe unum, idemque canticum nuncupatur Moisis et Agni; et quia ex ipso contextu mox apparet, quod victores concinant, non esse ex ipsa Mosaici cantici verbis depromptum; sed alia afferri verba, quibus mysticus antiqui cantici sensus comprehendatur. Atque ita nomen Moisis hic mystice accipitur, sicuti nomen Agni; et in utroque designatur Christus.* p. 758 C.

²⁶¹ *Praeterea, quod in Moisis cantico dicitur de Idumaeorum et Moabitaram perturbatione, facili negotio applicatur ad Gentium terrore ab clarissimas victorias, quas nos Martyribus Deus conferebat.* p. 758 E.

²⁶² El autor se pregunta reiteradamente sobre el valor de su interpretación; si posee sentido literal o místico. Realiza una inmersión a fondo en ciertos textos bíblicos; cotaja la explicación de diversos exégetas; finalmente, emite la opinión que ya ha expuesto con anterioridad. (p. 757 C.D.E.) En todo el proceso de investigación no se puede sino admirar la seriedad y lucidez de su comentario.

se refiere conjuntamente a los decretos emanados de los concilios de la Iglesia, a fin de promulgar con la suma autoridad el Evangelio a los gentiles²⁶³.

El capítulo habla principalmente de la guerra mística de la gentilidad contra la predicación del Evangelio. Esta conciencia tuvo un protagonista y un escenario reconocido en la ciudad pagana e idólatra de Roma. La guerra está representada en las siete copas o plagas.

La primera plaga refiere toda la confusión y dolor, en donde los gentiles fueron acusados por sus crímenes e infamias. El efecto consistió en la renovación mística de aquella dura plaga de Egipto, que provocó tantas heridas. Los gentiles a duras penas la soportaron; se llenaron de rabia y furor, y se vieron escarnecidos por sus pecados destestables y atroces²⁶⁴.

Y a esta primera plaga alude el apóstol Pablo, el cual la describe a grandes y sombríos rasgos, como refiere en su primer capítulo de la carta a los romanos (Rom 1,18)²⁶⁵, "ubi mira efficacitate eorum revincit insipientiam, idololatriam, et nefanda ac detestanda flagitia; ac demum illos aeterno supplicio dignos ostendit. Notum autem est quod attinet ad mundum de scelere arguendum, ut Dei gratiae necessitas magis elucescat".

La segunda plaga figura de alguna manera a la predicación del Evangelio²⁶⁶. Esta promulgación de la enseñanza cristiana provocó la irritación de los emperadores romanos. Fue la ocasión de una terrible persecución contra los predicadores del Evangelio²⁶⁷.

²⁶³ *Hic ergo praestitutus; Vox magna de templo, quae ad septem Angelos facta est, non solum denotat praecceptum Dei Opt. Max. in Christianae Ecclesiae templo, et in eius throno sedentis; verum etiam Apostolorum decretum in eorum concilio sancitum de Evangelio Gentibus promulgando, deque mystica Romani Imperii expeditione aggredienda. Ut autem significetur et maximum rei momentum et maximum summi quod viris Apostolicis de caelo ad eum cogitationem affulsit; appellatur vox magna, quae septem Angelis (id est Evangelicae praedicationis ministris) indixit, ut phialas in terram diffunderent. p. 770 C.*

²⁶⁴ p. 771 D.

²⁶⁵ *Revelatur enim ira Dei de caelo super omnem impietatem et iniquitiam, etc. p. 771 A.*

²⁶⁶ p. 772 C.D.

²⁶⁷ *Ut autem gradum iam ad mysterium in his verbis inclusum faciamus; ad secundam hanc plagam spectat crudelissima Romani Imperii persecutio adversus Evangelii concionatores suscitata. Cum vero per mare Gentilitas figuratur; ad cruentae persecutionis symbolum nihil potuit aptius effingi, quam mare universum sanguineo colore fuisse tinctum. p. 773 B.*

Esta persecución se saldó con una multitud de mártires; y ese baño de sangre está figurado gráficamente en el color rojo, *sangre del mar*²⁶⁸.

La tercera plaga provocó una guerra civil e intestina, hirió gravemente a los mismos perseguidores. Éste es el significado de la sinécdoque cósmica, el sorprendente hecho de que los ríos y las fuentes se convirtieron en sangre²⁶⁹.

Todo ello, sin embargo, redundó en gloria de Dios, puesto que un gran número de infieles se adhirieron a la fe. Estos dos ángeles son Moisés y Elías; es decir, la sabiduría y la santidad de los predicadores del Evangelio, que, después de todas las penalidades, se alegran y exultan por la eficiencia de esta plaga, y cantan agradecidos las alabanzas al Señor²⁷⁰.

La cuarta plaga prosigue todavía los efectos de la predicación del Evangelio, y muestra admirablemente cómo la luz del Dios verdadero ofusca por su claridad la fatua falsedad de los dioses paganos y hace descubrir el engaño en que vivían los gentiles²⁷¹. Cuanto más obstinados estaban, más eran sorprendidos en sus mentiras. Esto quiere significar profundamente el misterio del esplendor y de la claridad del sol, que los hirió hasta tal punto, que los quemaba con su fuego²⁷².

La quinta plaga representa la mayor progresión de la predicación del Evangelio. Éste se dirige contra la pertinaz rebeldía y obstinación de los que adoran dioses vacíos y sin consistencia, y permanecen todavía en sus depravados crímenes. Su existencia es una burla contra la vida intachable de los cristianos. Para ellos hay tinieblas totales²⁷³. La

²⁶⁸ Quare, si mysticum bellum mari datum ad spem sanctificationem ordinabatur; recte consonat, ut Martyrum sanguis misceretur cum ventilitatis mari; nam sanguis aquas admistus tandem sanctificat. p. 773 E.

²⁶⁹ Ad intentum huius belli representationem eleganter fontes et flumina inquit dicuntur fuisse tincta. Illud enim hic significatur: persecutorum scilicet calicem ab eorum etiam persecutoribus fuisse potatum. p. 775 B.

²⁷⁰ At vero in tertio hac plaga primatiae tantum huius fractus vitas Apostolicas in hunc atque Elys figuratos magnopere oblectant et exultant: et tam sporum cupientia, quam diuini utraque aeterni in Gentilium conversione atque martyrio mirum in modum exultant atque triumphant. p. 775 E.

²⁷¹ p. 778 D.E.

²⁷² p. 779 E.

²⁷³ Ego tamen cenam non hic directe uti de eorum ignorantia, qui deorum falsitatem non agnoscebant; sed de caecitate illorum, qui postquam sub lucem aspexerant, hoc est, postquam se vera Deo iustis mundi machinae opifice convicti erant; sedant adhuc delicturos, dum non odio persecuebantur, quos propter doctrinae et sanctitatis splendorem ibijere maxime deberant. p. 780 B.

murdredura de sus lenguas indica que sus pasiones desordenadas fueron la causa; pues sus lenguas, órganos sonoros concedidos por la providencia, no las emplearon para alabanza de Dios, sino para proclamar con alarde sus propios crímenes²⁷⁴.

La sexta plaga continúa aun en el progreso de la predicación del Evangelio; ya que penetra ahora en los recintos íntimos de Roma, en las casas de los más nobles y en los palacios de los senadores. Esto es lo que pretende significar la invasión de la mística Babilonia, manifestada en el secamiento del río Eufrates²⁷⁵; a saber, en el amor propio, la propensión a las delicias y voluptuosidades de la vida. En muchos de los más ilustres romanos, estas fuentes de pecado se secaron para siempre²⁷⁶. Enseña, pues, esta plaga que la predicación de los apóstoles Pedro y Pablo, sellada con la sangre de su martirio, se convirtieron en victoria que invadió lo más interior de Roma²⁷⁷.

La séptima plaga indica que la predicación del Evangelio crece más y más, de manera arrolladora e incontenible. Cuando se concede la impunidad a los cristianos y de manera pública, ya sin ningún obstáculo, entonces puede profesarse el culto de la religión cristiana²⁷⁸. Esta plaga manifiesta la conversión de toda Roma. El gran terremoto señala el gran cambio que se ha operado: el furor de la persecución se ha mudado en una manifiesta y pública confesión de fe²⁷⁹.

²⁷⁴ *Aptius tamen est, ut per hanc linguarum moram et compressionem significetur, quantenus Ethnicis admirabilem Christianorum sanctitatem quasi manibus contractarent; eos tamen linguas comprimere, ne Christi divinitatem in aulis servis conspicuam faterentur, ob vehementem iracundiam, qua ipsi correpti efferatique erant; quaeque illos multos redderet et clingua, p. 780 G.*

²⁷⁵ El autor se extiende en largas digresiones acerca de la historia del secamiento del río Eufrates, y de cómo los reyes Ciro y Darío, pasando a través de su cauce seco, ocuparon Babilonia. Esta historia es profguración de acontecimientos posteriores; principalmente, la conversión de Roma. p. 782 C.D.; 783 A.B.

²⁷⁶ *Euphratem esse symbolum aptissimum ad significandum torrentem rapidissimum superbiae, deliciarum atque opum, et forte etiam humanae sapientiae et eloquentiae, quibus Romani circumstuebant, p. 784 A.*

²⁷⁷ *Ac postremo in mystica hac Romae invasione quis non videat, quam apte et congruenter excogitetur fidelis exercitus dux et imperatores praecipuos fuisse Petrum et Paulum, quibus Regum Orientalium nomen meritissime tribuitur?, p. 784 E.*

²⁷⁸ *Dici etiam potest per hanc vocem e throno procedentem figurari notitiam, quam B. Sylvester Pontifex Summus toti Ecclesiae tradidit de Constantini Imperatoris decreto; quo se Christianum publice professus est, et templa in Iesu Christi honorem erigi imperavit, p. 792 D.*

²⁷⁹ La cruz, que fue antaño objeto de burla y de vergüenza, reina ahora por encima de todos los tronos de reyes y emperadores; la humildad de la predicación del Evangelio es exaltación; la fe da frutos de conversión. Los gentiles, por fin, creen

La óptica con que contempla Alcázar este capítulo de las plagas es aceptable y original. No se trata de una descripción de horrores, —como habitualmente se tiende a hacer—, sino de la marcha creciente del Evangelio. Paso incontenible de la fuerza de Dios, que va destruyendo todo cuanto a su potencia se opone. Las plagas tienen sentido como conatos de impedimento al triunfo del Evangelio; en vano intentan los hombres resistir el poder invencible del Evangelio. El autor realiza una actualización del dato revelado; no lo refiere a efímeros acontecimientos del pasado, ni a eventos intemporales, sino a una historia concreta y ya vivida: la conversión de Roma. Ha quitado de su comentario los aspectos intrínsecamente negativos y horriblos del relato, y ha hecho ver, en su lugar, cómo el Evangelio de Cristo se desarrolla con pujanza, avanza y penetra hasta en lo más interior y sagrado de Roma. Con la conversión del Imperio romano a la fe de la Iglesia cristiana, esta carrera del Evangelio se convierte en marcha gózosa y triunfal.

CAPITULO XVII

El ángel que muestra a Juan el suplicio que va a sobrevenirle a Babilonia es el apóstol Pablo²⁸⁰. Babilonia se refiere a la Roma pagana²⁸¹. Se dice que Roma se inatala sobre muchas aguas; es decir, este asentamiento indica su dominio sobre todas las provincias del imperio, pues "las muchas aguas son muchos pueblos"²⁸².

en Cristo, el Salvador del mundo. Es el triunfo de la Iglesia. p. 793 A.B.

²⁸⁰ *Primae autem phalar mysterium non fuit aliud, quam Romanos de suis sceleribus arguere; et eos per huiusmodi praedicationem hereticum aique pudore afficere. Quis in se illud inprimis respectum fuit, quod Paulus de hoc argumento ad Romanos I eloquentissime tractat.* p. 803 D.

²⁸¹ El autor estudia en una larga disertación la significación de Babilonia en estos dos capítulos. Fiel a su método exegético, recoge las diversas opiniones de los antiguos y clásicos comentadores del Ap. Discute tres acepciones del término. Al final emite su sentencia: *Verissima ergo interpretatio est, per Babilonia nomen in Apocalypsi designari antiquam Romam ethnicam, quae Christi Ecclesiam exagitabat.* p. 802 A. El autor se apoya en un argumento de autoridad, que los más importantes comentadores reconocen: *Quare pro nostra expositione sunt plusquam viginti auctores; et inter eos plerique primae notae, ut Tertullianus, Hieronymus, Apringius, Paulus Orosius et alii.* p. 802 B.

²⁸² *In mystico autem sensu aquae multae, (ut toties inculcavimus) populos multos significant. Sedere vero super aquas multas, non aliud est, quam multis Gentibus ac populis dominari: sicut ingens aliqua civitas super flumen sive ad flumen aedificata eiusdem fluminis est domina.* p. 807 D.

La fornicación de la que el texto habla, ha de ser entendida en sentido espiritual; indica la inútil superstición de los ídolos, la pagana idolatría²⁸³.

Los reyes de la tierra, a saber, los emperadores y los senadores y los restantes príncipes, han cometido torpemente actos de fornicación con Roma²⁸⁴.

El cáliz de la fornicación del que está embriagada la tierra, quiere decir el furor con el que los ídólatras perseguían a los cristianos²⁸⁵.

El desierto, donde Juan ve a la ramera, se refiere a la gohtilidad²⁸⁶.

La bestia está vestida de color rojo, este simbolismo cromático indica que el Imperio romano se ha manchado del todo - es ése el color característico de su vestimenta- con la sangre de los mártires²⁸⁷.

La embriaguez, de la que habla Juan, no es otra cosa sino las manías persecutoria contra los cristianos. Juan se admira de que sea tanta la ceguera, la locura de los hombres²⁸⁸.

La bestia del mar significa el imperio romano, en cuanto que ha perseguido con crueldad e insania a los cristianos²⁸⁹.

Los siete reyes son aquéllos en los que Roma está asentada. Estos siete reyes no representan a todos los emperadores romanos, sino sólo

²⁸³ Con notable competencia, el autor se refiere a los textos más explícitos de los profetas, donde es patente la identificación entre las palabras fornicación e idolatría: Is 23,15; Jr 2,20; 3,1; Ex 16,15; Nah 3,4; Miq 1,7. p. 807 C.

²⁸⁴ *Cum idolatria in sacris Leteris fornicatio; idolatrix civitas, meretrix nominetur; manifestum est, qui se in idolorum cultu ad Romae consuetudinem conformaret, perinde esse, quasi ad spiritalem fornicationem cum ea coiret.* p. 807 E.

²⁸⁵ Parecida expresión sale en Ap 14,8; 14,10 y 16,13. El autor hace una breve exégesis de cada uno de los textos y también de Prov 23,31. Al final se decanta: *Magis tamen placet, ut mystica ipsa fornicatio per calicem prostitutionis designetur, et calix ipse vocetur calix irae. Siquidem idolorum cultores in Christianos acerrime invehantur; eorumque furor ac rabies in ipsa nitentur idolatria.* p. 808 C.

²⁸⁶ p. 808 E.

²⁸⁷ *Et forte ad denotandam Martyrum innocentiam et gloriam, ipsorum sanguinis tribuitur coloris coccinei nomen, quod est symbolum rei illustris ac regalis; atque hic fere est sanguinis Agni color. Et quamvis vestiri coccino ad delicias fastumque pertineat; hic tamen vestimenti color in Bestia non est deliciarum argumentum, sed caedis et internecionis, quam in Christi agnis fecerat.* p. 809 E.

²⁸⁸ *Deinde Ioannes non propterea miratur, quod magni admodum Romam ethnicam faceret; sed quia insanientem illius stultitiam, tamquam rem novam et insolitam admirabatur. Terrigenas vero admirantur proptus Romani Imperii Ethnici superbiam et magnitudinem, quod in tanta rerum affluentia Christianam Religionem non possit superare.* p. 811 E.

²⁸⁹ p. 812 D.E.

aquellos que desde Nerón, el primero en el tiempo y en atrocidades, persiguieron a la Iglesia²⁹⁰. El emperador Juliano, el apóstata, hace el número octavo²⁹¹.

En los diez cuernos hay que ver la representación de los senadores. Las persecuciones contra la Iglesia provenían no sólo del emperador romano, sino de todos los principales jefes políticos, a saber, los senadores, cuya autoridad máxima era el senado²⁹².

A pesar de la fuerza y potencia de los senadores, mucho mayor se ha mostrado la fortaleza y el vigor de Cristo, de tal manera que la Iglesia ha podido triunfar sobre los senadores, logrando que se conviertan a la fe²⁹³.

Por fin y a modo de conclusión de todo este abigarrado y tortuoso capítulo, se dice, en clara relación con los primeros versos del mismo, que esta ramera, origen infectado de maldad en la historia, no es otra sino la gran ciudad de Roma, la Roma pagana que ha perseguido a la Iglesia y ha derramado en su suelo tanta sangre inocente de cristianos²⁹⁴.

CAPITULO XVIII

El ángel de gran potestad se refiere al apóstol Pedro; éste utiliza en su primera carta el nombre de Babilonia para designar a Roma. Los vaticinios de Isaias y Jeremías, que hablan de la ruina de Babilonia, han de ser entendidos en su principal sentido, a saber, aplicados a la Roma étnica²⁹⁵.

Ese ángel poderoso habla con dignidad, porque actúa como vicario de Cristo; su voz y su enseñanza son de carácter celestial, por eso se dice que baja del cielo. Su esplendor que ilumina la tierra proviene de

²⁹⁰ *Et qui cecidit, non omnes Imperatores ethnico considerari tamquam Bestias huius capita, sed eos duntaxat, qui peculiare Ecclesie bellum indixerunt; qui quidem apte reducuntur ad septem.* p. 813 B.

²⁹¹ p. 813 D.

²⁹² p. 814 D.E.

²⁹³ *Hoc est, illi quidem prius Agno infensi atque infesti peracre bellum ipsius famulis indicent. Agnus tamen de illis gloriosissime triumphabit. Agnus vincet illos, et suavi Catholice Religionis iugo subiciet, (de hac enim imprimis victoria Agnus ipse gloriatur). Nam si illi potentes erant; multo adhuc potentior est Christus, cui dum fauces submittent, vere Reges erunt ac domini... Qui vero eius partes sequuntur, illosmet Deus regit.* p. 815 C.

²⁹⁴ p. 817 B.C.D.

²⁹⁵ p. 818 D.E.

aquella confesión de fe en la divinidad de Cristo: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Y Cristo, respondiéndole, le constituyó príncipe y cabeza de su Iglesia. Aquella confesión y dignidad, con que el Señor revistió a Pedro, llena de asombro y esplendor la tierra entera²⁹⁶.

Se dice que Babilonia quedó hecha habitación de demonios y de malos espíritus. Se refiere al tiempo anterior a la conversión; lo que era previamente morada de demonios, quedó convertida en domicilio de ángeles y del mismo Dios²⁹⁷.

Se dan tres razones por las que ha venido la ruina a Babilonia.

-Porque todos las gentes bebieron del vino de la ira de su fornicación.

-Porque los reyes de la tierra fornicaron con ella.

-Porque los mercaderes de la tierra se hicieron ricos con la opulencia de sus riquezas (18,3).

En estas tres causas de destrucción se pone de manifiesto que Roma se sirvió de todos los medios a su disposición para malograr la fe cristiana: la guerra²⁹⁸; la idolatría entendida como espiritual fornicación²⁹⁹; el comercio, el afán del dinero y el valor de las riquezas, como poderoso reclamo y captación que subyuga ciegamente a los

²⁹⁶ El autor se extiende en detalles, sin que lo exija mayormente la importancia objetiva del texto, en subrayar la dignidad del Pedro, pontífice y vicario de Cristo. El texto no pedía tanta explicación, pero sí el contexto vital, la época del autor, que encontraba un sólido apoyo en aquella historia. Entresacamos sólo algunos fragmentos antológicos. *Nunc angelum esse Petrum Apostolum, satis iam ex superioribus constat, atque ad eius excellentiam et primum digne expendendum, omnino necesse, quae verba possent magis opposita praeferri, quem ut angelus magnae potestatis et auctoritatis vocaretur. . . ubi manifesto liquet, non esse sermonem de communi potestate Apostolorum tradita, sed de singulari illa et excellentissimo pontificatus summi auctoritate Petro collata. . . iam, quod dicitur de caelo hic angelus descendere, pertinet ad, quasi de Petro, quatenus summo Pontifice et Christi vicario, instituitur sermo. Haec enim dignitas prorsus coelestis atque divina. p. 820 A.B.*

²⁹⁷ p. 821 A.B.

²⁹⁸ *Et quamvis bellicus furor illis gravis ac molestus non esset; maximae tamen crudelitas genus est, omnes Imperii provincias bellici tumultus igne accendere; atque id videtur esse calicem irae omnibus propinare, id est bellico inflammare furore. p. 822 C.*

²⁹⁹ *Est porro observatione digna indignitas ipsa, quam praesertit haec metaphora de regibus terrae turpi concubitu addictis infami meretrici, quae se infimis quibusque hominibus solet prostituere. In hac enim loquendi ratione innuitur eorum vitiositas et abiectio, qui cum summi aliouquin ac praepotentes sint, in religenda tamen Dei religione et cultu, nihil adhuc speciosius aut sublimius meditentur, quam quod vulgus rude et imperitum: id quod attribuitur efficacissimo lenocinio atque pellaciae meretricis, cui nomen Babylon. p. 822 E.*

lumbres³⁰⁰.

La voz que se oye: "Salid de ella pueblo mio para no ser partícipes de sus pecados y no recibir sus plagas" (18,4)³⁰¹ se refiere a los cristianos que hasta entonces vivían inmersos entre los paganos; los exhorta a no ocultarse por más tiempo, y a confesar públicamente su fe. Pues en su tardanza y simulación corren el peligro de verse inducidos a comulgar con la misma idolatría de los paganos y a recibir los mismos castigos³⁰².

Es la predicación del apóstol Pedro, quien designa a Roma con el nombre de Babilonia³⁰³.

Los cristianos, animados por este anuncio, que ya presagiaba que los crímenes de Roma habían llegado al límite de su maldad, confiesan su fe y entregan por Cristo su propia vida. Con esto, también llega a su fin la paciencia de Dios contra esta ciudad idolátrica y asesina.

Se oye una voz de castigo: "Devolvedle el doble de como ella os ha dado, y pagadle el doble según sus obras; en el cáliz que ella os dio a beber, dadle de beber el doble" (18,6). Este verso —opina Alcázar— debe ser entendida en sentido metafórico. Si grande y vehemente fue el celo de Roma contra los cristianos, mayor y más ardiente debe ser el afán de los cristianos por abolir la idolatría y extirpar los vestigios de toda impiedad³⁰⁴. Que la soberbia y el fasto de Roma se reduzcan a penitencia y humillación, de tal manera que la ciudad pecadora compruebe la esterilidad a que conduce ser adoradores de ídolos falsos³⁰⁵.

³⁰⁰ Alcázar analiza la expresión *de virtute deliciarum eius divites facti sunt*, tomada en su acepción latina y griega, y se decide por una palabra española: "el valor". *Sed Hispania etiam est, nos enim eodem omnino voce et epregram hominibus virtutem et mercatum pretium ac valorem significamus. Nam utrumque Hispania denotat hoc nomen, El valor.* p. 822 E.

³⁰¹ El autor recuerda las apariciones de esta primera expresión en la Biblia: Is 48,20; 51,6-45; Zac 2,7. Luego realiza una valoración de las principales opiniones de los autores más representativos. Su comentario se mueve con firmeza.

³⁰² p. 824 D.E.

³⁰³ p. 824 B.

³⁰⁴ *Quod si irae calix, quem Babylon Gentilibus propinabat, indicat, illam eis indignationis ac furoris igniculos admovere, eosque inebriari adversus Christi sectatores; miscere illi duplum, non aliud erit, quam Evangelii praedicatione Romam impellere, ut indignatio contra idolatriam et eius evertendae zelus, sint duplo maiora, quem furor ac rabies, quibus antea Gentiles in Ecclesia inflammabant.* p. 826 D.

³⁰⁵ *His addi potest, qui adhuc in sua superstitione remanerent, tantum eos deinceps confusionis atque doloris hausturos, quantum hauserant prius voluptatis atque triumphí, quando Christianos persequuntur.* p. 827 B.

Viene luego un llanto universal, provocado por la caída de Babilonia. Lloran y se lamentan los reyes de la tierra, los navegantes del mar, los mercaderes de la tierra. Ya no habrá en ella más tesoros. Sus ayes se mezclan con los alaridos de dolor. Ya no existe la ciudad codiciada. En una hora ha quedado desolada³⁰⁶.

No permanecerá de ella recuerdo ni vestigio. Se hundirá en el mar, igual que se hunde una piedra grande en las profundas aguas. Con ese ímpetu será arrojada Babilonia, y ya nunca más será encontrada³⁰⁷.

En Roma —al menos para la peculiar concepción de Alcázar— se concentra toda la maldad que ha ocasionado la muerte de los mártires: “En ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos, y de todos cuantos han sido degollados en la tierra” (18, 24)³⁰⁸.

Cuantos vaticinios y fatídicos presagios se dirigían contra Babilonia —todo el cap. es una elegía por la caída de la ciudad autosuficiente y orgullosa—, Alcázar los ve ya realizados en la Roma imperial, la que cometió el mayor crimen: derramar la sangre de los cristianos. Su interpretación se dirige de manera expresa y contundente a la ciudad de Roma. Posee el valor de la concreción histórica: darle un nombre preciso a esa mítica ciudad de Babilonia; mas tiene la desventaja y el desvalor de quedarse confinado para siempre en Roma. Su interpretación es histórica, sí, mas con frecuencia reductivamente historicista.

CAPITULO XIX

Este capítulo trata del gozo de la Iglesia cristiana por la conversión de Roma, del Imperio y del pueblo romano.

El cap. se abre con la proclama de cuatro solemnes aletuyas³⁰⁹.

³⁰⁶ Alcázar hace una interpretación moralizante de estas tres categorías de hombres: los reyes, los mercaderes y los navegantes; en cada una de ellas ve tipificado un grave pecado. *Superbis ipitur in superbis tetrae regibus; avaritia in mercatoribus lucra inhiantibus; luxuria in vilibus atque obiectis hominibus (quodammodo turba nautica esse solet) apprimé figurantur.* p. 329 E.

³⁰⁷ Quere decirse que la idolatría se extirpará de Roma para siempre. *Apissime nunc post gratulationem Apostolis et Evangelicis ministris factam, subiungitur, mysticam hanc ultionem fore aeternam; propterea quod Romana civitas nunquam cesset ad idololatriam vomitura revesaura.* p. 333 C.

³⁰⁸ *Non solum Romanam in divino iudicio fuisse conceptam tanquam praecipuam Martyrum in ea occisorum auctricem; sed Martyrum etiam omnium, quolquot per totum terrarum orbe necatantur; quia universae huiusmodi ecclesiae Romae quibus imperio, auctoritate, exemplo, aut saltem libito fcedant.* p. 335 D.

³⁰⁹ Alcázar realiza un minucioso estudio de discernimiento y de crítica textual, a

Esta cuádruple reiteración indica la alegría pública y general de la Iglesia, que salta de gozo por la acogida de los gentiles a la fe de Cristo. Esta conversión ha sucedido tras la conversión de Roma³¹⁰. Es un canto todo él, pletórico de aléluyas; con sus notas la Iglesia cristiana alaba a Dios merced a la preclara victoria conaeguida sobre Roma. Dios es alabado por su magnífica providencia³¹¹.

La primera alabanza indica el conocimiento de la fe de aquella ilustrísima hazaña³¹².

La segunda celebra la glorificación divina a causa de las obras y de la vida cristiana; por eso surge como una alabanza duradera y eterna³¹³.

La tercera es la que ofrecen los ministros de Dios, a saber, los sacerdotes y predicadores, mientras cumplen valerosamente sus deberes³¹⁴.

fin de identificar la lectura legítima de estos primeros seis versículos del capítulo. Repasa las opiniones de Ambrosio, Beda y Haymo. Hasta cuatro variantes distintas se ofrecen ya en el verso inicial: *turbatum, turbam, turbae, turbat*. Repasa las versiones de antiguos códices griegos, la lectura de un código de Levalde, y la novísima edición vaticana. Indaga a través de estas diversas lecturas el primitivo sentido, que es el que ofrece a los lectores. p. 837 A

³¹⁰ *Verum exordium auidetur ex quadruplici Alleluia; quibus significatur laetitia atque uoluptas, quam uniuersa Ecclesia ex Gentium subiuptione, ad est ad Christi fidem conuersione, percepit.* p. 836 B.

³¹¹ *Existimabit quispiam in eis quasi proaeipuum scopum intendi quatuor principalia diuinae providentiae attributa; nempe Virtutem, Beneficentiam, Aequitatem, Sapientiam. Potest enim non inepte considerari, quatuor haec attributa in mystica Romae conflagratione cumprimis excelluisse; atque adeo congruens valde esse, uti Deus commendetur propter quadruplicis huius attributi gloriam et excellentiam, quae in eo opere elucescit.* p. 837 D.

³¹² *Primum alleluia indicat laudem, quam Deo fideles deferrebant eo ipso, quod admirandi illius operis a Deo in Romae victoria gesti amplitudinem et excellentiam recognoscerent. In huiusmodi explicatione facile cerni potest quam congruenter cohaereat, ut prima laus contineat cognitionem puriter ac confessionem illius ingentis beneficii in Ecclesiam collati. . . Deinde in his uerbis salus, gloria et uirtus Deo, tria perstringuntur adnotatu dignissima et beatissimae Trinitati gloriosissima.* p. 838 E.

³¹³ *Quibus uerbis indicatur, ex hoc secundo Alleluia redundare fumi ex Babylónico incendio erumpentis perpetuitatem. . . Et uero integra ac sancta Romanorum uita post Christianam Religionem susceptam, efficit, ut illius ignis gloria perpetuo duret. . . Hoc autem insigne beneficium pollicetur Deus, dum confirmat, fumum eius in saeculorum saecula ascensurum: alioqui uera Religio neuiquam Romae duraret, si uitae sanctitas inibi omnino deficeret.* p. 839 C.D.

³¹⁴ *Sequitur tertium Alleluia; et laudem sane tertiam illam esse diximus, quae immortalis Deo fuit Missae, concionibus et diuinis officiis decantata. . . Quis autem non uideat, quo tempore illustrissima illa de Romano populo uictoria fuit parata, copiosam sacrificiorum multitudinem pro gratiarum actione a nostris sacerdotibus fuisse Deo oblatam;*

La cuarta, por fin, recuerda el celo universal en favor de la conversión de las almas. Los hijos de la Iglesia trahajaron con denuedo por la conversión del todo el mundo³¹⁵.

Estas cuatro alabanzas están inspiradas en veinte salmos y entrelazadas de sus pasajes. Existe coincidencia entre el argumento de estos salmos y la presente doxología del Ap: la alegría de la Iglesia cristiana por la conversión de la gentilidad³¹⁶.

Se habla a continuación de las bodas del Cordero. Estas sagradas nupcias entre Cristo y la Iglesia siguen en el tiempo a la destrucción de Babilonia -Roma-. El incendio de la ciudad propició la conversión de la Roma étnica a Cristo. El contexto de todo el cap. apremia a mirar en esta esposa la realidad de la Iglesia romana, la que es cabeza de las demás Iglesias³¹⁷.

nee minorem concionum numerum ab Evangelicis concionatoribus habitum; ut fideles cohortarentur ad debitas pro tanto beneficio gratias divinae clementiae agendas. p. 839 D.E.

³¹⁵Cristo, una vez subido al cielo y sentado a la derecha del Padre, derramó el don de su Espíritu santo no sólo sobre los apóstoles, sino sobre todo el pueblo de los fieles cristianos, y éstos, llenos del fuego del Espíritu, predicaron y procuraron que se conociera el nombre de Dios en toda la tierra, trataron de dominar con eficacia las diversas naciones. *Nam Alleluia sonat laudate Deum. Quae autem huiusce laudis redditur ratio, ea est; Quoniam regnavit Dominus omnipotens. Quod non aliud est, quam si diceretur Deum se Regem declarasse eo ipso, quod vana idolorum superstitio ex Romana urbe fuit expulsa, et Gentes ac nationes Deo ipsi subiectae fuerint. Ex eo vero, quod Deus in terrarum orbe per suam fidem, ac religionem imperitet; summopere ipsius servi laetantur, et ad eius gloriam omni virum contentione procurandam sese excitant.* p. 840 C.

³¹⁶Alcázar hace notar que en ninguna parte de la Escritura, a no ser en los salmos y en el libro de Tobías (13,32), se encuentra esta expresión del Alleluia. Se dedica a investigar en los salmos y encuentra, tras laborioso examen, que existen veinte piezas salmódicas, que hablan explícitamente del aleluia. *Nihilominus existimo, quatuor huius capituli Alleluia referri ad omnes illos viginti Psalmos.* p. 841 B. Estos salmos, según la enumeración por él adoptada y que corresponde a la Vulgata, son los siguientes: 104; 105; 106; 110; 111; 112; 113; 114; 115; 116; 117; 118; 134; 135; 145; 146; 147; 148; 149; 150. De cada salmo ofrece un epígrafe, sintetizador de su argumento. Después, en una casi interminable disquisición (p. 841-846), el autor se pone a establecer un orden y jerarquía interior entre los mismos salmos, para justificar una conexión con los cuatro aleluyas del Apocalipsis. Crea múltiples objeciones, luego las arguye con perspicacia. Su procedimiento resulta alambicado, tortuoso. Su manejo del texto bíblico es brillante. Mas tanto prurito de investigación en el detalle, nos lleva fuera del argumento concreto del Ap.

³¹⁷Alcázar, fiel a su interpretación fundamental del Ap, refiere al triunfo de la Iglesia romana estas nupcias. *Ex eo enim, quod Ecclesia Christiana ethnicam Romam triumphaverit, et in nova Roma verae fidei et sanctitatis splendor per publicam religionis Christianae professionem effulserit: hinc inquam, tanquam ex fonte atque origine*

Fueron unos desposorios célebres y memorables, cuando por fin la Iglesia cristiana pudo ver la luz, siendo declarada su religión pública y oficial. Consiguio con ello el triunfo sobre la idolatría³¹⁸.

La Iglesia romana es comparada con la reina Ester; ésta, al igual que a aquélla, en la preparación próxima de las nupcias, se le concedió vestirse de lino y blancura³¹⁹.

Es el apóstol Pedro quien, en la figura de ángel, anuncia la felicidad de los que son invitados a estas nupcias³²⁰.

En el magnífico convite de estas fiestas, Dios recrea a los comensales con su sabiduría celeste y su doctrina³²¹.

Sorprendido ante la grandeza que aguarda a los cristianos, Juan cae de rodillas ante Pedro, pero éste le disuade y le hace dirigirse al Señor; sólo a él se le debe la reverencia. Pedro es un consiervo de todos los que Juan llama hermanos, a saber, de los profetas, los que tienen el espíritu de la profecía, los predicadores³²².

A continuación se ven los cielos abiertos; esto indica que ahora se desvela y se contempla la revelación de los grandes misterios, hasta entonces ocultos y reservados. El mundo puede asistir a este espectáculo prodigioso: es el esplendor de la Iglesia militante que se extiende por toda la tierra; y son los predicadores del evangelio, que hablan de Cristo a los hombres, los que hacen posible en la historia el milagro de los cielos abiertos³²³.

derivata sunt totius Imperii conversio; quas adumbratur in maxima illa intermissione post Agni nuptias cum sua sponsa perfectus conventus. p. 850 A.

³¹⁸El autor rechaza la opinión de quienes ven en la celebración de estas bodas un tiempo y un espacio fuera de la historia presente y de la tierra. Algunos (entre otros Gregorio y Beda) sitúan estas bodas en el cielo y tras el tiempo de la resurrección. p. 848 D; 849 A.B.

³¹⁹Alcázar se refiere concretamente al libro de Ester y menciona algunos textos pertinentes: 1,19; 2,4,12,15. Pero también explica el salmo 44, del que hace una breve exégesis; y párrafos escogidos del Cantar de los cantares (3,11; 8,7). p. 840-851. El sobrio adorno de esta esposa se opone al ornato profano de la cortarina del cap. 17 del Ap. p. 852 C.

³²⁰De nuevo una muy extensa disquisición para conocer la identificación del ángel. Deduce que es el apóstol Pedro, pues el ángel está revelado de una gran potestad. p. 852 E; 853 A.B.C.

³²¹De esta cena el autor hace una interpretación alegórica y múltiple: es el convite de la sabiduría y al sacrificio de la Misa y la frecuencia de los sacramentos. p. 854 A.B.C.

³²²Para Alcázar (en contra de la opinión de Ribera), desempeñar el oficio de predicar en la Iglesia significa tener el espíritu de profecía. p. 857 D.E.

³²³*Per euentura hie adumbratur Ecclesia; ut saepe dicit in toto huius operis decurso.*

El jefe de esta expedición es Cristo, el que trae definitivamente la salvación a los suyos. Su nombre es "Fiel y Veraz", e indica este emblema la fidelidad y veracidad con que Cristo mantuvo sus promesas de victoria, manifestándose ésta en el triunfo sobre la idolatría y la conversión de los gentiles³²⁴.

Todos los símbolos con que se adorna Cristo, indican la grandeza de su victoria. La múltiple corona realza su omnimoda dominación sobre los reyes y naciones del mundo³²⁵. Las diademas son símbolos de la inmensa victoria de Cristo y de la magnitud de su reino³²⁶. Que lleve las ropas teñidas de sangre, indica la pasión de Cristo, que le ha reportado la victoria y que ha permitido lavar a los cristianos de todos los pecados. La sangre derramada de Cristo tiene como efecto la conversión del mundo³²⁷.

El ejército que sigue a Cristo, vestido de blanco, es el símbolo de los predicadores del evangelio; su ministerio es una expedición gloriosa. El color blanco de los caballos indica el triunfo de la Iglesia. Lavados por la sangre de Cristo, justificados por sus méritos y llenos de su valor, triunfaron sobre toda la tierra³²⁸.

Es Cristo mismo quien realiza esta matanza mística y cósmica. La espada que sale de su boca es su doctrina celeste. La gloria del triunfo y de la victoria se deben a Cristo sólo. Los predicadores continúan combatiendo con su misma espada, a saber, con la misma palabra que sale de la boca del Señor³²⁹.

El ángel que invita al místico convite es el profeta Ezequiel³³⁰. Se

quod vero caelum pateat, denotat, ante publicam Religionis Christianae professionem caelum ipsum veluti oclusum videri; quippe Ecclesiae doctrina via mundo innostrebat. Ceterum postquam reueratum fuit caelum, et per totius orbis compita ac plateas sese ingerat praedicatorum numerus effudit, mirum in modum Evangelii praedicatio exare et eminere vult. p. 860 E.

³²⁴Cita para fundamentar sus afirmaciones los siguientes textos: Jos 23,10; Mt 28,20; 1 Cor 10,13.

³²⁵p. 861 A.

³²⁶Muchas coronas indican muchas victorias. Quotobrem sane optime hic inuociter multis redimitis coronis ad asprificandum ipsius ius et aequitatem, qua regnat; atque victorias, quae in eius obedientia excellentis includuntur. Praesertim quia iam reapse Romam catholicae fidei subegerat, et idolatriam funditus sustulerat. p. 861 B.

³²⁷p. 861 D.

³²⁸p. 862 C.D.

³²⁹p. 862 E.

³³⁰Es este profeta quien ya presenció la guerra sueltada por Gog y Magog (capítulo 38,38) p. 863 D.E.

invita a todo el mundo, a todas las gentes y naciones, tanto sabios como rudos; porque tras la conversión de Roma todos llegaron a ser cristianos³³¹.

Esta universal conversión, la de todas las gentes a la religión cristiana, se encuentra admirablemente evocada en aquella masacre que Cristo hizo sobre sus enemigos, y también en el convite que el ángel había aderezado para satisfacer el hambre interior de aquella multitud de hombres que se convirtieron a la fe³³².

LIBER QUINTUS

En estos tres últimos capítulos del Apocalipsis se habla respectivamente: de la paz de la Iglesia cristiana, de la persecución suscitada contra ella por el Anticristo, y de la grandeza de la gloria de la Iglesia, que sobrevendrá tras el juicio final³³³.

Así, pues, estos son los argumentos principales: la paz duradera de la Iglesia romana, cabeza de las demás Iglesias, la guerra padecida por culpa del Anticristo y la victoria obtenida, y por fin la excelsa gloria, que será conseguida por la Iglesia romana en la celeste bienaventuranza³³⁴.

La intención de este quinto libro del Ap es mostrar la triple felicidad de la Iglesia romana, una vez que ha sido desterrada la idolatría de todo el orbe del Imperio romano. La primera felicidad consiste en la paz que durará mil años. La segunda es la victoria conseguida sobre la persecución del Anticristo. La tercera, que aparece del todo eximia y admirable, está presente en la gloria otorgada, como don divino, a la misma Iglesia romana³³⁵.

Este libro quinto se percibe como la coronación de todo el Ap. Los tres primeros capítulos fueron el prólogo de toda la obra; después, hasta el undécimo, se habla de la Iglesia, que Cristo fundó, y de la guerra que contra ella entabló la Jerusalén rebelde y del éxito de esta contienda, que no fue otro sino la severidad divina, mostrada en el castigo justísimo contra los judíos. En el tercer libro, desde el cap.

³³¹p. 864 A.D.

³³²Así lo refiere Alcázar, mediante una ardua elucidación donde trata de descubrir el sentido gramatical (p. 864 D.E; 865 A.B.) y el sentido enigmático (p. 865 C.D.E; 866 A.B.C.).

³³³p. 867 E.

³³⁴p. 868 A.

³³⁵p. 866 B.C.D.E.

doce hasta el diecinueve, se describe la fundación de la Iglesia cristiana romana y la guerra que contra ella levantó la Roma étnica y del éxito final, que culminó con la conversión de todo el imperio.

Y en este libro quinto se asiste a la triple felicidad de la Iglesia romana, conseguida tras la victoria sobre los gentiles. Esta triple dicha la estudiaremos a continuación³³⁶.

CAPITULO XX

Este capítulo trata de la paz duradera en la Iglesia tras la conversión del imperio romano; y de los tiempos del Anticristo y del día del juicio universal³³⁷.

Este ángel que desciende del cielo para atar al gran dragón, alude al libro de Tobías, donde Rafael, cuyo nombre significa "medicina de Dios", retuvo al demonio para que Sara pudiera gozar de su matrimonio tranquilamente y en paz. Asimismo, el hecho de que el demonio sea atado, ligamiento del que se hace mención en este cap, se refiere a que la Iglesia romana, esposa del Cordero, pueda ya gozar de su matrimonio en quietud y paz. Tras la proclamación pública de la religión católica, la Iglesia disfruta de una época de paz, permaneciendo el demonio atado durante todo ese periodo de tiempo³³⁸.

Las llaves y la cadena son elementos simbólicos, con los cuales el

³³⁶p. 860 B.

³³⁷1. El encadenamiento del demonio no significa su destrucción en los infiernos, sino el impedimento de su potestad. 2. El abismo ha de entenderse de manera metafórica; no significa, pues, el Infierno. 3. La bestia del mar no quiere decir el Anticristo, sino el mundo pagano. 4. El ángel que encadena al demonio no es otro sino el mismo Señor. 5. Los tronos y quienes se sentaron sobre ellos no hacen referencia al día del juicio universal, sino al gobierno de la Iglesia en esta vida. 6. Sólo al diablo se le permite seducir a las naciones y hacer la guerra contra la Iglesia. 7. La ciudad sitiada por los ejércitos de Gog y Magog, no es la Jerusalén terrena, sino la Iglesia de Cristo. 8. Por Gog y Magog no debe entenderse alguna nación particular o jefes concretos, sino las naciones del mundo guiadas por el Anticristo. p. 870 A.B. Y confiesa explícitamente Alcázar: *In his omnibus punctis antichristi Doctoris [Augustini] declarationem tenero amplectorque*. Ibid. B.

³³⁸Alcázar relaciona los primeros versos con lo enunciado en el cap. diecinueve, que trata de la Iglesia romana, no de la Iglesia universal; es aquella la esposa del Cordero cuyas nupcias se iban a realizar. Para poder celebrar en la paz este santo matrimonio de la Iglesia, era preciso que el demonio fuera encadenado. Desde esta visión, el autor hace una lectura acomodada del libro de Tobías, en especial del cap. octavo, donde se relata el matrimonio entre Sara y Tobías. p. 870 D; 871 A.B.C.

demonio trataba de impedir el culto público de la religión cristiana³³⁹.

El problemático número milenarismo ha de ser considerado en sentido místico; a saber, indica la plenitud del tiempo fijado por Dios hasta la llegada del Anticristo³⁴⁰.

Referente a los tronos y a quienes se sientan en ellos, ha de aplicarse el simbolismo a la autoridad eclesial; es decir, la autoridad con que en este tiempo feliz de profesión cristiana, los obispos rigen y moderan las Iglesias³⁴¹.

Pero tras la fracción del tiempo fijada por Dios (que por mil años está simbolizada), desatado de sus cadenas el Anticristo, resurgirá el diablo con su innumerable ejército contra la ciudad amada, es decir, contra la Iglesia romana con un objetivo ciego: hacer la guerra a fin de arrebatarse el ejército de la religión cristiana. En esta persecución del Anticristo se renovará la antigua guerra de Gog y Magog³⁴².

³³⁹p. 871 E.

³⁴⁰Ha de observarse la sobriedad de Alcázar en su interpretación del milenarismo, lejos de las arbitrariedades de los comentaristas de aquel tiempo, y también es preciso esliar su atalga dentro de la mejor tradición cristiana, con S. Agustín a la cabeza (y Gregorio, Primasio y Beda): *Mille annorum numerus non est propriè et strictè, sed metaphoricè et laze, capiendus... Existimo tamen, in Apocalypsi per millenarium numerum non designari solum multitudinem, sed etiam plenitudinem temporis... Recte vero usurpatur mille annorum phrasis ad denotandum multorum annorum numerum, quem divina providentia sibi proposuit.* p. 872 C.D. Por otra parte, el autor no es ajeno a las teorías que por entonces pululaban. Su dominio cultural y su desenvoltura exegética se muestran una vez más. En un estudio denso, presenta detalladamente el contenido de nueve distintas versiones (Papias, Ireneo, Fernando del Castillo, Ubertino de Casal, Aureolo, Próspero, Hortulano, Alfonso Castrensis y "otras") acerca del milenarismo; luego las va desentrañando y combatiendo disécticamente, p. 875-882.

³⁴¹*Si autem consequenter loquendum sit, (constituta iam ea declaratione quam in daemone alligacione sectamur,) omnino explicandus est locus de publica Episcoporum, et praecipue Romanorum Pontificum auctoritate ac maiestate post publicum religionis Christianae professionem.* p. 883 E.

³⁴²Tras una larguísima disequisición sobre el binomio Gog y Magog, que en la historia de su interpretación se ha aplicado indistintamente a los herejes de la Iglesia, a los turcos, a los mahometanos, a los calvinistas... al autor, tras rebatir cada una de las anteriores propuestas, se ciñe a la explicación propuesta por Ezequiel (38-39) y concluye: *Ex dictis potest facili negotio intelligi, in praecipuo Ezechielis sensu per Gogum denotari Romanos Imperatores ethnicos, et uniuersum idololatrarum imperium contra Christianum Ecclesiam belligerantibus; in Apocalypsa uero significari eodem Gogi nomine totum Antichristi exercitum, et quorunque ab illo deripiendi sunt. Utriusque autem per Magogi nomen non aliam assignari gentem ab ea, quae per Gogum denotatur; sed in Gogi quidem nomine innui eam gentem esse daemone dominicantem; at in nomine Magogi illud peculiariter addi; eos propterea in Ecclesiam sacrae, quia*

El éxito de la contienda está asegurado. Dios mismo inflamará con el fuego de su Espíritu santo el ejército del Anticristo y dará el triunfo a su Iglesia romana sobre sus enemigos: todos se convertirán a la verdadera religión³⁴³. Entonces será precipitado en el infierno el Diablo³⁴⁴ y también la bestia del mar y la bestia de la tierra, y todos sus ministros³⁴⁵.

Se sigue el juicio universal, donde el trono grande y blanco designa la majestad de aquel juicio³⁴⁶. La huida de los cielos y la tierra representa la equidad rectísima del mismo juicio³⁴⁷. No valdrá, entonces, ni la gracia o el favor de los cielos místicos, ni la piedad o conmiseración de la tierra mística por alguien a fin de protegerlo. Sólo los justos méritos de cada uno serán su defensor.

Aquellos libros abiertos en el día del juicio son las sagradas escrituras que, como suprema norma y regla, darán el veredicto para cada hombre³⁴⁸. El libro de la vida designa el catálogo de los elegidos³⁴⁹.

Terminado el juicio, se afirma con contundencia que aquellas dos trágicas realidades, la muerte y el infierno, serán echados en el estanque de fuego y azufre. Allí sufrirán eternamente los condenados: la muerte los pastoreará, e igualmente el infierno los apacentará³⁵⁰.

daemones habitatio sunt. p. 902 E; 903 A.

³⁴³*Item, quod ignis et caelo descendens et infernum illum multitudinem devorans ad animarum conversionem sit referendus; efficaciter ex ipso contextu probatur; huiusmodi enim vindictam de Gogo et Magago sumendam proximo consequitur unumverbia iudicis dicta. Credibile autem non est, post horribilem illam persecutionem non eos subegissent maxime facilitatis cumulum, uberrimam animarum conversionis materiem et gloriosissimum Ecclesiae in hoc saeculo triumphum ante sempiterna illa aeterna beatitudinis trophaea.* p. 905 B.

³⁴⁴p. 905 D-E.

³⁴⁵Todos serán destruidos por igual: la soberbia del imperio romano (bestia del mar) y la subiduría de la carne (bestias de la tierra) y quienes secundaban estos propósitos demoníacos. p. 906 C-D.

³⁴⁶p. 907 B.

³⁴⁷p. 907 D-E.

³⁴⁸p. 908 D-F.

³⁴⁹p. 909 B.

³⁵⁰Con patético realismo, con una descripción casi dantesca, pinta en la crueldad, relata Alcázar la penosa condición de los condenados: *Non solum vere dici possit, Mors depascet eos; sed etiam, Infernus depascet eos. Nec vero contenti erunt Mors et Infernus multorum casu ac devorazione, mutui amica solentur; sed Mors semper eos cecidet, Infernus semper abscondet ac devorabit: nec Mors unquam illis interficere deasnet; quia Infernus eos semper minus afferuabit, quo patiantur semper ac moriantur. Atque haec est mors secunda, quam damnatis Mors et Infernus pariet inferens. Haec Infernus et Mors in ignitum mittuntur slagnum; non ut patiantur ab igne, sed ut in*

CAPITULO XXI

Trata del triunfo admirable de la Iglesia Romana en la patria celeste³⁶¹.

Los nuevos cielos, y la nueva tierra sin mar, representan el nuevo estado de felicidad de los santos tras el juicio final. En estos nuevos cielos místicos será considerado como algo propio y peculiar, el gozar eternamente de la presencia de Dios y de la luz de su gloria, sin ningún movimiento de distracción³⁶².

En la nueva tierra las dotes de la gloria inmortal rodearán los cuerpos de los santos³⁶³.

En esta nueva creación no aparecerá el mar; a saber, no sobrevendrán peligros, ni vicisitudes inconstantes, ni tormentas ni tempestades³⁶⁴.

Por la nueva o mística Jerusalén hay que entender la Iglesia Romana, aquella de la que se dice que desciende del cielo³⁶⁵.

asternum Dei inimicos excrucient. p. 911 D.

³⁶¹Tanto éste como el siguiente capítulo, a los que Alcázar denomina como dos relatos no juxtapuestos, sino intrínsecamente unidos; a saber, de la ciudad admirable y del río, son un símbolo conjunto que presenta al triunfo de la Iglesia en la patria celeste. p. 912 E.

³⁶²p. 921 E.

³⁶³p. 921 D.E.

³⁶⁴Obsérvese la elegancia en la descripción poética que Alcázar hace del mar: cómo son detectados y conjurados sus peligros, sus trampas, la falsedad de sus olas, la esterilidad de su arena, la lucha "donde el pez grande se come al pez chico"; más al final, alegóricamente, viene prometida a los cristianos elegidos la seguridad de un mar en calma; es decir, una vida anclada en la estabilidad y dulzura propiamente de Dios: "Non iam amplius mare apparebit; hoc est, nunquam metus, nunquam formidines, nunquam pericula; quae omnia per mare figurantur. . . Nec iam delinosae maris undae terram verberabunt, aut quatiant; non fluctus, non procellae aut tempestates exurgent; non grandiores pisces exiguis pisciculis devorabunt; non iam falsae et amarae pelagi undae longe lateque se extendent; non sterilis arapa seberit, non denique naufragii periculum erit: sed quies, sed securitas, sed stabilitas, sed dulcedo. Quae omnia eleganter coërcuit paucis Augustinus dum dixit, mare in hoc loco allegorice debere accipi pro hoc saeculo turbulento et procellano". p. 922 A.

³⁶⁵Existe detrás un contricante, a quien él pretende sin duda convencer? El tono de sus aseveraciones así parece confirmarlo. Alcázar porfia en mostrar y demostrar que esta realidad simbólica entristecida es la Iglesia romana. A nadie se le oculta el contexto en el que escribe su libro ni son ignoradas las coyunturas históricas de su época. Entresacamos algunos párrafos significativos a este respecto. *Hanc Apri sponsum, cuius meminit Ioannes, esse Romanam Ecclesiam, et tandem ipsam hoc in loco novum Ierosolymam nominari. . . Deinde quia haec mater Sion et Romae*

Juan contempla a la Iglesia Romana investida de la gloria, que poseerá tras el día del juicio final, adornada de la majestad que le conviene como esposa de Cristo en el cielo³⁶⁶.

Y el mismo Dios que tiene su trono en esta espléndida ciudad, afirma y confirma que todos los santos han de gozar de manera muy amigable y familiar de su presencia; y también de una presencia mutua entre ellos: se mirarán complacientes y gozarán unos de otros³⁶⁷.

Quien está sentado en el trono, revestido de autoridad, hace nuevas todas las cosas. Ha llegado, por fin, el cumplimiento del vaticinio de Isaías (43,19).

El ángel que muestra a Juan esta maravillosa imagen de la ciudad es S. Pablo.

La ciudad santa de Jerusalén posee la claridad de Dios. La principal felicidad de la Jerusalén celeste es la gloria, que llaman esencial, y que consiste en la misma fracción de la divina esencia y naturaleza. Aquella máxima felicidad está figurada en la claridad que Juan ve dimanar de una piedra de jaspé, pero que se asemejaba al cristal. El jaspé es símbolo de la gloria y de la divinidad. Reluce a manera de un cristal muy brillante, translúcido, que emite una poderosa claridad y esplendor, y es por ello símbolo adecuado para significar que Dios descubre y manifiesta en la patria del cielo su íntima claridad y de ella quiere enriquecer y hacer dichosísima a la ciudad celestial de los santos. Dios ilumina con su claridad toda la ciudad no desde fuera, así como el sol alumbra la tierra, sino desde dentro.

Las doce puertas de la ciudad manifiestan que la entrada es siempre franca y se encuentra completamente abierta para todas las gentes y naciones, sin ninguna excepción, ni exclusión. Los ángeles son los porteros de la ciudad y están alerta y vigilantes a fin de que entren

Ecclesia possint, tanquam mater et filii, inter se distinguí; haec tamen distinctio hic non est ad rem. Nam Romanae Ecclesiae gloria, prout hic consideratur, complectitur etiam multam Sionis et reliquarum Ecclesiarum gloriam... Quod autem de Romana singularim Ecclesiam sermo sit; id quidem concitantium valde existit. p. 923 D.

³⁶⁶ *Hoc est, tanta gloria ac maiestate conspicua, quanta decet Sponsam caelestis Agni. Apoyado en una oda de Plindero y una estrofa de la Eneida de Virgilio, dibuja el autor filigranas con el texto del Apocalipsis. p. 924 E.*

³⁶⁷ *Omnes commercantes in maxima vitae communione sunt necesse est. Nec enim unus ab alio unitus abstrahi aut celari potest. Id ergo admirabile plane est in beatissima illa caelitia urbe, perinde enim, quam tentorium quoddam aut tabernaculum foret, omnes esse mutuo perveniunt et perfruantur, nec caelestem unquam regem inter ipsos placidissime deponentes ex oculorum conspectu amittuntur. p. 925 F.*

sólo quienes están en armonía con la dignidad de la ciudad.

El símbolo de los fundamentos se atribuye a los doce apóstoles; éstos se constituyen en los verdaderos cimientos de la Iglesia cristiana. Fueron los doce apóstoles quienes compusieron el símbolo apostólico y lo predicaron por el mundo. Se ignora el orden de los apóstoles en el Ap.

La caña de oro indica las grandes riquezas, aportadas por los méritos de Cristo; con esta regla Áurea se mide el edificio de la Jerusalén celeste. Quien fuere grande en el conocimiento de los méritos de Cristo (como tenía Pablo: Cf Ef 3,8.18), ése podrá rectamente medir la longitud y latitud de la ciudad, la altura de sus muros y la profundidad de sus cimientos: conocerá la grandeza de Cristo.

El área cuadrada de la ciudad es símbolo de su perfección. De este modo admirable relucen las cuatro principales perfecciones de la divina providencia. La igualdad de los muros y de los edificios nos expresa la máxima paz y benevolencia de los santos.

La materia de los edificios está hecha de oro transparente e indica que la gloria de los santos se muestra perfectísima, y es derivada de la gloria de Cristo. La gloria de Cristo está simbolizada en el crisólito.

Doce son las perlas selectas como doce son los artículos del símbolo apostólico.

El sol es símbolo de la claridad de Dios, la luna de la humanidad de Cristo.

El esplendor, que los viajeros ven desde lejos, indica aquella increíble felicidad, que, mediante la predicación evangélica, Dios guardó para los suyos. Los reyes que traen su gloria son los príncipes de las Iglesias, que aportan los tesoros de sus virtudes y de sus méritos.

La gloria de las naciones y las ingentes riquezas, que por las puertas, a raudales, entran en la ciudad, muestran que durante la existencia en esta tierra no deben dejar de practicarse las virtudes: la santidad del alma y la pureza de vida; lo que concierne a la verdadera sabiduría y felicidad. Todo cuanto hay de noble y estimable, en el ingenio, las artes, las ciencias... todo esto no se perderá, sino que se encontrará de manera acumulada y misteriosamente cumplido en la ciudad de la nueva Jerusalén.

Sólo habitarán en la ciudad quienes están inscritos en el libro de la vida. Esta ciudad jamás será abatida; la Iglesia romana nunca desfallecerá

CAPÍTULO XXII

Este capítulo trata de la eterna felicidad ya preanunciada y también, de la estima tan grande con que ha de ser honrado, leído y estudiado el libro del Apocalipsis.

El río indica simbólicamente el torrente de deleite celestial, que la visión de Dios y de Cristo hace derramar sobre los santos, colmándolos de dicha inefable. El agua de este río es espléndida y transparente como el cristal; un agua llena de luz, de sabiduría; agua que da la vida.

En el árbol de la vida está presente el misterio de la inmortalidad; la que procede de aquella dichosa visión. Esta contemplación de Dios sana perfectamente todas las heridas y cicatrices que tuvieron los santos durante su vida mortal; por eso se dice que las hojas del árbol son para la curación de las naciones.

Es el apóstol Pablo, a cuyos pies cae Juan.

Se prescribe a Juan que no selle la profecía de este libro; pues cuanto hay en él, aunque oscuro y difícil, es de sumo descanso y utilidad. Los cristianos deben llenarse de estas palabras para provecho propio. La profecía del Apocalipsis, como se había indicado, se cumplirá pronto.

Cristo amonesta y exhorta a los suyos a fin de que, cuando los perseguidores causen sufrimientos a la Iglesia, entonces, en lo más rancio del combate de la fe, sepan aprovechar la propicia ocasión de la persecución, obtengan copioso fruto merced a la integridad de su vida, y de su santidad. Así estarán preparados para recibir el premio que les está reservado y destinado por el Padre.

Cristo se llama a sí mismo raíz de David; esta designación posee un trasfondo histórico; significa que cuando el reino de David parecía casi extinto, a punto de consumirse, entonces esta raíz, tanto tiempo escondida, brotó poderosa, con un brío y pujanza tales que fue capaz de instaurar el antiguo reino de David, como había sido predicho por los profetas.

Asimismo para que la Iglesia católica consiguiera en esta vida la gloria prometida, fue necesario sufrir con paciencia y fortaleza las persecuciones. En medio de las tormentas y de las adversidades Cristo asegura que él es el lucero matutino, que trae en la oscura noche la paz a los hombres, y que confirma la esperanza en que el sol muy pronto habrá de surgir.

Mas la esperanza futura no miraba sólo hacia adelante, aguardando en vano. Ya había empezado a realizarse en el tiempo. Esto aconteció cuando la verdadera Iglesia de Cristo, la Iglesia católica, triunfó sobre la Ruma étnica y el Imperio romano.

Una muy severa conminación se pronuncia contra quienes pretenden añadir o quitar algunas palabras de este libro.

Con el saludo de la gracia del Señor finaliza el cap. y acaba igualmente el libro entero del Ap. Alcázar agradece con emoción el auxilio divino, que le ha permitido realizar, "de primera y última mano", la ingente labor de este comentario. A la autoridad de la Iglesia se somete con espíritu filial y obediente.

CONCLUSION

En estas largas y densas páginas, cuajadas de citas y discusiones, se ha realizado la presentación fiel del comentario de Alcázar sobre el Ap. Pero es preciso matizar— no nos hemos limitado sólo a una información, distante y reductiva, de la obra considerada en sí misma; hemos querido permanecer en diálogo constante con el autor; hemos ido valorando a cada paso los aspectos destacados y originales de su exégesis, acentuando positivamente sus logros y avances interpretativos, no olvidando tampoco indicar los defectos y carencias que, a nuestro juicio, presentaba. El juego intermitente de las luces y las sombras, sin querer conjurar ninguno de los dos elementos polares, configura la única realidad que existe. Y no al margen, sino dentro de la realidad hemos permanecido. No quisimos incurrir ni en el falso ditirambo, ni en la absurda ingenuidad. Hemos, pues, con honestidad profesional tratado de presentar e interpretar el comentario de Alcázar; retratar y explicar su pensamiento.

Ahora, llegados al final del diálogo abierto y mantenido con el autor, bueno es hacer un balance de los resultados obtenidos. No debemos caer en la tentación de repetir cuanto ya hemos dicho. ¿Qué utilidad obtendríamos con la reiteración y la insistencia? En su momento oportuno se dijo más y mejor; sólo señalar de manera fiel y precisa —cuanta más concisión, más fácil y ciertamente se comprenderá la síntesis—, en forma de breves sentencias, las aportaciones im-

portantes de su comentario. Así, pues, en orden a la claridad final y a la objetividad, diremos diez características. Cinco son positivas; las restantes nos parecen defectuosas.

Cualidades positivas de la obra de Alcázar.

1. Comentario sistemático, riguroso, científico.

El trabajo exegético de Alcázar se presenta como una obra coherente en sí misma. Forma un edificio doctrinal, compacto y homogéneo. El autor realiza su trabajo con criterios totalmente válidos y serios. Este talante "científico", de acercamiento objetivo al texto del Ap, posee un valor intrínseco innegable, que es preciso estimar y reconocer. Tiene, además, el mérito oportuno de haber servido de reacción científica a las desviaciones de fanatismo y de exaltación, que todavía perduraban en la Iglesia, tras las interpretaciones arbitrarias de Joaquín de Fiore y Nicolás de Lyra.

2. Despliegue glorioso de la Iglesia mediante la proclamación del Evangelio.

Tal es el subtítulo explicativo que mejor cuadra a su comentario. Se trata de la historia de una Iglesia vencedora, que marcha por el mundo de manera resuelta e incontenible —como el Cordero, su jefe que la empuja con la energía victoriosa de su resurrección—, a pesar del cúmulo de persecuciones y hostilidades con que es acosada por doquier. La Iglesia tiene una misión que cumplir: predicar el evangelio a todas las naciones. En esta tarea, se ve asistida por la providencia de Dios, que nunca dejará de protegerla y con su solicitud. La Iglesia es contemplada como un pueblo en marcha, en el gesto misionero de predicar siempre y a todo el mundo.

3. Interpretación histórica.

Su comentario no se mueve en consideraciones atemporales; no se refiere a los últimos acontecimientos; no se pierde en las más remotas fases de la escatología final —como era habitual por entonces—, sino que realiza una verdadera aplicación a la realidad.

Es la victoria de la Iglesia cristiana durante sus primeros años. En primer lugar, esta Iglesia naciente es perseguida por el judaísmo. En segundo término, es atacada por el Imperio romano. De ambos poderes negativos, la Iglesia sale renovada y fortalecida. Y ello comporta su

triumfo universal.

Posee esta visión el valor de la aplicación histórica; el haber contemplado el Ap desde la clave de la realidad concreta de la historia de la Iglesia, en los primeros siglos.

4. *Cualidades óptimas del comentario.*

- *La Biblia, en primer lugar.*

El autor ha mostrado ampliamente su inmenso caudal de conocimiento escriturístico. Maneja con soltura el texto hebreo, la versión griega de los LXX, cita con profusión, discute los pasajes oscuros. En el difícil arte de la Biblia, Alcázar se manifiesta como un maestro.

- *Importancia de la teología.*

El autor aporta las interpretaciones de los Santos Padres, que han estudiado el Ap; trae las opiniones de los comentadores anteriores y contemporáneos a él. Tiene en cuenta cuanto se ha dicho de relevancia respecto al libro del Ap. Su exégesis parte siempre de un "status quaestionis", verdadero arsenal de conocimientos y de erudición. Esto revela la ingente riqueza del material recogido y discernido por Alcázar. Al estudioso, que desee acercarse al Ap le resultará el comentario de Alcázar una fuente casi inagotable de conocimientos.

- *Valoración de las ciencias profanas.*

El autor, haciendo gala de una colosal erudición, aporta el parecer de los más diversos géneros de la ciencia y del arte: naturales, didácticos, poéticos... Nada que pueda servirle en su comentario es rechazado; todo lo que valga es recogido con empeño de incansable zahorí. Mas no sólo es de cualquier manera almacenado, sino ordenado, cernido, largamente discutido, y finalmente aceptado. El autor se muestra en esta ingente labor cauto y crítico. (Incluso, algunas expresiones de nuestra lengua española, ya desaparecidas, han sido rescatadas por Alcázar).

5. *En diálogo permanente.*

En el comentario existe una ósmosis doctrinal del todo permeable y continua. Quanto ocurre en su entorno, tiene que ver de forma influyente para sus interpretaciones. Percibimos los problemas de su tiempo a través de estas páginas, que guardan el sabor de la época. Nos damos cuenta de las luchas con los protestantes, a los que él llama herejes luteranos, y que son los personajes negativos del Ap. Conocemos la enorme importancia que le asigna a Pedro, elevándolo

a la categoría de los más altos ángeles. Oímos continuamente una exagerada loa en favor de la Iglesia romana y del romano pontífice. ¿Quién no reconoce en estas caracterizaciones la marca ambiental de la teología de entonces: la Iglesia de Roma en conflicto con las confesiones protestantes, y, también por parte del autor, una defensa a ultranza de los sagrados valores de la tradición católica?

Reparos críticos al comentario de Alcázar.

1. *Reduccionismo histórico.*

La interpretación se fija con unilateralidad en una época muy concreta de la historia; a saber, el conflicto de la Iglesia primitiva con el judaísmo y el Imperio romano, y el consiguiente triunfo de la Iglesia sobre estas dos grandes potencias contrarias. Pero en los estrechos límites de esta referencia histórica, queda confinado y encadenado el comentario.

Hay que decir que el Ap es, ante todo, una teología de la historia. Juan, el autor del libro, contemplando la actuación divina en el AT, —en especial a la luz de los profetas—, y el comportamiento de Dios en su tiempo, ha extraído unas categorías teológicas, unos paradigmas de comprensión, que se aplican a la providencia de Dios para con la Iglesia de todos los tiempos. El tiempo en el Ap, no puede referirse a un solo período, sino que, desbordando cada coyuntura y estadio humano por la fuerza del símbolo, supera los condicionamientos precarios de la sucesión cronológica, convirtiéndose en un tiempo especial, al que se le ha designado con razón "metahistórico". El Ap contempla la providencia ejemplar de Dios en todo el devenir de la historia; no puede ser reducido, ni empequeñecido a un solo hito de esta gran economía de la salvación.

2. *Interpretación alegórico-moral de los símbolos.*

Alcázar realiza una gran parábola sobre el Ap: expone la gran calamidad del pueblo judío, su ruina en el año 70, y asimismo la destrucción del Imperio romano. Al final queda la victoria de la Iglesia. Esta es la gran y exclusiva enseñanza.

Mas es su particular interpretación del símbolo del Ap, lo que desvirtúa la magnitud de su comentario. El autor disecciona el símbolo en partes, lo divide en corpúsculos diminutos, los arranca del conjunto y los consietera aparte; saca luego, tal vez demasiado deprisa, unas

conclusiones moralizantes, de aplicación a la vida cristiana, en orden a la práctica de la virtud y el fervor de la devoción. No se enfrenta a la extraña originalidad del símbolo. La grandeza del símbolo es más rica que la suma de sus partes. En la interpretación del símbolo le falta al autor el aliento y la fuerza del gemo.

3. Barroquismo desbordante.

A veces el comentario se pierde en los vericuetos larguísimos de cuestiones secundarias, laberintos de digresiones excesivas. De todo cabe en su comentario. Lo que se ha estimado como un indiscutible valor, —su acervo cultural— se convierte por la exageración y la demesura, en una desventaja y en un antivalor. Cuántas veces, en su comentario los árboles frondosos no nos dejan ver el bosque. Tantas cuestiones, a nuestro parecer ociosas, distraen y con no poca frecuencia producen irritación. Tenemos la sensación confusa de habernos perdido en medio de tanta exuberancia, o sufrimos el vértigo ante el despliegue de tan colosal erudición. La crítica que se le ha hecho lleva su razón en parte:

In Apocalypsim opus admodum elaboratum, ingeniosum et eruditum, sed ad litteram minus solidum.

4. Actitud antijudía.

El autor ve en el pueblo judío el atributo nefasto de la historia. Representa para él la suma de las injusticias, el colmo de todas las maldades. Este pueblo cometió el peor de los crímenes: matar a Jesús y a los cristianos. Su postura fija ante los judíos es helicosa, agriada por una profunda aversión y rabia. Ya hemos leído en el comentario algunos de los odiosos apelativos con que el autor se desentiende con desprecio de los judíos. Los profundos condicionamientos que el autor padecía —hay que saber relativizar algunas afirmaciones excesivas con las excusas de la historia; nadie está exento del influjo de su entorno— tanto en la situación política española como en la Iglesia y en la orden, influyeron en esta actitud "visceral". Más de una vez, hemos lamentado dicho talante, marcado por una permanente intolerancia contra los judíos.

5. Crítica acerba al Imperio de Roma; *enaltecimiento hiperbólico de la Iglesia romana.*

En la Roma imperial ve concentrados los pecados de todas las ciudades rebeldes: Sodoma y Gomorra, Babilonia, Egipto (?). Jerusalén.

Contra esa ciudad, autosuficiente, idólatra y asesina, la Roma que martirizaba a los cristianos, el autor se desahaca en una sarta, entretrejida de improperios y lamentos.

Por contra, en la Iglesia romana, ve acumuladas todas las bendiciones de Dios: está colmada de santidad, plena de sabiduría; brilla por doquier la justicia de sus miembros. Esta Iglesia, con el romano pontífice a la cabeza, es la única esposa radiante del Ap, la esposa del Cordero, la sola heredera de la Jerusalén celestial. De nuevo es preciso admitir las condiciones ambientales y beligerantes de su época, en abierta lucha con el protestantismo, para comprender el justo alcance, sea de la crítica amarga, sea de la alabanza excesiva.

La sabia mezcla de estos elementos positivos y defectuosos de su comentario, sin acentuar ni olvidar ninguno de los dos, nos ofrecen la justa medida de su real valía, nos permiten obtener la valoración conclusiva y el aprecio permanente de su obra.

El comentario de Alcázar sobre el Ap ha conocido desigual fortuna histórica. J.H.BOSSUET lo saludó con un grito de bienvenida y de alborozo, decepcionado como estaba de las interpretaciones habituales de la época: "No es profecía, sino historia".

Luego, el tiempo ha ido cubriendo con su inexorable pátina el original brillo de este comentario, dejándolo en un estado de ocultamiento tal, que ya casi nadie lo conocía ni valoraba. Sólo alguna referencia ocasional hablaba de él, pero siempre de segunda mano. Hemos buscado con insistencia algún trabajo, o artículo monográfico, que nos diera alguna luz sobre su comentario, mas en vano.

Estas páginas han tratado de rendir un homenaje de justo reconocimiento a un sabio ilustre, un jesuita eximio, un exégeta que ha comentado, por vez primera, con verdadero rigor científico-histórico, el libro del Apocalipsis.

Acabada la tarea, creemos haber conseguido un doble objetivo: rescatar a Alcázar de un secular y lamentable olvido, y poner su comentario a disposición de cualquiera que, animado de paciente empeño, quiera encontrar las sorprendentes y abundantes riquezas que su lectura generosamente ofrece.

EL "TRACTATUS DE OBEDIENTIA CÆCA" ¿es de Toledo o de Belarmino?

por

F. JAVIER RODRÍGUEZ MOLERO, S.I.

En la Biblioteca de la Universidad de Granada se conserva un códice procedente de la antigua Biblioteca del Colegio de San Pablo, de la Compañía de Jesús, con la signatura Caja B 31. Consta de una serie de papeles escritos por el cardenal Francisco de Toledo en diversas épocas. Muchos de ellos son autógrafos; otros, en forma de borrador con correcciones del mismo cardenal; otros son copias puestas en limpio por él o por otros. El P. José A. de Aldama¹ ya lo reseñó en 1940, distinguiendo 37 escritos autógrafos de Toledo, menos cuatro que son de otra letra. Recientemente, en 1985, el P. Eduardo Moore² hace una mención más detallada, bajo el epígrafe "Caja B 31 Escritos de Francisco de Toledo, S.I., sobre Sagrada Escritura". Entre ellos se halla el tratado "De obedientia cæca" con el número 34 en Moore y el 36 en Aldama, quien agrega: "Es de otra letra, pero parece estar compuesto por el mismo Toledo".

De la existencia de estos papeles, aunque sin pormenorizar, nos da ya noticia la *Historia del Colegio de Granada*³ de 1640, con estas palabras: "Están sus papeles originales de la misma mano, con muchas decisiones de Congregaciones, en que como Cardenal se halló; y le remitían muchas resoluciones de los casos más dificultosos que

¹J.A. de ALDAMA, S.I., *Un códice de la Biblioteca universitaria de Granada con autógrafos del Cardenal Toledo*: ArchTeolGran 3(1940) 35-41.

²E. MOORE, S.I., *Manuscritos teológicos posttridentinos de la Universidad de Granada, II*: ArchTeolGran 48 (1985) 63-194.

³*Historia sucinta y compendiaría del Colegio de Granada*, AHN, Jesuitas, libro 773.